

**UNES**  
UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL  
DE LA SEGURIDAD



# Tras las rejas de la libertad

Freddy Crespo



# UNES

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL  
DE LA SEGURIDAD

**MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA  
RELACIONES INTERIORES, JUSTICIA Y PAZ**  
**Ministro Miguel Rodríguez Torres**

**MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA  
LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA**  
**Ministro Pedro Calzadilla**

**AUTORIDADES UNIVERSIDAD NACIONAL  
EXPERIMENTAL DE LA SEGURIDAD (UNES)**

**Rectora**  
Soraya Beatriz El Achkar Gousoub

**Vicerrectora de Creación Intelectual  
y Vinculación Social**  
María Lucrecia Hernández

**Vicerrectora de Desarrollo Académico**  
Aimara Aguilar

**Secretario**  
Frank Bermúdez Sanabria

**CONSEJO EDITORIAL UNES**

**Rectora**  
Soraya Beatriz El Achkar Gousoub

**Vicerrectora de Creación Intelectual  
y Vinculación Social**  
María Lucrecia Hernández

**Vicerrectora de Desarrollo Académico**  
Aimara Aguilar

**Secretario**  
Frank Bermúdez Sanabria

**Director de Gestión Comunicacional**  
Leonardo Zurita

**Director General Funda-UNES**  
Ernesto Quijada



**TRAS LAS REJAS DE LA LIBERTAD**  
Freddy Crespo

Hecho Depósito de Ley  
Depósito Legal If44820133633392  
ISBN 978-980-7605-35-9

**Producción Editorial:** Vicerrectorado de Creación Intelectual y Vinculación Social

**Corrección:** Larry Peña

**Impresión:** Imprenta UNES

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL DE LA SEGURIDAD (UNES)  
Dirección: Calle La Línea, zona industrial L, Catia.  
Apartado postal: Caracas 1030 – Venezuela | Caracas, octubre de 2013

[WWW.UNES.EDU.VE](http://WWW.UNES.EDU.VE)

### **Atribución-NoComercial-Compartir Igual.**

Todas y todos somos libres de compartir, copiar, distribuir y comunicar públicamente los contenidos de esta publicación; bajo las condiciones de reconocer la fuente y de hacerlo sin fines comerciales. De alterarla o generar obras derivadas, prelan idénticas condiciones.

## Presentación

Freddy Crespo, criminólogo y abogado por la Universidad de Los Andes, ha estado desarrollando durante la última década varias investigaciones relacionadas fundamentalmente con temas sobre percepción de seguridad y delito, pero los que han signado este relato que hoy presentamos son dos: el primero, la cárcel y sus dinámicas de interacción; y el segundo, las actitudes y percepciones de jóvenes delincuentes violentos y la comunidad en la que habitan.

Para el autor, ambas experiencias investigativas fueron muy nutritivas, en razón de que él logró gran proximidad tanto con algunos internos como con jóvenes que realizaban delitos violentos, proximidad que revelaba consigo una variedad considerable de actividades típicas de sus rutinas y cotidianidades. Fueron tan enriquecedoras, que estas investigaciones lo llevaron a replantear muchos conocimientos y reflexiones teóricas que lo habían orientado en el ejercicio de su profesión. Igualmente, lo incomodaron al verter estas experiencias y proximidades en investigaciones sistematizadas y “metodológicamente correctas”, ya que tuvo la certeza de que esas realidades no podían “traducirse” en simples sujetos y objetos de estudio.

¿Qué hacer, entonces, ante la inminencia de que el método que el abrazaba como científico le haría perder la esencia del nuevo saber hallado? El autor decidió tomar un nuevo riesgo. Más allá de palabras, roles y significados específicos, Crespo se

convenció de que la mejor forma de expresar la realidad era exponiéndola como tal, sin filtrarla en métodos ni operaciona-  
lizaciones y apostó por un relato que transformara y adaptara  
una determinada realidad a un lenguaje general, entendible y  
aprehensible por todas y todos: encontró al lenguaje literario.

El autor no se anima a llamar a este texto ni como novela ni  
como ensayo, pero sí encuentra en sus líneas un poco de ambos  
géneros. De tal forma, que nosotros, desde el Vicerrectorado de  
Creación Intelectual y Vinculación Social, no podemos menos  
que evitar la provocación de clasificar o encasillar esta obra.  
Nuestra Colección “Puerta Abierta”, también es eso: una puer-  
ta que da la bienvenida a discursos y relatos que interpelan las  
maneras acostumbradas de presentar saberes y experiencias.

*Vicerrectorado de Creación Intelectual  
y Vinculación Social*



*Porque el hombre nació  
para morir, pero no para vivir  
sin libertad.*



*A mi esposa y a mis hijos:  
Lo importante y lo mejor de vivir,  
es vivir por, con y para ustedes.*

*A mis padres:  
Freddy, Mao y Frank (In memoriam);  
a mis madres: Darvi, Oliva y Rosario;  
y a mi hermano Eduardo.  
Porque son los pináculos de mis éxitos  
y el consuelo eterno para mis fracasos.*



## Nota preliminar

*Todas las teorías son legítimas y ninguna tiene importancia. Lo que importa, es lo que se hace con ellas.*

JORGE LUIS BORGES

Durante los últimos siete años, además de la docencia, tuve la oportunidad de investigar sobre dos grandes temas: por una parte, la cárcel y la dinámica particular con la que se relacionan e interactúan los prisioneros y, por la otra, los delitos violentos, principalmente, el funcionamiento institucional como reacción a éstos y las actitudes y percepciones de los jóvenes delincuentes violentos y la comunidad en la que habitan. Ambas experiencias fueron muy nutritivas. En el primer caso, en razón de construir una escala para medir la asimilación de los valores carcelarios propios de los prisioneros, logré una excelente proximidad con los internos y presencié, como observador participante, un sinnúmero de actividades típicas de su rutina diaria. Esta experiencia fue tan enriquecedora que me llevó al punto de replantear muchas ideas que adquirí gracias a los conocimientos y nociones teóricas que había leído como parte de mi formación profesional.

En el segundo caso, sucedió lo mismo. Tuve acceso a un grupo de jóvenes que ejecutaban impunemente una serie de

actividades delictivas. Éstos me proporcionaron un marco de información empírica que posteriormente traduje en una investigación que, a pesar de haber sido publicada, para mí no expresó la naturaleza de toda la información que había obtenido de los sujetos en estudio. Ahora bien, pese a lo enriquecedor de estas experiencias, ambas terminaron abruptamente. La investigación carcelaria la detuve como consecuencia del limitado acceso a este tipo de institución y, en el segundo caso, una situación que representó un alto riesgo para mi vida me obligó a no seguir con tal línea. Pero, recientemente pude volver a acceder a individuos con el mismo patrón conductual de los del segundo caso, quienes además de ser infractores en la calle, tenían una cualidad que los demás con los que pude trabajar no tenían: habían estado presos.

Por lo tanto, mis dos líneas de investigación convergieron en tres casos específicos con los que podría retomar muchas cosas. No obstante, apareció una dificultad al momento de abordar los casos: no podía grabarlos. Fue su condición y tenía que respetarla. Luego de tres o cuatro sesiones de conversación, reuní un cuerpo extenso de información, tomado lo más fiel que podía en anotaciones al momento de entrevistar y que luego completaba en transcripciones donde reconstruía toda la entrevista. A pesar de estar contento con la fidelidad con la que transcribía la información, no estaba contento con el método que científicamente me permitiera, posteriormente, traducir la misma para presentarla, pues sentía que la información era tan vasta y amplia, que al operacionalizarla por el método que fuera para presentarla en términos científicos, mucha de su esencia podría perderse. ¿Qué hacer entonces? La respuesta fue que decidí arriesgarme.



Como investigador, en los últimos años he empezado a entender que las metodologías con las que observamos científicamente la realidad no son más que formas de interpretarla y construirla, pues, en definitiva, la realidad no se presenta de una forma estructurada, ni en términos operacionales ni, menos aún, cuantitativos o cualitativos. Además de esto, la realidad no parece ajustarse a un contexto teórico o metodológico en el que teoría y metodología me están empezando a parecer una manera formal de compensar la heterogeneidad social y reducir un poco el conflicto en el que se mueve la realidad, en la que la teoría es solo una forma de explicar partes simples y dejar a lo incierto el resto que no aplica. Por lo tanto, la tarea real de un investigador es seleccionar un método adecuado para conocer y medir la realidad de la forma que permita la aproximación más depurada a ésta, construyendo teorías que tomen en cuenta la heterogeneidad de la sociedad y de la realidad, aun cuando no abarque por completo el sentido de la realidad misma.

Haciéndome estas reflexiones, llegué a la conclusión de que la mejor forma de expresar la realidad era exponiéndola como tal, sin filtrarla en métodos y operacionalizaciones. No obstante, la realidad que tenía no parecía realidad para todos, pues era más bien la realidad de un sector particular, ya que el alto contenido de palabras, roles y significados específicos, hacían que toda la información que había recopilado solo fuera entendible por un sector de la sociedad y, al ser mi objetivo su difusión a más sectores, me correspondía transformarla y adaptarla a un lenguaje universal, en el que las reflexiones de cada caso estudiado fueran *traducidas*, por decirlo de una manera, a un lenguaje

que cualquier persona pudiera entender. Y ese lenguaje era el literario.

Como consecuencia, mi tarea como observador y creyente de la necesidad de expresar y difundir toda esta información fue la de convertir la misma en términos literarios, para hacerla más entendible y digerible a cualquier persona. Además de eso, traté de unificar las múltiples historias en una sola (o varias), pero con una secuencia gradual que permitiera transmitir un mensaje concreto, en el que la esencia de la información fuera la misma que expresó la fuente de la que se obtuvo. El texto que se presenta a continuación contiene los dos enfoques que han motivado mi investigación durante este tiempo. Éste se encuentra dividido en tres partes y, como ya mencioné, está expuesto a modo de narración literaria, recopilando y exponiendo en éste las experiencias relatadas por todos los casos y en los contextos que investigué desde el 2005 hasta agosto del 2012. No me atrevo a llamar el texto que sigue como una novela o un ensayo, pues no es uno ni lo otro, aunque conserva un poco de ambos. Vale acotar que no hay nada personal mío en el texto que leerán, pues mi influencia fue sencillamente la de tratar de dar sentido a las reflexiones que los casos en estudio me hacían; de forma tal que en lugar de tejer una reflexión con maldiciones y palabras obscenas, lo presenté más depurado y, como he dicho, entendible para un público general, a quien el mensaje y el contenido del siguiente texto le puede permitir reflexionar propiamente sobre él, sin intermediaciones metodológicas ni teóricas.

De tal forma, mi tarea se resumió en conectar las historias y experiencias y darle un sentido narrativo-literario a las mismas,



ya que no soy un escritor literario. Tal vez de adolescente tuve tal cualidad, pero la perdí progresivamente en detrimento de un criminólogo científico que gradualmente nació en mí. A pesar de ello, no niego mi gusto, casi adictivo, por autores como Allan Poe, Kafka, Quiroga, Guillermo Meneses, Vargas Llosa, García Márquez, Borges, Cortázar, Sábato, entre otros. Por lo tanto, en el texto que sigue encontrarán una aproximación (más lejana que próxima) al estilo de estos grandes autores (en especial de Poe, Borges y Sábato).

Preguntarse si la información presentada es real, válida o certera, me parece que es un poco absurdo, pues mi intención no es dar explicaciones ni construcciones teóricas o metodológicas, sino experiencias, que como tal deben leerse y reflexionarse. La idea, más que entender la razón de lo que se presenta, es conocer lo que se presenta, que en cierto modo no será la realidad en la que todos vivimos, pero sí en la que existimos.

*Mérida, siendo el primero de noviembre del 2012*



*Pero lo peor no sucede a mi alrededor sino en mi interior, porque mi propio yo empezaba de pronto a deformarse, a estirarse, a metamorfosearse.*

ERNESTO SÁBATO, *Sobre héroes y tumbas*



## PRIMERA PARTE

# Inocencia perdida

*Welcome to the jungle  
We've got fun 'n games  
We got everything you want  
Hard, we know all the names  
We are the people that can find  
Whatever you may need  
If you got the money, honey  
We got your disease<sup>1</sup>*

GUNS N' ROSES

### I.

¿Qué significa la libertad? Una pregunta cuyas respuestas pueden llenar tomos enteros de letras y conjeturas que, al fin de cuentas, no significan nada, pues la libertad, en la práctica, no tiene valor para nadie, a menos que haya vivido sin ésta. Pero, ¿qué significa vivir sin libertad? Porque aún la protesta en contra de la opresión, la lucha por la libertad y muchos otros ejemplos, son maneras de manifestar la libertad en donde el hecho de clamar y luchar por ésta, es una forma de libertad

[1] “Bienvenido a la jungla/ Tenemos juegos y diversión/ Tenemos todo lo que quieras,/ cariño, sabemos todos los nombres/ Somos las personas que pueden encontrar, todo lo que necesites./ Si tienes el dinero, cariño,/ nosotros tenemos tu enfermedad”.

en sí misma. La libertad toma valor y significado solo para quienes, estrictamente, han vivido sin ella; y vivir sin libertad implica adaptarse a un modo de vivir y de ser en el que no solo el hombre pierde la autonomía sobre sí mismo, sino que también deja de ser él mismo para convertirse en lo que el medio le exige que sea para obtener la libertad y no perder la vida. En otras palabras, solo quien ha vivido en un mundo ambiguo, en un mundo ajeno a sí mismo y quien ha dejado de ser lo que es para vivir y ser libre, como todos entendemos, puede tener una idea, más o menos clara, de lo que significa la libertad. Es decir, solo quien ha vivido tras las rejas, sabe lo triste que es vivir sin libertad, sabe que la libertad vale lo que vale la vida, propia y de otros, sabe que la libertad es nuestro bien narcisista: solo valorada cuando no se tiene. Pero, algunos hombres se encierran tras rejas mentales, morales y hasta sociales, que de cierta forma limitan su libertad y atormentan su deseo de vivir, rejas que en muchos casos son voluntariamente impuestas por los mismos hombres, por lo cual, su falta de libertad es absurda, pues son tan libres que tienen la posibilidad de encerrarse por sí solos. Otros, en cambio, sufren la pena de una libertad suprimida de manera no voluntaria, en nombre de la justicia, justicia cuyo nombre y forma de actuar es, sencillamente, contradictoria a la libertad misma. Justicia sin sentido y que emanada en nombre de Dios y de la República, no son más que formas simples de contradecir la libertad de los hombres. Esa justicia que cierra las rejas sobre el rostro y sobre esas rejas, primero físicas y luego mentales, es de lo que consiste la historia que sigue.

Eran como las diez y algo en una calurosa mañana de uno de los tantos parajes venezolanos. Ese día, fue el día en el que



empecé a entender el verdadero sentido de la libertad de los hombres, llenos de justicia, de símbolos y sueños plasmados en los convencionalismos democráticos que, en cierta forma, no convencen ni se asimilan. Mi pesadilla empezó encerrado en una especie de celda policial. Afuera, el ruido de los vehículos se articulaba en una ópera monótona en la que cada nota anunciaba, paso a paso, la tragedia que vendría. ¿Pero qué más tragedia que lo vivido? La noche anterior, que en realidad había sido de las más largas, oscuras e intensas de mi vida y que, de cierta forma, aparecía en mi recuerdo tan lejana e inexistente, me había dejado la impresión que todo aquello no tenía forma de realidad ante mis ojos: las paredes oscuras, el pedazo de cielo azul en la ventana, el ebrio esquizofrénico que habló y luchó con sus fantasmas oníricos durante toda la noche, aun cuando el sueño y la vida se le venció en pequeños susurros que parecían más un dialecto nuevo que trazos de respiración en busca de aire. En ese momento me di cuenta que estaba vivo, tal vez por sentirme tan muerto, tal vez por estar tan cerca de la muerte, no por morir, sino por matar la noche anterior; y en ese instante no empecé a vivir, sino que simplemente sentí que iniciaba una larga carrera a la muerte. No estaba lejos de la realidad, a pesar que en cada parpadeo y en cada respiro, intentaba despertar esperando estar en casa, con mi mujer al lado, en aquellas sábanas suaves y con aroma a monte; escuchando los suspiros de mis hijos en el otro cuarto, intentando entender que la vida no es simple por simple, sino que es simplemente vida y que los simples somos quienes vivimos sin vivir, simplemente existiendo.

Durante toda la noche no tuve sueño. Fueron muchas las cosas que tuve que asimilar, pues lo vivido en un instante me

desconfiguró todos los instantes a partir de ese momento, como algo que impacta pero no duele, que marca con una herida que no sana y cuya cicatriz dura para siempre: las luces de la ciudad a lo lejos, las voces de la discusión, la figura herida de mi padre, los disparos, el eco, la sangre, la vida que desaparecía, aunque no en la forma usual, la infelicidad creciente, el llanto y sobre todo la espera. Pero, ¿qué esperar? Tal vez nunca nada esperé de mí y aun así algo surgió: ¿bueno o malo? Solo el tiempo lo dirá, pues los hombres para juzgar hombres, simplemente, no tienen condiciones. Extrañé el cantar de los pájaros esa mañana. Fue por el calor que tuve que adivinar la hora. El ebrio ya no hablaba, ni suspiraba; solo estaba acostado sobre un catre en el suelo con la mano en el estómago. A la distancia, otras personas hablaban. Desde temprano varias mujeres entraron y no habían salido. Imaginé que eran madres. ¡Qué poco sabía de las madres hasta entonces! Algunas llevaban bolsas con comida, otras solo ropa o simplemente dinero y algunas no llevaban nada. No recordaba a qué hora había entrado allí. Pero peor aún, no sabía cuándo saldría, y más terrible: ni siquiera sabía si saldría. Sin embargo, como hombre correcto que siempre he sido, pensaba que saldría, que mi abogado sería diligente y ya estaría en trámites para sacarme de aquel lugar.

Poco antes que el calor me indicara que era mediodía, llegó hasta la puerta un hombre alto, gordo, que escurría sudor por cada poro de su cuerpo y su ropa lo dejaba ver en todo su mal esplendor. Abrió la puerta, me miró y con un gesto me indicó que debía salir. Con una ligera sonrisa apreté los puños, miré alrededor como pretendiendo dejar el recuerdo en aquel lugar y salí. Caminé por un largo y oscuro pasillo, con el hombre siguiéndome de cerca, silbando una canción de tumba



y dejando danzar a ese ritmo las llaves entre sus dedos. Pasé frente a varias oficinas, había hombres y mujeres en la eterna labor de entronizar la seguridad que ni ellos mismos tienen ni entienden. Todos me parecían bellos, diligentes y alegres; tenía ganas de besarles, abrazarles y gritarles lo mucho que admiraba su labor. Pero nadie notó mi paso. Todo ocurría como si mi persona fuera un simple aliento de algo que no existe y cuya esencia no era más que un vano recuerdo en la mente de quien no puede olvidar y la vida se le va en recuerdos.

El hombre me condujo hasta el patio central y de allí hasta un garaje, donde tres hombres más me esperaban. Uno de ellos tenía cadenas y esposas en sus manos. Me las colocó. *Es el precio de la libertad*, me dije, *en la noche contaré esto a mis vecinos y todos reiremos y seré atracción por unos días*. Por eso no me alarmé cuando me esposaron y encadenaron de manos a pies. Menos aún, cuando a empujones me introdujeron en la patrulla. *Tranquilo, seguro vamos a tribunales, en donde el juez me dará alguna medida gracias a mi abogado*. Pensé. La patrulla partió. El calor era sofocante. El tránsito de mediodía de la ciudad convertía los 35° ambiente en unos 45°, y la jaula de la patrulla hacía que se volvieran un infierno en el que mi cuerpo se cocía lentamente: como preparándose cual banquete para la cena de la noche. Por las rejillas de la patrulla, podía ver arboles estáticos, edificios lúgubres que aún bajo el calor parecían gigantes dormidos en medio de una ciudad que en busca de la perfección conoció la imperfección de la urbanidad, de la desorganización e ineficiencia de quien cree que con solo hablar puede hacer. El calor era tan sofocante que las esposas apretadas a mis manos y tobillos empezaban a fundirse con la piel y a quemar poco más que mis entrañas: quemaban mi libertad.

Las cornetas de los vehículos sonaban por todos lados. Muy a lo lejos, pude ver la nieve en las montañas. Era un espectáculo para muchos cotidiano, pero aquella vez tuvo un significado particular: la blanca nieve estaba lejos de mi mano, a una altura que ya nunca más podría alcanzar y, aún bajo mis pies, simplemente, ya no volvería a ser nieve; ya que en mi mente no habría más nevadas, ni inviernos eternos, solo un prematuro otoño, donde mi libertad perdía cada hoja que la integraba gracias al vuelo de un verano que se escapaba con mi nombre en sus alas.

El recorrido fue lento. En realidad no sabría definir la velocidad, pues no creía conocer la ciudad, pero, ¿qué diferencias hay entre las grandes ciudades? Pues todas son caóticas, monótonas, simples y vacías a pesar de estar hacinadas de gente, aunque tal vez no de personas. La monotonía del tránsito y el desvelo me vencieron, así que me dormí. Fue un sueño intenso, largo, aunque tal vez más corto, profundo, sin imágenes y sin sabores. Fue un instante de muerte, en el que las múltiples complicaciones de la vida se resumieron a una sola: despertar. Allí comprendí que tal vez morir no sea tan malo, pues podría ser más bien un reposo o descanso a tanta vida, pues vivir agota, aunque tal vez vivir no sea más que una forma progresiva de morir; y morir no signifique más que la cúspide de la vida en pleno.

Cuando desperté, ya el mediodía había quedado atrás. El sueño más que relajarme, me dejó agotado, con hambre, sed y ganas de ir al baño. La patrulla aún avanzaba. Pero no iba por la ciudad. A cada lado de la carretera había extensos sembradíos de caña y grandes montañas de tierra negra, roja, amarilla y algo



de verde. El calor era aún más fuerte, aunado con una brisa que le daba al ambiente el carácter de sauna natural. *¿Dónde me llevan?* Alcancé a preguntarle al hombre que iba sentado en la patrulla, pero fuera de la jaula. No me respondió. Pasado un momento, la patrulla se detuvo. Una reja crujió y sentí como se deslizó rozando la tierra del suelo. La patrulla avanzó y se detuvo a los pocos metros. El conductor y otros dos hombres se bajaron y empezaron a hablar con otras personas. Aquello parecía un idioma del infierno, pues no alcancé a entender palabra alguna. A los minutos hubo un silencio sepulcral que me pareció durar años. Escuché sin oír las pisadas fuertes que se aproximaban a la parte trasera de la patrulla. De repente, un hombre vestido de verde apareció, intercambió palabras con el hombre que estaba sentado en la parte exterior de la jaula, me miró mientras abrían la puerta y a empujones me sacó. Cuando toqué la tierra con mi cuerpo, sentí como una explosión en mi cabeza: como si todos los ruidos del mundo se resumieran en ese instante y se hicieran perceptibles, acumulados durante años y luchando todos por salir al mismo tiempo a mi sistema. Creí estallar. Levanté la cara y reconocí ligeramente el ambiente, no por haber estado allí, sino porque aquel ambiente está tan dentro del inconsciente de los seres humanos que ya es un símbolo de una situación, de una condición y más que estos, de una actitud: la muerte, y no solo física, sino también espiritual, pues en aquel lugar no solo moría el hombre, antes que él morían sus sueños, sus esperanzas; moría su vida y, en particular, moría su libertad. En ese instante, rodeado de rejas, muros, mallas, alambre de púa, armas e insultos me di cuenta de dónde estaba y de lo que pasaba: *¡Bienvenido al cielo bruja!* Me gritó un hombre de verde dándome un empujón que

me mandó de bruces al suelo y al infierno: estaba frente a la prisión.

## II.

El hombre de verde se acercó y de un puntapié intentó levantarme. Pero en lugar de eso, me derribó nuevamente. A pesar del dolor, me incorporé rápidamente. Intenté limpiar la tierra de mi cara, pero las cadenas que unían mis manos y pies me lo impidieron. En aquel instante, me pareció que aquella estructura era infinita: no veía dónde acababa, el cielo no era su límite y simplemente parecía una mancha azul en su infinito techo en las mallas de aquel lugar; el aire, era solo un suspiro que Dios dejaba salir de sus nalgas y le brindaba a aquel espacio el aroma a podredumbre que durante años pensé que tenía y que ahora confirmaba. Uno de los hombres de verde, me tomó del brazo y con gran violencia me arrastró hasta el puesto de entrada. *¡Vente sapo que no tenemos todo el día!*, me gritaba. De un empujón me lanzó a una fosa de unos dos metros de profundidad, donde caí maniatado, golpeándome primero contra las paredes y luego contra el suelo, en la que había una superficie pegajosa, que hasta hoy no he podido concluir si era aceite de motor, sangre, heces u orina humana o una mezcla de todas.

*¿Qué esperas? ¡Desnúdate bruja!* Me gritó otro verde. Aquella orden fue para mí tan incierta, que simplemente la escuché, pero no creí asimilarla. Tenía tantas dudas, cosas que explicar; pero el impacto del lugar en el que me encontraba y la forma cómo me encontraba en aquel momento, con aquellas personas, simplemente me habían impedido hablar. Quería gritar:



¡qué hago acá! ¡Soy inocente! ¡No puedo estar preso! ¿Dónde están mis hijos, mi esposa, mi familia? ¿Por qué, por qué estoy acá? Pero al igual que los sonidos del ambiente llegaron a mí como una explosión instantánea de realidad, un súbito golpe en la espalda me hizo volver en mí y entender que, pese a las preguntas, a las inquietudes y quejas, aquella era mi realidad y si no despertaba con esos golpes o insultos, sencillamente era porque ya estaba despierto o en algún momento del sueño, mi vida simplemente se volvió irreal y ahora vivía una pesadilla de otro, en mi vida y con mi cuerpo.

*¡Coño que te quites la ropa! ¿Eres sordo o qué? Volvió a gritarme el verde luego de golpearme con una especie de garrote en la espalda. El golpe me derribó nuevamente. Mi ropa se llenó de aquella superficie grasienta de mal olor. Un nuevo golpe me recordó la orden, pero ahora fue cerca de la nuca, dejándome un sonido que me aturdió durante varios minutos. Volví a caerme. Me incorporé nuevamente y empecé a desnudarme. Primero, me quité los zapatos y las medias. Mientras me desnudaba, pensaba que solo mi madre y mi mujer me habían visto desnudo, que hasta limitaba ir a la piscina, el río o la playa para evitar exponerme, pues mi cuerpo desnudo siempre me pareció algo tan mío, algo que era lo único sobre lo que tenía un control directo y total, algo que era solo mío, secreto y además, vergonzoso e irritante para mí mismo. Cuando me quité la camisa y aflojé el cinturón del pantalón me detuve. Fueron segundo eternos, en los que la duda y la rebeldía de negarme a seguir se hicieron presentes. Un puntapié en el rostro me alertó que aquellos hombres no estaban jugando. Me quité el pantalón y quedé en calzoncillos. Un verde se acercó y me gritó que me desnudara por completo. Lo hice.*

Cuando coloqué el calzoncillo sobre el suelo exterior de la fosa, junto con el resto de la ropa, miré alrededor. Mientras todo aquello pasaba, habían llegado varios hombres vestidos de azul y presenciaban el espectáculo. Mayor vergüenza sentí. Miraba a todos lados sin mirar, ni siquiera quería ver mi cuerpo. Me sentí pequeño, sentí que ultrajaban lo poco que era y que a partir de ese momento conocía como yo, simplemente no volvería a ser igual. Y muy cierto fue. Sentía como todos los verdes y azules que estaban alrededor me miraban con ojos de juicio, cuyas miradas parecían atravesar mi piel y llegar más allá del interior de mi cuerpo, perforando profundamente mi realidad y percepción sobre el ambiente. *Levanta los brazos y date vuelta*, me dijo un verde que se acercó a mí, pero sin introducirse en la fosa. *Ahora agáchate, como si fueras a cagar*, me ordenó. Todo lo hice. *Sal*, me dijo. ¿Salir? ¡Por dios, estaba desnudo! ¿Cómo podía pensar salir y pararme frente a un grupo de más de diez personas desnudo?

*¡Coño, que salgas!* Me gritó otro verde, que enfurecido me tomó del cabello intentando halarme y sacarme de esa forma, pero en su fuerte arrebato y gracias a la fragilidad de mi cabello y que se encontraba lleno del aceite, orina o heces del suelo, se desprendió de mí y arrastrado por la inercia de mi peso y lo descontrolado de su rabia, cayó a la fosa conmigo. Las risas de todos no se hicieron esperar. *¡Ay papá, si quiere los dejamos solos!* Gritaban los demás. El verde en la fosa, más enfurecido aún, me tomó del cuello y empezó a golpearme en la cara. Aun no sé por qué, tal vez por simple reacción o reflejo, le respondí a sus golpes y entre el ir y venir de golpes, lo derribé. Cuando el verde cayó al suelo, las risas pararon. Tres más entraron a la fosa y allí culminan los recuerdos de ese instante.



No sé cuánto tiempo estuve desmayado, ni tampoco qué me hicieron mientras lo estuve; solo sé que cuando desperté, el dolor estaba tan dentro de mi cuerpo, que con el solo fluir de la sangre en mis venas y el aire que ingresaba a mis pulmones, sentía como se desgarraban mis órganos. *¡Ya despertó!* Gritó uno de los verdes, mientras me tomaba del cuello y me obligaba a levantar. *Tú te la das de bravo, ¿no?* Me dijo otro verde que se aproximaba, *como te la das de machito, acá te voy a enseñar a respetar. Ponte de espalda a la pared*, me ordenó mientras sacaba una especie de sable de su cinturón. Obedecí sin discutir. Quería disculparme, quería decirle que no fue mi intención golpear al otro verde, que simplemente todo era un error: yo, aquello, aquel lugar y aquel momento; que si en realidad la vida era vida, aquello no debía ser cierto. Pero entendí que, para aquellos y muchos más hombres, la complejidad de la vida se resumía en espacios y momentos sencillos, en los que la naturaleza insípida de las cosas, de sus percepciones y devociones, hacían de la vida un evento de rutina, donde lo complicado no existe más allá de la satisfacción de sus necesidades básicas.

El primer golpe me hizo volver de la abstracción de mis pensamientos. Aquello fue como un latigazo de fuego, que me quemó las entrañas y me recordó que vivía, pues sentía y lamentablemente aquello que sentí era un dolor intenso. El segundo golpe casi me derriba. Con el tercero creí volver a perder el conocimiento, con el cuarto caí de nuevo a la tierra. Todos rieron. *¡Qué marica, apenas cuatro! Que lo jodan adentro.* Decían los verdes. Varios azules se acercaron y me levantaron. A empujones me llevaron hasta un cuarto completamente cerrado y me pidieron que me limpiara. En ese momento me percaté que ya mi desnudes había desaparecido, vestida por los harapos

de la sangre, el sudor y la tierra que me daban un atavío de antropófago recién salido del vientre de una madre impura y desde el útero sublime del infierno. Ni siquiera parecía tener un sexo definido, pues todo aquel proceso inicial de golpes, humillación y negación de la situación, había hecho que perdiera el sentido de todo tipo de orientación e identificación para mí mismo. ¿Quién y cómo era? Eran dos respuestas que siempre tuve a la mano, pero a partir de ese momento poco a poco fueron sustituidas por nuevas palabras, imágenes, situaciones y recuerdos.

¿Cómo limpiarme si no tenía nada para hacerlo? Con las manos intenté quitarme la tierra y la sangre, pero sin resultados, pues el esfuerzo me hacía sudar más y el sudor transformaba la sangre y la tierra en una masa compacta que desde aquel momento parecía más mi nueva piel que algo agregado a ésta. Mientras intentaba limpiarme, una mujer ingresó al cuarto y me miró de arriba abajo. Su mirada no era de lastima ni de empatía, era de asco. Como el asco que se le tiene a las heces ajenas, como el asco que provoca cualquier porquería percibida en el mundo. Así me miró aquella mujer. En su mano llevaba un frasco de agua lleno hasta la mitad. Me lo dio y me dijo: *Lávate la cara mijo, para hacerte la reseña*. Empapé mis manos con un poco de agua y la pasé por mi cara, pero era tan poca el agua y tanta mi sed, que en un descuido de los azules tomé un gran sorbo de la botella hasta agotar el agua. Los azules se dieron cuenta y uno de ellos me golpeó en el estómago con un bastón corto. Aquel sorbo de agua, tal vez el agua que más deseé en toda mi vida hasta ese momento, fue un alivio momentáneo. Su sabor, mezclado con la sangre y la tierra, le dieron al agua un toque particular que le hizo poco gratificante, pero



difícil de olvidar. Un azul con una linterna en la mano se me acercó y me pidió que abriera la boca. Con la linterna detalló desde el interior de mi boca hasta mi ano. *¿Y si se tragó algo con el agua?* Le preguntó otro azul que estaba en la puerta del cuarto. En ese momento entró al cuarto un verde y dijo: *¡Que lo jodan adentro! Allá se lo sacan.* Se me acercó y empezó a golpearme detrás de la cabeza con la palma de la mano. *¡Porque adentro te van a cogé, marica! Yo pago pa' que te jodan,* me decía golpeándome seguidamente. Con cada golpe, sentía un ruido ensordecedor dentro de mi cabeza, sentía el peso de la mano y el frío del anillo que el verde llevaba en el dedo anular.

Tanto verdes como azules reían con aquel espectáculo. Uno de ellos me pidió que saliera del cuarto. Desnudo caminé a lo largo de un pasillo abierto. Sentía, aunque no las veía, como era observado por cada persona y cada cosa en el mundo, como si aún todo lo inanimado adquiriera existencia y concentrara su sentido de la vista en ver el insípido espectáculo de mi desnudes. Percibía cómo medían mi desnudes, cómo me exponían al mundo, cómo aquel cuerpo insignificante, de un ser insignificante, había tomado una importancia trágica para muchos a partir de aquel momento. No sabía cómo podía caminar, el dolor era tan intenso que simplemente creía desfallecer a cada paso, apurado por los empujones rabiosos de un azul pequeño, algo delgado, que tal vez expresaba su ira social en mi contra. Frente a mí apareció un edificio de dos pisos, rodeado de muchas personas, que iban y venían y entraban y salían. Parecía más un mercado que la administración de una prisión. Rodeamos el edificio, entramos a una pequeña habitación en donde de nuevo revisaron y detallaron todo mi cuerpo. Allí me reseñaron y fotografiaron, todo muy a pesar que mis rasgos no

debían ser distinguibles por la sangre y la hinchazón producto de los golpes, la tierra y el sudor. Lo curioso fue que, pese a que me habían reseñado, no me dijeron el número de mi causa, como posteriormente supe que lo hacían con los demás presos.

*Ponte tu ropa.* Me dijo un azul después que me tomó la fotografía. Obedecí. Fue un alivio volver a estar vestido. Empezaron a interrogarme. Las preguntas no tenían sentido, al menos para mí. Y mis respuestas, menos aún, pues si bien algo significaban para mí, para los azules eran simples opciones que debían variar en un formato, y para el sistema solo era información hueca. Cuando los azules terminaron de interrogarme, empecé yo a plantear las preguntas: *¿Dónde está mi abogado? ¿Puedo llamar a mi esposa? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy acá si no he visto a un juez?* Un azul, algo educado, aunque no por eso menos estúpido, me respondió: *Usted está acá acusado de un delito, por lo tanto, es un delincuente y hasta que no se compruebe lo contrario no saldrá de acá.* Recuerdo haber alegado que la constitución nacional, y así me la vendieron, establecía que un hombre debía ser juzgado en libertad, presumiendo siempre su inocencia; además, sabía lo que había hecho, pero también sabía por qué y cómo lo había hecho y que por último y más simple, dónde estaba mi boleta de encarcelación. *¡Ah, es que tenemos acá un leguleyo!* dijo otro azul, *ya te voy a mostrar la constitución,* me dijo tomando un gran trozo de madera y golpeándome con éste en la espalda. *¡Preso es preso y su apellido es mierda!* me gritó, mientras seguía golpeándome. Otro azul, intervino deteniéndolo. *Déjalo,* le dijo, *ya los verdes le dieron duro y todavía le espera que le monten la mano adentro.* Me tomó del brazo y me sacó de la habitación.



Volvimos por donde entramos y llegamos hasta el frente del edificio de administración. El azul llamó a otro azul y le pidió que me llevara al pabellón uno. El nuevo azul me llevó del brazo casi arrastrando. Aquel ambiente aun parecía irreal a mis ojos. Altos muros, mallas interminables, alambre de púa alto y tan grueso que podía rasgarle la piel a un elefante. El aire era tan denso y húmedo que podía ver las siluetas que dejaba el viento mientras recorría aquel lugar. A mi alrededor las personas iban y venían, hablaban entre sí; todos ignorándome, pero sin perder detalle de mis pisadas. Todos me observaban y me detallaban. Murmuraban solos o con el que tuvieran a su lado. Sus murmullos, aunque imperceptibles, eran una especie de plan sobre mi destino, juzgando y definiendo mi rol, hipotético en aquel momento, sobre lo que haría y sería en el ambiente al que ingresaba.

El azul que me acompañaba se detenía constantemente a dar órdenes a las personas que caminaban o estaban paradas por el lugar o a saludar a otros azules o a otras personas que, por su manera de vestir y hablar, intuí eran trabajadores de la prisión. En una de esas pausas, la más extensa, me dio la espalda y quedé a merced de todos, quienes me miraban y evaluaban. Un hombre bajo, moreno, de cabello negro y vestido con trapos sucios más que con ropa, se aproximó a mí. Daba vueltas en círculo mientras me miraba. Los nervios me consumían, mis manos temblaban y junto con el abrazador calor del lugar hacían escurrir cascadas de sudor por mi frente. El hombre se acercó y me preguntó: *¿Estás cagao'?* Todos alrededor rieron. El azul volteó al oír las risas y con amenazas de golpes ahuyentó al hombre. *No te dejes intimidar*, me dijo, *si te llegan a someter, triste por ti. ¿Cómo no dejarme intimidar?* En aquel lugar, en

aquel ambiente, con aquellas personas, ¿Cómo no dejarme intimidar cuando de por sí el solo ambiente me estaba intimidando y hacía de mí un cobarde cuyo único deseo era correr gritando que no merecía estar allí, que era inocente?

Tal vez pensé que, al igual que yo, muchos estaban allí sin tener que estarlo. No niego lo que hice, pero sé que lo que hice, lo hice por defender mis derechos y mi propiedad; pues de no haberlo hecho tal vez mi historia sería sobre la de un padre que cuenta como asesinaron a sus hijos o a su esposa, o tal vez la historia sería la de un hijo que cuenta cómo vivió su vida sin padre, el que murió víctima de un vulgar ladrón, que en aquel momento, para mí, no tenía una vida cuyo valor fuera equivalente a lo que estaba viviendo. ¡Qué equivocado estaba! El azul me evaluó con su mirada y repitió: *No te dejes someter flaco, aquí sobrevive el fuerte, no dejes que te monten la mano. Pelea así te maten, porque ahí adentro es mejor estar muerto que ser la mujer de alguien.* Aquellas palabras fueron un epitafio para mí, con base en ellas debía direccionar mi conducta a partir de ese instante, pues sabía que tenía que salir en algún momento, fuera tarde o temprano. Por lo tanto, el objetivo era mantenerme vivo, al precio que fuera, ya no podía haber espacio en mí para el llanto, el desconsuelo, la tristeza. Quería ver a mis hijos, a mi esposa, a mis padres. Quería estar en la calle y respirar aquel aire, aquel aroma, ver aquel ambiente; que a pesar de ser idénticamente similar a éste, la situación traía como consecuencia que se construyera y percibiera de manera diferente.

El azul continuaba a mi lado, sus pasos rápidos daban cuenta que ya el final de aquella travesía estaba próximo. El aire se hacía más denso, como si mi cuerpo fuera insuficiente para



introducirlo y retenerlo en mi ser, como si en aquel instante la vida y el mundo conspirarían en contra de mi vida, quitándome el aire, el sueño, el hambre y las ganas de vivir. ¡Sí, las ganas de vivir! Pues para vivir en aquel espacio comprendí que hay que tener ganas de morir. Mi determinación crecía y disminuía con cada paso, pero también el miedo a lo incierto, porque ciertamente el mundo se compone de lo cierto, lo que hace predecible a los hombres, pero aquel mundo ya no era un mundo, aquello bien podría ser el infierno dantesco postmoderno y yo, distaba mucho de ser aquel viajero. Y mi viaje, si así podría llamarse, estaba más lejos aún de pensar pasar por el paraíso. Sin embargo, pensé, son solo conjeturas lo que tengo. Nunca he estado en la cárcel para decir que es un infierno. Solo sé de ella lo que todos saben, lo que todos leemos. Aun así, las palabras del azul dieron cierta fe a mi prejuicio y con base en éste es que debo actuar. Y así lo hice. La caminata finalizó frente a un edificio descolorido. Era blanco con franjas amarillas. Aunque las franjas eran presuntas, pues aquello parecían más manchas amarillas que otra cosa.

El edificio, que en sus mejores años debió haber parecido más una iglesia que una estructura carcelaria, era alto, con techo de teja y caídas a ambos lados partiendo del centro. Por el ruido que salía de su interior, aquel edificio parecía más una sala abierta que un pabellón lleno de celdas. Y efectivamente era una especie de comedor con sala de juegos y dormitorio. En el techo, entre las tejas, había nidos de palomas que revoloteaban de un lado a otro. Varios perros flacos y llenos de moscas caminaban por los alrededores. El azul se detuvo frente a la gran malla que rodeaba aquel lugar. En realidad, las mallas estaban por todos lados, definiendo perímetros y seccionando

el total de la prisión en los componentes que la integran. *Uno nuevo. Dile al Viejo que éste es el que le habían dicho*, le dijo el azul a un hombre que estaba parado en la única puerta que había para ingresar al edificio. Éste sacó una llave, abrió el candado y luego la puerta. Sin mediar palabra, sin ninguna orden simplemente me entregué al destino. Atravesé la puerta. Frente a mí un extenso pasillo y sobre el umbral para ingresar a éste un nombre: Ciudad de Dios.

### III.

*¡Agua negra nueva en el pabellón!* Gritó el hombre que abrió la puerta, la cual ya había cerrado y ahora dejaba ver el brillo de un revólver plateado que llevaba atado con una cinta roja en la cintura. *¡Agua negra nueva en el pabellón!* Volvió a gritar otro hombre. Aquel anuncio se repitió muchas veces como si existiera un profundo eco. Sin saber qué hacer, ingresé al pasillo caminando lentamente, imaginando que al final del mismo encontraría la zona abierta que vi cuando caminaba hacia aquel edificio. Atrás quedó el matiz breve de un cielo azul y del aire puro, pues ahora el cielo se reducía a un techo negro y lleno de moscas y el aire era un aroma nauseabundo lleno de color y podredumbre de hombres, lágrimas, sudor, sangre y esperanzas recicladas a través de los años en un depósito de sueños y libertad. El pasillo tenía unos dos metros y medio de ancho y de largo, una medida indescriptible que nunca pude entender ni descifrar. Mientras caminaba, veía como al final del pasillo iban apareciendo hombres y más hombres. Todos caminaban a mi encuentro. A mi espalda, había también



un número considerable de hombres que vigilaba mis pasos, acechándome.

Mis sentidos estaban al máximo. En un instante, el final del pasillo dejó de ser visible, borrado por la cantidad de personas que iban a mi encuentro. En ese momento me detuve. Dos hombres me tomaron de los brazos e intentaron abrazarme. *Háblame causa*, me decían. Como pude, empecé a forcejear intentando librarme de los abrazos, intentando zafarme de los dos hombres que cada vez me sujetaban con más fuerza. *¡Ah! Es que te la das de arrecho*. Decían. Dos hombres más llegaron en ayuda de los anteriores e intentaban también sujetarme. Pero estaba lejos de rendirme. Con fuerza me agitaba, como una serpiente moribunda, acosada y acorralada. Mientras tres me sujetaban, de uno me liberaba. En el forcejeo, levanté con mucha fuerza la pierna, más como reflejo que como acto voluntario en mi propia defensa, y le pegué en la cara a uno de los hombres que me sujetaba. Éste cayó al piso con la nariz sangrando. Rápidamente se incorporó y la dinámica de aquella lucha cambió. Lo que empezó como un forcejeo para inhabilitar mis movimientos, se convirtió en una lucha a golpes entre cuatro hombres que me rodearon y me golpeaban y pateaban por todo el cuerpo.

Mientras detenía un golpe, recibía diez. Uno de los hombres, el de nariz sangrante, sacó de su bolsillo un cepillo de dientes con la punta limada y perfilada como un punzón pica hielo. Mis ojos no se separaron de él. Los demás me golpeaban fuertemente, pero mi atención estaba en aquel que llevaba el cepillo, atención que se distrajo cuando un puntapié en el estómago me hizo reclinarme agonizando por aire. El hombre del arma

me tomó del hombro y me golpeaba constantemente con el cepillo. *¡De que te jodo te jodo!* Me decía. Con las pocas fuerzas que me quedaban lo abracé dándole fuertes cabezazos. En el forcejeo, ambos caímos al piso y, por suerte, yo caí arriba, aproveché esto para incorporarme velozmente e intentar huir. Pero otro de los hombres me detuvo, sacó un cuchillo de cocina y me lo clavó en el muslo derecho. No recuerdo si grité en aquel momento, pues la intensidad de la situación había bloqueado de mí toda reacción particular al dolor, existiendo en mí solo la idea de huir de aquel lugar. No olvido la sensación de la puñalada. Una sensación que en el recuerdo y en el instante fue eterna. Tal vez la puñalada fue solo eso, un golpe, y como tal no fue más que el ingreso del cuchillo a mi cuerpo desgarrando mi piel y mis músculos, siendo un acto de apenas pocos segundos. Pero la sensación fue inclemente, como un fuego en mis entrañas; como un nombre que no era el mío y que, sin embargo, me representaba. El cuchillo en mi muslo era como un invitado no deseado en mi cuerpo, como un virus que infectaba toda mi esencia y descomponía la simetría de mi imperfección y que violaba mi intimidad. El dolor, que luego me inutilizó la pierna, me dio más fuerzas y con éstas pude correr a pesar de los golpes de quienes me perseguían. En la carrera, las demás personas me abrían espacio y dejaban frente a mí un pequeño pasillo libre. Al final, me caí y los cuatro hombres me rodearon. Empezaron a patearme. Con mis últimas fuerzas tomé el pie descalzo de uno de éstos y lo mordí. El hombre lanzó un aullido de dolor que inmovilizó a los otros tres. Le había arrancado un dedo.

Lo escupí, junto con un charco de sangre que no sabía si era de él o mío. El hombre cayó al piso gritando y revolcándose de



dolor. Los otros tres arremetieron con más fuerza. Uno de ellos me tomó por los hombros inmovilizándome los brazos, mientras que otro empezó a desabrocharme el pantalón. *¡Déjenme, déjenme!* Les gritaba. En ese momento, el bullicio que había generado la pelea y los gritos del otro hombre en el suelo se calmaron. Un hombre blanco, flaco, de estatura mediana, llegó hasta aquel lugar acompañado de unos diez hombres más. A cada paso que daba, se abría un espacio para no afectar sus movimientos. Su rostro, pálido y deslucido, tenía el ceño fruncido de como quien pareciera siempre mirar con odio. Se acercó hasta donde estaba. *¿Qué pasa aquí?* Me preguntó. Sacando fuerzas de lugares desconocidos, me incorporé y le dije: *Nada, nada; yo no quiero problemas, yo no estoy acá por violación y no voy a dejar que me violen.*

—¡Y quién te va querer coger a ti mariquita! Con ese culo peludo que debes tene' —me dijo—. *¿Qué haces tú acá? ¿A qué viniste tú acá?*

—No sé, yo no debería estar acá. Yo quiero irme.

—Ah, ¿es que tú eres malandro o te la das de güevón? —me preguntó.

—No, yo no soy malandro nada. Yo solo estoy acá y no quiero problemas.

—Culebra ya tienes. Te la das de hombrecito, ¿no, pajudo? Ya vamos a ver que hombrecito eres. Tú hoy te quedas aquí, por esa cortada no vas a la enfermería ni que nadie te atienda. Veremos qué aguantas.

—Lo que usted diga, yo no quiero problemas.

—No te mato porque acabo de comer. Pa' que respetes a los demás. ¿Cómo le vas a joder el pie al causa? Aunque medio marico él también. Ya sabes, hay luz, nadie te atiende ni nadie te jode. Veremos como sobrevives.

El hombre se fue y tras él salió un grupo de diez hombres más. Era el líder del pabellón, quien controlaba cada aspecto de la vida en aquel lugar. Uno de los hombres que lo acompañaban esperó que se fuera y gritó señalándome: *Ya sabe pueblo, el Viejo habló, por hoy dejan a esta jeva morir tranquilo.* Al decirlo desapareció tras el Viejo y su grupo. Todos los hombres que estaban en aquel lugar se fueron dispersando. Nadie me habló. Nadie me miró. Cada uno volvió a su actividad, a su rutina. Mientras se dispersaban, el hombre con el pie herido me dijo: *Esta me la pagas, de que te cojo te cojo.* No reaccioné. La poca lucidez que me quedaba la tenía concentrada en revisar mi cuerpo. Aún tenía puesta la ropa que llevaba desde el día y la noche anterior, cuando toda esta pesadilla inició. La camisa negra, con mangas recogidas hasta los codos, un pantalón marrón, que ahora tenía un color de negro desteñido gracias a la grasa, la tierra, la sangre y el sudor.

Cuando el ritmo de mi corazón empezó a bajar, llegaron de súbito un conjunto de dolores fuertes a mi cuerpo. Me dolía más que todo el hombro, la cara, el abdomen y la pierna. En el hombro izquierdo y en el abdomen tenía dos pequeñas heridas que había producido el hombre con el cepillo de dientes, de ambas, tímidamente, salía sangre. En la pierna, y era lo que más me preocupaba, tenía una cortada de unos tres centímetros de donde salía bastante sangre. Me quité la camisa. Con los dientes rompí la costura de las mangas y con ésta limpié la



sangre de la pierna y presioné la herida. Miré alrededor intentando ubicar un lugar donde pudiera obtener agua. Solo vi un espacio abierto, donde había una cancha múltiple en la que se podían practicar varios deportes. Había hombres sentados, hablando y fumando; otros leyendo, levantando pesas, lavando y tendiendo sábanas. Para todos yo no existía. Sus miradas parecían atravesarme. En una esquina de la cancha vi un pequeño pozo de agua. Caminé, o mejor dicho, me arrastré hasta él. Humedecí la manga de la camisa y la pasé por la herida de la pierna. El contacto de la tela húmeda en la herida, en lugar de aliviarme, hizo que el dolor se recrudeciera, ahora acompañando por un profundo ardor que iniciaba en la herida, penetraba en la pierna hasta lo más profundo de mi piel y me hacía cruji los dientes. *Esos son miaos causa*, me dijo un hombre que me observaba y que tenía un trozo de la madera en la mano. *Onde están las sábanas hay agua encharcá', porque hoy no llegó*. Me sentí estúpido e inocente, presa en un mundo de cazadores. Volteé hacia el lugar donde había visto unas sábanas colgadas, en la otra orilla de la cancha, en donde sentados en el piso varios hombres hablaban. Fui hasta allá. Al acercarme pude notar que jugaban cartas. Todos estaban sin camisa, notando en ese instante que solo pocas personas en aquel lugar vestían completamente, pues el resto solo usaban pantalón o short.

En el suelo, debajo de una sábana amarilla, había un poco de agua. Humedecí la manga de la camisa y volví a pasármela por la herida. El ardor continuaba, pero menos fuerte que antes. Volví a humedecer la manga, repitiendo esto hasta que ésta se mojó completamente y el agua estancada empezó a secarse. Exprimí la manga intentando extraer de ella el orine que tenía. Limpié de nuevo la herida. Creo que no era tan profunda, pero

no podía detener la sangre que salía menos caudalosa que antes. En ese momento recordé el cinturón, con él podría hacer un torniquete. Pero no lo llevaba. Entre las pocas memorias que tenía, creía haberlo perdido o que me lo habían quitado antes de ingresar al retén policial. Con la manga de la camisa hice el torniquete, pero estúpidamente, lo apreté sobre la herida. Desgarré la otra manga. Busqué más agua por los alrededores, sin éxito. Examiné en detalle las otras dos heridas, notando que ya no salía tanta sangre. Limpié la que tenía en el abdomen y al quitar la costra que se empezaba a formar, la sangre volvía a fluir. ¡Dios mío! Pensaba, mientras deseaba que la sangre se volviera a coagular para que se fuera cerrando naturalmente la hemorragia.

En ese momento, escuché un fuerte sonido, como si golpearan ollas. Todas las personas de aquel lugar empezaron a hacer una fila que iniciaba dentro del edificio que había visto al entrar y que efectivamente era el comedor. Dentro de éste había unas ocho mesas con sus bancas de cemento, con una capacidad de diez o doce personas por cada asiento. Igualmente, había unas cuatro mesas de billar y pool. Al final, una especie de oficina con una gran ventana donde un hombre con un trozo de tela en la cabeza repartía comida. El espectáculo que empezó en aquel instante no era digno de seres humanos. Primero, un tropel ensordecedor de pasos retumbó en el edificio, haciendo crujir las bases de las ventanas. Luego, el bullicio de las palabras repetidas y sin sentido, donde todos hablaban con todos, pero sin decirse nada unos a otros. No podía entender qué se decían, pero sí entendí que eran palabras de amenazas destinadas a mantener el espacio en la fila que se formaba. Cada uno llevaba una pequeña taza, plato, papel aluminio o bolsa,



en donde, imagino, pretendía que le sirvieran comida. Los empujones, insultos y hasta breves peleas eran comunes. La fila era cada vez más larga y más tensa la situación. Mi corazón latía aceleradamente, pues constantemente una pelea iniciaba y terminaba porque los peleadores perdían su lugar en la fila y una nueva pelea empezaba entre éstos y los que habían ocupado su lugar. Sin embargo, estas peleas eran breves, pues la fila avanzaba indistintamente de todo, como si toda esa circunstancia no fuera más que algo rutinario, algo que era parte del devenir diario y que, tal vez, sucedía en más de una ocasión al día. Los hombres peleaban sin agredirse, se golpeaban sin violencia, a pesar de la carga agresiva y lesiva de las acciones; como si la lucha, los insultos y el ansia, no fueran más que una forma de demostrar en qué lugar estábamos y cómo debían relacionarse las personas.

Sorprendentemente, pocos se quedaban a comer en las mesas de aquel comedor. Aquellos que recibían su ración de comida se iban de aquel lugar protegiendo la comida con la mitad de su cuerpo, ocultándola casi entre sus axilas, con una actitud más irracional y propia de los animales salvajes, que de hombres en cautiverio. Algunos se sentaron cerca de donde estaba y devoraban desesperados los alimentos, quizá no tanto por hambre, sino más bien por el miedo a perder la ración de comida ¡Y por Dios, qué clase de comida! En la medida que pasaron los días, fui acostumbrándome a aquellos tipos de alimentos, pero en aquel momento fue sorprendente: la comida consistía en un pedazo de arepa vieja y una cucharada de algo que se asemejaba al atún enlatado. El pedazo de arepa, apenas cabía en la palma de la mano. Noté que en la medida que la fila avanzaba, el tamaño de la ración, en especial del atún, disminuía, y

entendí la razón de la lucha agresiva al momento de formar la fila para estar entre los primeros puestos, así como la actitud de protección de la comida. Aunque posteriormente aprendí que los alimentos que la cárcel daba eran una pequeña parte de la comida que ingerían los presos, también aprendí que hay algunos para los que ese poco alimento constituía el único en su dieta diaria.

Los que comían a mí alrededor, no muchos, pues gran parte ingresaba a un edificio contiguo donde imaginé estaban las celdas, me dieron un espectáculo de zoológico: como perros rabiosos luchaban constantemente por la comida. Pero esta lucha tenía una fuerte carga de violencia que, a su vez, parecía no ser violenta. Más bien, la violencia se limitaba a simples amenazas, insultos, empujones y manoseos. Era como he dicho, una violencia sin violencia, pues aquellas acciones generaban unas reacciones, todas con agresiones breves, y allí finalizaba la pelea. Eran amenazas que se respondían con amenazas. En varios casos, alguno de los que comía no respondía la amenaza y la consecuencia era simple: perdía la comida. Desde ese momento empecé a entender que en aquel lugar la dinámica se definía en acciones y reacciones, con base en una lógica simple y animal. Quien no respondía a una acción era sometido en base al objetivo que se perseguía con la coacción que la acción buscaba. Como consecuencia, la rutina de aquel lugar era un simple actuar bajo amenaza, de acciones y reacciones, en donde la violencia y las lesiones eran lo común. Aquella tarde lo vi por primera vez, los pocos que no reaccionaron o lo hicieron tarde, perdieron la comida y fueron objeto de burla y posteriormente serían objetivos de ataques o intentos



de sometimiento al que tendrían que reaccionar con mayor contundencia.

¡Qué poco había aprendido hasta el momento! Al percatarme que la fila empezaba a terminar, me dirigí hasta el final de ésta. Nadie me dijo nada. Para todos, yo no existía en aquel momento. Los conflictos en lugar de amainar en la medida que terminaban de repartir la comida, aumentaron. Las raciones de comida cada vez eran menores para que alcanzara a los que aún quedaban en la fila. Sin embargo, cuando quedaban unas treinta personas en la fila, un hombre gritó: *Compañeros, se acabó la comida*. La algarabía no se hizo esperar, pero tres disparos al aire que me hicieron lanzar al piso, acabaron con los gritos de reclamo. Todo volvió a la calma. Los hombres que estaban en la fila se dispersaron. Empecé a sentir mucho cansancio, después del momento de distracción por la comida, llegaron a mí los múltiples dolores que en los altercados vividos hasta ese momento habían disimulado. Me dolía la cara, el cuerpo, la pierna y tenía mucha sed. Me percaté que tenía más de veinticuatro horas sin tomar agua, sin comer y con un sueño breve, aunque profundo, del que desperté en aquella pesadilla, que sin duda alguna, apenas empezaba.

#### IV.

Poco a poco el terrible calor fue disminuyendo, la tarde inició su lenta transformación hacia una noche semi-azul, que unida a la condición de aquel lugar y de aquel momento, adquirió, al menos para mí, un lúgubre significado. Y así fue. La sangre había dejado de salir de mis heridas o al menos eso parecía.

Casi arrastrándome volví a salir del comedor hasta el patio donde nuevamente todos los hombres volvían a ocuparse en diversas actividades, tan monótonas que su ejecución parecía un acto involuntario e instintivo. Aún no existía para ellos. Un nuevo grito volvió a alertarlos: *¡Agua verde en el pabellón!* Todos se pusieron de pie. El patio, hasta ese momento tranquilo, volvió a llenarse de algarabía y de personas, tantas que tenían que hacerse espacio en el comedor. Un grupo de verdes irrumpió en aquel lugar. Escoltaban a cinco personas más. *Bueno, acá los dejamos*, dijo el verde que encabeza el grupo. Seguidamente subió por las escaleras que separaban el patio del edificio donde estaban las celdas y cuando estuvo a más altura que todos, tomó unas hojas y empezó a leer nombres y apellidos. Aquella operación fue eterna en el tiempo, pues rodeado de más de un centenar de hombres, me sentí aislado y solo en el mundo. Uno a uno, las personas que el verde llamaba por nombre y apellido iba saliendo del grupo e ingresaba al edificio que estaba junto al patio. Cuando terminó me miró y me preguntó mi nombre. Se lo dije. *Este fue el del peo en la entrada*. Le dijo otro verde. *Ah, ¿con qué tú eres el que se la da de bravito? La tenemos pendiente*. Me dijo. Me hizo señas para que entrara al edificio. Lo hice. Conmigo entraron las otras cinco personas que llegaron escoltadas por los verdes. Cuando éstos empezaban a marcharse, dentro del edificio inició un coro de gritos que al eco alteró el organismo de los seis que entrábamos: *¡Carne nueva! ¡Carne nueva!* Repetían a gritos, golpeando las paredes, haciendo vibrar el edificio y dando la sensación de que aquel lugar en cualquier momento se derrumbaría, dejándonos tapiados a todos.

De todos los lugares, empezaron a salir personas. Todas sin camisa, algunos casi desnudos. Los gritos se hacían cada vez más



fuertes. Uno de los que estaba a mi lado empezó a llorar. Con las manos tapándose la cara, intentaba controlar la música típica del llanto. Eso alteró más a aquellos individuos, quienes rápidamente lo sujetaron por las piernas y por los brazos dando inicio a uno de los espectáculos más dramáticos que pude presenciar. Como un destello le quitaron la ropa. Un hombre lo tomó de la cabeza y lo hizo agacharse mientras otros lo sujetaban de los brazos. Detrás, un hombre sacó su pene y empezó a penetrarlo, mientras el que le sujetaba la cabeza le hacía lo mismo por la boca. El hombre intentaba gritar y pedir ayuda, se esforzaba por escapar, pero simplemente era ya muy tarde. Sus fuerzas blandas eran simples caricias y aumentaban la excitación de aquellos hombres que disfrutaban haciéndolo sufrir, mientras todos los demás, veían riéndose y gritando cualquier cosa. *¡Uy, está cerraíto! ¡Me estoy comiendo un virguito!* Gritaban los agresores. Otro hombre llegó con un trozo grande de madera en la mano y abriéndose espacio entre los agresores, golpeando a uno y otro, ganó la parte trasera del hombre agredido. Le introdujo el trozo de madera en el ano. Lo sacaba y lo volvía a introducir, repitiendo esta acción una y otra vez, así por varios minutos. Los gritos del hombre agredido eran desgarradores. Eran tanto más fuertes que los gritos iniciales que parecían derrumbar el edificio. Las risas aumentaron, todavía más, cuando el hombre agredido cayó al suelo expulsando descontroladamente heces y sangre por el ano. El hombre que tenía el trozo de madera, salpicado de excremento y sangre, se enfureció y empezó a patear y golpear con la madera al hombre en el suelo. En ese momento llegó el Viejo. Su sola presencia fulminó instantáneamente los gritos, las risas y las agresiones. *¿Qué pasa acá?*, preguntó. El hombre que tenía

el trozo de madera le dijo: *Nada, Viejo; jugando con ese llorón*. El Viejo miró al suelo. Con un veloz movimiento sacó un arma y con la culata golpeó repetidamente en la cabeza al hombre de la madera. Lo tiró al suelo, tomándolo del cabello lo arrastró entre la sangre y las heces varias veces *¡Ahora limpias tú esa mierda!* Le decía. Cuando dejó de arrastrarlo, el hombre de la madera se levantó, pidió disculpas y permiso para lavarse. El Viejo negó. *¡Así te quedas, por maricón!* Le dijo. *Y no te mato porque no vales la bala ni el esfuerzo*. Terminando de pronunciar estas palabras, cuando su atención se dirigió hacia los otros cinco que estábamos en la entrada.

*¿Y tú qué haces aquí mariquita?*, me preguntó. *¡No me hables, no me hables! Porque te mato, mira que te mato*. Me decía como conteniendo sus impulsos. De pronto, su atención se centró en otro de los hombres que estaba junto a mí. *Mira, si aquí está el Luisito*, dijo señalando a un hombre de los que recién habían llegado. *¿Qué haces tú acá?* Le preguntó.

—Nada hermano, yo no soy nadie —le dijo el hombre que empezaba a sudar copiosamente.

—¿Nada? Nada vas a hacer. ¿Recuerdas a la vieja aquella que robaste en el barrio Juan Pablo Segundo, hace como dos meses? ¡Esa era mi vieja, maldito! —le dijo apuntándolo en la frente con el arma que tenía en la mano.

—¡No! Se equivoca hermano. No soy yo, no soy yo —gritaba el hombre.

—¡No me digas hermano! —gritó el Viejo empezando a dispararle.



Nunca supe cuántos disparos le dio, pues tal vez el eco incrementó el número real de disparos. El ruido, el eco y el olor me hicieron parpadear seguidamente y vibrar todo el cuerpo. El hombre cayó al piso hundido en un charco de sangre. *Saquen esta basura de aquí.* Ordenó el Viejo, orden que de inmediato un grupo de hombres cumplió. Tomaron de las piernas el cuerpo y arrastrando lo sacaron del edificio y lo dejaron en el patio. También hicieron lo mismo con el hombre que habían violado. Cuando los terminaron de sacar, el Viejo volvió su mirada hacia los cuatro que quedábamos en la entrada. *Ustedes duermen acá,* nos dijo, *uno en cada letra. Mañana vamos a hablar. No quiero shows,* dijo y se fue. Otro hombre, el que cuando entré, luego de la pelea ordenó y repitió la orden del Viejo, se acercó y nos señaló uno por uno: *Tú para la letra A, tú para la B, tú para la C y tú para la D.* Dijo. Me correspondió la letra A, que era el primer piso.

Aquel edificio tenía una entrada en el centro, al frente de ésta había unas escaleras y a ambos lados otras entradas con puertas enrejadas. Vi a mi izquierda, en el umbral del pasillo, un letrero que decía: *Barrio Chino.* Las paredes de aquel lugar estaban llenas de letreros, de palabras, de frases, que para alguien serían versos, para otros epitafios dibujados en la lápida de un cementerio de hombres vivos: vivos al menos en el minuto de consciencia antes de morir. La algarabía se había calmado. En ese momento los hombres, al menos en aquel piso, caminaban de un lado a otro, se acostaban en el suelo desnudo, arropados con gruesas sabanas, más por guardar intimidad que por otra cosa. Otros entraban en las celdas que empecé a verificar como existentes. Las entradas a éstas, en lugar de ser rejas y puertas, eran huecos en las paredes; algunas cubiertas con telas

sucias, otras con grandes plásticos pegados unos sobre otros. ¿Qué podía hacer? Empecé a caminar muy lentamente hacia el ala derecha de aquel piso. El espacio para caminar era muy corto, pues había hombres a ambos lados de las paredes de un pasillo que podía ser de unos dos metros. Sentía que caminaba entre muertos. A la mitad del pasillo, vi un espacio libre en el que me senté de espalda a la pared. Estiré las piernas y empecé a revisar mis heridas. Tenía la pierna tan hincada que apenas me cabía en el pantalón. No pude subirme la bota de éste ni tampoco quise bajarme el pantalón luego de lo que había visto. Gradualmente, empecé a perder la movilidad en la pierna y el dolor se hacía más agudo. El rostro estaba igualmente inflamado, tanto que no resistía un ligero roce con la punta de los dedos. En cuclillas en aquel lugar, el sueño y el cansancio empezaban a ganarle la partida a la desesperación y al miedo y, poco a poco, me fui durmiendo.

Estimo que me dormí solo un minuto, cuando un fuerte ardor en el rostro me despertó. Sobresaltado, abrí los ojos. Había frente a mí varios hombres con los pantalones a media pierna y sus penes en sus manos: me estaban orinando. Rápidamente me incorporé. Otro hombre me tomó de las piernas, como lo habían hecho minutos atrás con el hombre que violaron y que vivo o muerto estaba en ese momento en el patio. Ya no podía mover la pierna herida. Con las manos empecé a golpear al hombre que me sujetaba las piernas, mientras llegaban otros hombres más en su ayuda y otros intentaban agarrarme. Rápidamente me controlaron. Uno empezó a desabrocharme el pantalón e intentar bajármelo, pero la inflamación en la pierna herida no le facilitaba la tarea. Grité, pedí ayuda. Volví a repetir que no era violador, que no estaba allí por violación.



Les rogaba que no me violaran. Sin embargo, mis gritos, mis excusas, mis ruegos, eran más bien incentivo para aquellos hombres, quienes con mirada voraz y cara de rapiña, estaban listos a darse banquete con mi vida. En ese momento, el Viejo golpeó con un trozo de hierro la pared del edificio, el cual retumbó como ordenando calma. Todos se paralizaron. *Bueno, ¿van a seguir con la mariquera?* Preguntó.

—Tranquilo Viejo —dijo uno de los hombres que me había sometido—. Esta bruja empezó a llorar y lo íbamos a consolar.

—¿Tú crees que yo soy güevón? —le preguntó el líder con la mirada ardiente y sacando de nuevo el arma—. ¡Ah, ah, ah! ¿Qué te crees tú? —le decía apuntándolo en la frente—. Estoy escuchando todo. No les dije que dejaran a ése tranquilo.

—Tranquilo Viejo, no pasa nada.

—Tranquilo nada, aquí te mueres —le dijo accionando el arma descargada, pues le había vaciado el cargador al otro hombre—. Te salvaste. ¡Gustavo! —gritó—. Toma, cárgame la bicha —de inmediato llegó a su lado otro hombre, tomó el arma y se marchó, no sin antes dejarle otra arma.

—¿Tú qué? —me preguntó.

—Yo solo quiero estar tranquilo —le dije mezclando las palabras con un llanto contenido que no podía expulsar.

—Ah, y no quieres nada. Tú acá ya no quieres, lo que tú quieres es lo que yo digo. Este es mi mundo, así que adáptate. Afuera está el mundo de Dios y aquí está mi mundo. Yo soy Dios y el Demonio acá dentro. Lo que tú quieras o no aquí no vale. Yo te

digo de ahora en adelante lo que tú quieras y eso es lo que vas a hacer.

—Como usted diga. Yo hago lo que usted diga.

—Así es. Y dime, ¿qué haces tú acá? ¿De dónde eres tú?

—Yo acá no hago nada, solo lo que usted diga.

—¡Coño contesta! —gritó golpeándome con el trozo de hierro que tomó del suelo. Recuperándome del golpe, proseguí:

—Vengo del Pueblo, estaba pasando unos días con mis papás en la ciudad y bueno, ahí pasó lo que pasó.

—Ah, ¿conque eres campesinito? Un cogeburra, ¿no? —todos los que estaban alrededor rieron.

El Viejo continuó haciéndome preguntas, cada una más absurda que la anterior, a las cuales respondí con breves frases. Constantemente, reafirmaba y subrayaba sus preguntas golpeándome en la cabeza con el puño cerrado, con la culata del arma o con cualquier otra cosa que tuviera a su alcance. Aquella dinámica se extendió durante mucho tiempo, aunque desde ese momento, en aquel lugar nunca pude interpretar el tiempo en minutos u horas como ordinariamente solía hacerlo. Precisé que las preguntas absurdas y los golpes del Viejo fueron por mucho tiempo, porque poco a poco todos los hombres que nos rodeaban o que caminaban por aquel pasillo fueron desapareciendo, algunos entraban en lo que parecían celdas, otros se acostaban en el suelo sobre colchones sucios y delgados; llegando el punto en que solo estábamos el Viejo, media docena de hombres más que le acompañaban y yo.



Estimo que era pasada la media noche cuando el Viejo cesó sus preguntas y de golpearme. La circularidad y lo absurdo en su interrogatorio me confundía sobre la idea que desde aquel momento me construía de aquel hombre. Estimo que me preguntó más de diez veces de dónde era, qué había hecho, a quiénes conocía, si era malandro; e igualmente número de veces se burlaba de mis respuestas: me llamaba *cogeburras*, entre otros apodos, amenazaba con matarme al día siguiente, con mandar a que me violaran, entre otras cosas. Todo terminó porque al líder lo apuró el cansancio y se fue a dormir. Su reacción en ese instante fue tan desconcertante como tantas otras que vería posteriormente: mientras me golpeaba con el puño en la cabeza y me tenía arrodillado en el suelo, simplemente se detuvo, dijo que tenía sueño y se fue. Las demás personas que lo acompañaban se movieron al compás de sus pasos y me dejaron solo en aquel pasillo. A los pocos minutos, apagaron las luces. Todo quedó hundido en tinieblas. El desconcierto fue mayor, no tenía puntos de referencia para orientarme, temía moverme pues podía tropezar con otra persona y desencadenar un conflicto para el que ya no tenía ningún tipo de fuerza, y menos ánimo para enfrentar. Cuando la vista se adaptó a la oscuridad y una ligera luz de luna aclaró un poco el ambiente, me sentí en más tinieblas que antes. A veces la simplicidad de no ver es mejor a la construcción real que tenemos por ver y conocer lo que nos rodea. El ambiente era tenebrosamente gris, veía las paredes pintadas en blanco y negro y los hombres que como momias no eran más que figuras amontonadas en el suelo. No me moví. Busqué la forma de estar cómodo en el suelo. Pero el dolor no me daba margen para la comodidad. Ya no eran únicamente las heridas en el hombro, abdomen o pierna, sino

también el rostro, la cabeza, el cuerpo, la vida, lo que me dolía. Simplemente quería dejar de respirar para aliviarme el dolor. La vida ya no empezaba a tener sentido, si vivir significaba sufrir de aquella manera. Si hubiera tenido fuerzas, si hubiera podido conmigo mismo, tal vez hubiera intentado suicidarme. Aunque tales ideas, las asocié más al dolor y al desánimo que a una intención latente de suicidarme.

Pensé que durmiendo podía recuperar fuerzas. No obstante, ¿cómo dormir en aquel lugar? A cada lado del pasillo, utilizando la pared como respaldo, filas de hombres dormían dejando una separación de unos treinta o cuarenta centímetros entre unos y otros. Difícilmente podía constatar en qué lado estaba la cabeza o las piernas de cada individuo; pues cada uno se cubría de tal manera que lo único distinguible era una silueta larga en el suelo. Me acosté en la mitad del pasillo, en el lugar exacto donde estaba. No quería que se repitiera la experiencia de hacía unas horas, pues ahora era más vulnerable, más aún con tan poca luz y sin fuerzas. Progresivamente el calor fue disminuyendo, apoderándose de aquel lugar un frío penetrante, que helaba los huesos. A lo lejos escuchaba pasos, susurros. Cerca, oía como volaban los zancudos a mi alrededor. De repente, el sonido de unas pisadas se hizo más perceptible que antes. Gradualmente, se fueron haciendo más cercanas. Me senté. A lo lejos del pasillo, vi a varios hombres caminar en actitud vigilante. Aparecían y desaparecían. Cualquiera podía escucharlos, pero nadie se movió. Sospeché que aquello era parte de la rutina nocturna de aquel lugar o que aquellos hombres no dormían. Mi temor a dormir aumentó más por esto, pues en varias oportunidades, varios o un hombre, pasó a mi lado, detallando el lugar, viendo el espacio que cada uno



ocupaba, vigilante a alguna modificación del ambiente y del mundo, un mundo en el que empecé a entender que su estabilidad se basaba en la sospecha de continuidad de la conducta de todos, quienes en definitiva no eran nada para nadie en aquel lugar y en ese tiempo. Aquel poco de noche que viví sin sentido, desorientado en tiempo y en espacio fue eterno, extendiéndose durante todo el tiempo que estuve en aquel lugar, fuera de día o no, siempre fue de noche; en tinieblas, un ambiente gris, de rutina, en el que el tiempo y la libertad poco a poco fueron tomando significados disimiles para mí. Así como la justicia.

La mañana llegó y con ella el frío desapareció. El ambiente se fue aclarando. El calor aumentó. Un grito alertó a todos: “¡*Agua verde que viene al pabellón!*” y al igual que en el día anterior, la frase se repitió varias veces. Los individuos que dormían en el piso, se levantaron y tal cual estaban salieron del edificio. Nuevamente me percaté que todos, al menos los que vi, no usaban camisa o franela. Todos salieron al patio. Al igual que el día anterior, todos pasaron por mi lado sin notarme. Ya casi sin fuerzas en el cuerpo intenté incorporarme. Cuando lo logré, casi arrastrándome salí al patio con los demás. No soportaba el dolor al estar de pie. Cuando estuve en el patio me senté en el suelo. El dolor era cada vez más insoportable. La pierna herida, estaba tan inflamada que tenía el doble de su grosor ordinario. *¡Agua verde en el pabellón!* Se escuchó a lo lejos y al igual que antes la frase se repitió varias veces.

Varios verdes entraron por el pasillo que daba al patio central del pabellón. Al igual que el día anterior, lista en mano, empezaron a leer con nombre y apellido a cada individuo que estaba en aquel lugar. Cuando mencionó el nombre del que el Viejo

tiroteó y del que habían violado la noche anterior, alguien gritó: *¡Ahí los tiene!* El verde se limitó a mirar a una de las esquinas del patio y se percató de los dos cuerpos que estaban allí. Su mirada fue de asco e indiferencia. La interrupción duró poco, pues el verde continuó con el conteo. Igual que el día anterior, no me mencionó. Cuando finalizó, todos los hombres empezaron a dispersarse y los verdes quedaron charlando sobre cómo harían para sacar aquellos cuerpos. Lentamente me acerqué al verde que tenía la lista en su mano y le pregunté si podía llevarme a un hospital, pues desde el día anterior estaba herido. El verde me miró de arriba a abajo y sin mediar palabra, tomó su bastón de mano y me dio un fuerte golpe en la cara. Caí al suelo aún sin perder el conocimiento. Cuando levanté la mirada, dos verdes más se acercaron, uno de ellos dijo: *Mira, este es el maricón que nos habían dicho. El del peo.* El verde de la lista, les dijo: *Maten esa culebra. Denle para que vaya al hospital.* Los dos verdes tomaron sus bastones de mano y empezaron a golpearme. Con mis brazos busqué cubrirme la cabeza y entre lo último que pude ver, noté como a mi alrededor se formaba un círculo de hombres. Alguien dijo: *¡Coño lo van a matar!* En ese momento, un golpe en la sien, que me devolvió el aturdimiento del día anterior, me dio una terrible sensación de mareo. A los minutos, perdí el conocimiento.



## SEGUNDA PARTE

# Historias cruzadas

*I can kill 'cause in God I trust. Its evolution baby<sup>2</sup>*

PEARL JAM, *Do the evolution.*

*Tell me why are we so blind to see  
That the ones we hurt, are you and me<sup>3</sup>*

COOLIOS, *Gangsta 's Paradise*

### I.

Solo basta decir que mi nombre es Pablo. Y me llaman Sicario. Pablo Sicario: nombre de pueblo y apellido de barrio. Porque de barrio vengo y del pueblo y para el pueblo soy. Debo aclarar que no soy un caballero de la muerte, como muchos me llaman o se hacen llamar, tatuándose o guardando algún recuerdo de quienes se llevan; tampoco me gusta el nombre de ángel o rostro de la muerte o de ángel negro. Tal vez “Dios vengador” encaje mejor, porque a mi entender se decide quién vive y quién muere. Pero la muerte no es un capricho, ni un

[2] Puedo matar, porque confío en Dios. Es la evolución, querida.

[3] Dime por qué somos tan ciegos para no ver,/ que esos que lastimamos somos tú y yo.

deseo; es una consecuencia de lo que el muerto hace en vida, porque esos muertos más que vivir lo que hacen es morir mientras respiran. Por eso nunca he sacado la cuenta de los que me he cargado, pues eso sería como recordar a la gente que veo en la calle, de quienes solo se guarda la expresión y la mirada momentánea, luego son nadie, un nadie que tal vez es real o simplemente el intento de dejar de serlo. Siempre ando bien calzado, no por miedo a lo que me pueda pasar; sino por seguridad a lo que puedo hacer, porque nadie me insulta, nadie me somete ni me hace guerra; porque la ley del barrio y hasta de la ciudad es la ley de la bala, donde la relación se maximiza al menor costo: *Una bala, una vida. Una vida que no es mi vida.*

Bella idea la de la vida, me decía mi abuela cuando era pequeño. Me decía que la vida era bella, larga y feliz, pero el hambre pareja, las ganas de ser más y destacarme ante todos, sencillamente me hicieron crear un nuevo mundo en el que la felicidad se entiende como yo la defino y donde la banda solo toca la música al ritmo desafinado que mi corazón le impone. Puede que hoy no sea el hombre que ella quiso, y por eso ni me le acerco. Sabe de mí porque le ayudo con la comida, la casa y su ropa; aunque tal vez cree que Dios y la Virgen son bondadosos y por eso nunca le ha faltado nada por no hacer nada en la vida. Y es que en esta vida se gana el cielo por no hacer nada: ni bueno ni malo; pero al igual que la felicidad, el cielo y el infierno los construyo con base en mis ideas, en mis impulsos y en mis actos, pues le he dado paso libre a su cielo y a su infierno a muchos fieles e infieles.

A veces pienso que la idea de vida que mi abuela me describía, era bella porque ella la decía, porque al final de cuentas la vida



es vida: no es bella o fea, larga o corta, triste o feliz, llena o vacía, es vida, es muerte, es un esquema en el que el hombre no es más que un simple objeto al que yo le defino su felicidad y su tristeza. Eso es lo que he dado por el mundo: tristeza, porque creo que el hombre está predestinado a una cosa en su vida y en su muerte y mi destino, en esta vida y en esta muerte, es uno: matar gente. Es lo mejor que hago, es en esencia, lo único que hago y quizá por eso lo hago tan bien; porque quien a hierro mata a hierro muere y durante años las balas han rebotado en mi cuerpo y, a la edad que tengo, estar vivo matando gente es sencillamente un milagro, no de Dios; pues, como dije: Yo soy un Dios.

Claro, no siempre he creído en todo esto que digo. De ello caí en cuenta, no hace mucho, cuando rememoré muchas cosas de la vida. Cuando como el ave fénix salí vivo de las cenizas de mi propia muerte, que para mí, no fue más que el encierro: porque ahí entendí que no hay vida que valga mi vida, ni mucho menos que compre mi muerte, ni encierro que suprima toda mi libertad, ni tampoco fuego que queme mis heridas. En esa dinámica entendí que mi vida estaba más allá de mi propia vida: estaba en la muerte de todos y en el dominio de mí mismo sobre el mundo de los demás. Ese era ahora y así te lo mostraré más adelante. Por los momentos vale la pena que te cuente algo de mi historia. Cuando niño no me faltó nada, aunque tampoco puedo decir que me sobraron cosas. Era el segundo de cuatro hijos de papá y mamá. Dos varones y dos hembras, todos intercalados en cuanto al sexo, de modo que yo era el mayor de los varones. Recuerdo que papá era como maestro o algo por el estilo, en una escuela de pueblo. Mamá se quedaba en la casa, cuando no era enferma, era pariendo,

sino como presente en la casa, aunque solo de cuerpo, porque en realidad, he llegado a creer, que nunca estuvo ahí. Quizá su cuerpo, sus palabras y muchas otras cosas, pero ni su mente, ni su voluntad, ni su amor, estaban en aquel lugar con nosotros. Siempre estaba distraída, como pensando en otras cosas, viendo televisión, soñando con otros mundos; tal vez con otra casa, con otro marido y con otros hijos. Y es que aun cuando expresaba cariño, su cariño era una forma de lastimar nuestros cuerpos, de recordarnos que gracias a nuestras vidas, a veces en especial la de mi hermana mayor, su vida no era otra, otra que fuera mucho mejor a la que vivía. Eso nos hacía sentir con cariño. ¿Se imagina lo que nos hacía sentir con rabia?

Papá era una equis en la vida de todos. Mejor dicho, un cero, pues al menos valía la comida que llevaba a la casa. Él era eso: una vida para subsistir, ni siquiera una vida dedicada a vivir, sino más bien solo a morir. Siempre fue más ausente que mamá, tanto física como psíquicamente, pues casi nunca estaba y cuando estaba todo era molestia y problemas para él. Le molestábamos todos, que habláramos, que calláramos; cualquier cosa era el punto que catalizaba una paliza colectiva, que parecía excitar a mamá y hacía temblar las raíces de nuestra sangre. Cuando tenía como once o doce años, papá dejó de frecuentar la casa y solo sabíamos o, mejor dicho, lo veíamos por ahí en la calle por alguna casualidad. Por rumores escuché que había perdido su trabajo. En ese tiempo, las necesidades fueron mayores, pues mamá nunca trabajó más allá que el trabajo de la casa. Por lo tanto, tuvimos que irnos al barrio, a donde mi abuela, lo que significó un cambio de rutina fuerte para todos.



A esa edad, paso algo que me marcó toda la vida: un día, mamá vio a papá en una zona cerca del barrio y pensó en pedirle dinero para nosotros. Cuando lo abordó, estábamos con ella mi hermana mayor, Zenaida; y yo. Ella tendría para ese momento como trece o catorce años. Papá al vernos entró a un bar y le dejó dicho a mamá que si quería hablar, que entrara. Ella lo hizo. Zenaida y yo nos quedamos afuera, solos. Recuerdo que eran como la una o dos de la tarde cuando mamá entró al bar. Todo tipo de personas pasaron por aquel lugar y nos ofrecieron todo tipo de cosas, pero siempre alguien decía: *déjenlos, son los hijos de fulano*. Cuando empezó a anochecer, papá salió del bar furioso. Nunca había visto sus ojos tan llenos de odio como en ese momento. Como un tonto me levanté a esperar un saludo, un abrazo, pero de un golpe en el hombro me derribó y tomó a Zenaida de la mano arrastrándola al bar. *Vente, que tu mamá no sirvió para nada*, le dijo papá. Entraron. Luego de unos diez minutos de dudas, reuní fuerzas y decidí entrar al bar. Cuando abrí la puerta, sentí un fuerte golpe de viento en la cara, como si el ambiente de adentro fuera completamente diferente al de la calle y, en ese momento, ambos colapsaran en mi cara. Adentro, el ambiente era pesado, lleno de humo, con una luz roja tenue que parpadeaba en el centro e iluminaba muy ligeramente varias mesas, donde los hombres y las mujeres actuaban robóticamente al ritmo de una melodía que parecía una sinfonía compuesta por los mismos demonios.

No lograba ubicar ni identificar a mamá, tampoco a papá ni a Zenaida. Sigilosamente caminé entre las mesas. Mientras lo hacía, varios hombres intentaron tocarme o sujetarme. En una esquina vi una persona acostada sobre la mesa: era mamá. Me acerqué hasta donde estaba. Al llegar a su lado, me

pareció que dormía. La llamé y moví su cuerpo por el brazo en varias oportunidades, pero no lograba que reaccionara. La volví a tomar y a agitar por el brazo, con más fuerza, pero en lugar de reaccionar se cayó completamente al suelo, quedando boca arriba con los cabellos cubriéndole la cara. Había un polvo blanco esparcido por toda la mesa: era cocaína. Sin saber eso, en ese momento, le quité el cabello a mamá del rostro y vi que sus ojos estaban muy abiertos y su nariz llena de sangre. Salí corriendo sin rumbo, buscando a papá y a Zenaida. De repente, colisioné de frente con un hombre que me tomó fuertemente de los brazos y me dijo: *Ven pa' que veas a tu papá*. Me llevó cargado por varios pasillos hasta los baños. Adentro, en el suelo, estaba papá desnudo acostado encima de Zenaida, quien permanecía como dormida, con los ojos medio abiertos y llorando sin lágrimas. *Ahora te toca a ti*, me dijo el hombre que me tenía entre sus brazos. Y sin entender qué ocurría, sin saber por qué aquel hombre me desnudaba, sin tener idea de lo que pasaba en mi espalda, sentí un profundo silencio que se resumió en un impacto eterno que penetró mis entrañas, haciéndome llorar de dolor y angustia. Tampoco entendí en ese momento que todo aquello iniciaría en mí una profunda transformación, pues sencillamente dejé de ser el que era hasta ese momento y empecé el camino de la desesperanza hasta llegar a lo que soy. En el suelo frío quedó mucho de nosotros. Y lo único real de esa noche, además de la muerte de mamá, fue la mirada que Zenaida y yo cruzamos, una mirada inundada en lágrimas. Lágrimas que, de una u otra forma, terminaron por limpiar y borrar todos los sueños en nuestra mente de niños.

Zenaida y yo nunca hablamos de eso. Es más, nunca había contado esto. Pero sé, que desde entonces, durante varias noches



seguidas Zenaida desaparecía de la casa y llegaba tarde. Ni siquiera estuvo para el entierro de mamá. Mi abuela, se contentó al saber que andaba con papá, pues él la buscaba y se la llevaba casi arrastrada. Mi abuela decía que papá la podía cuidar y alejar de los males de aquel barrio. Sin embargo, ella nunca volvió a ser la misma. Después de unas cuatro semanas de aquella noche, Zenaida se suicidó. Papá lloró desconsoladamente en su tumba, no por dolor, sino por una suerte de economía, pues Zenaida era satisfacción sexual gratuita. Aquel hombre estuvo a su lado, sin dejar de mirarme. Para mí todo había cambiado, mi vida era la excusa del sufrimiento y la muerte de mi mamá y de mi hermana; mi vida empezaba a teñirse de muerte por cualquier lado que la mirara. Y tenía dos opciones: morir como Zenaida o vivir para morir. Y esa fue mi elección, vivir, aunque no para morir, pero sí para matar. Para matar a mi papá.

Ese fue el objetivo que condicionó mi vida durante un tiempo. Ya no me importaba nada: ni la escuela, ni mi abuela, ni mis hermanos. Todo se condicionó a matar a mi padre. A conocer su rutina, sus pasos, a descubrir en detalle cada momento y elegir cuál era el indicado para matarlo. Gracias a esto, aprendí lo que es la libertad de ser uno mismo y no el que los demás quieren. Aprendí que la escuela suprimía todo un potencial no entendido ni conocido en mí y que ligeramente empezaba a explorar y a sacar a relucir. Me aislé tanto del mundo, que no existía nada más que mi padre y yo. Pero no quería correr riesgos, así que la decisión tomada significó la acción hecha. Mi papá debía morir antes que la vida se me adelantara.

La noche de su muerte, sabía dónde estaría y por dónde caminaría. Lo vigilé y esperé como lo hice tantas otras noches. En

mi mano, llevaba el cuchillo de cocina de mi abuela, que había amolado aquella tarde mientras escuchaba las gracias a Dios de mi abuela por haberme dado la virtud de ayudar en los oficios del hogar. A la hora que debía, papá pasó por donde tenía que pasar. Lo seguí. Cuando llegó a una intercepción y empezó a bajar las escaleras del barrio para llegar a la calle, lo tomé del cabello. Papá se detuvo inmediatamente, volteó y al verme sus ojos pasaron de un brillante asustado a un húmedo de paz y armonía. Rápidamente lo volví a tomar del cabello y sin dejar de mirarle a los ojos le hundí el cuchillo en la garganta. En ese instante el mundo se congeló. Papá me tomó por los hombros intentando forcejear, pero con más odio aún, hundí más profundo el cuchillo, hasta que sus brazos poco a poco se fueron ablandando y cayendo como robles sobre su cuerpo. Papá cayó sobre las escaleras con el cuchillo en la garganta, balbuceando algunas palabras. Me acerqué hasta su cuerpo y me percaté que sus palabras eran las últimas bocanadas de aire que le daba a la vida, ahogándose en su propia sangre. Pero allí no terminaba mi castigo. Le saqué el cuchillo y empecé a desmembrar su cuerpo: primero, corté su pene y lo introduje en su ano; luego, le corté las manos y se las coloqué en el pecho. Mientras lo hacía, aún veía como tenía aquella mirada llena de paz y armonía. Finalmente, le corté la cabeza y con su sangre escribí en la escalera: *muerte al violador*. Cuando la adrenalina del momento se acabó y mi cuerpo y el tiempo recobró la normalidad, vinieron a mí muchas sensaciones y dolores. Me quité la ropa y en una pipa de basura le prendí fuego. Aun así, sentía la sangre de papá vistiendo mi desnudez. Veía sus ojos, su expresión, todo su cuerpo desmembrado siguiéndome a cualquier lugar. Desnudo llegué a casa de mi abuela y con el agua de una



pequeña bañera me lavé durante un rato. Sin embargo, aquella sensación de sangre sobre mi cuerpo y la falta de sueño se prolongaron durante días.

Todos en el barrio sospechaban que fui yo el que mató a papá. Tal vez, como todo en el barrio, aquello era una idea presunta de la que todos tenían certeza, pues en el barrio la forma de conocer es desconociendo lo que se ve ciertamente y lo que objetivamente se vive en el acontecer del día a día. Gracias a esa presunción, todos me miraron diferente, todos empezaban a abrir camino cuando me veían, pues si bien todos sabían que papá no era un santo y que en cualquier momento podría morir, nadie esperaba que fuera yo quien le diera la muerte y menos de aquella manera. Eso empezó a gustarme; era, tal vez, la atención que nunca en la vida tuve y que pienso que todas las personas necesitamos. Pero la atención era más bien temor hacia mí y el temor genera dos cosas en las personas: omisión o reacción. Y en la reacción está la cadena de todo lo que sucesivamente sucedió en mi vida.

Al escribir aquel mensaje en las escaleras con la sangre de papá, aquel hombre, su amigo, se dio por aludido; y sin yo saberlo, empezó a buscarme para matarme. Todos en el barrio lo sabían, menos yo, pues no era malandro ni mi vida era el malandreo, aunque mi pensamiento malicioso lo fue tal vez en un momento y más nada. Sin embargo, una noche alguien tocó en la puerta de la casa de mi abuela. Preguntaron por mí. Cuando salí, varios muchachos estaban afuera. Eran como de mi edad: ninguno pasaba los diecisiete años. Uno de ellos me pidió que lo siguiera. Me llevaron por varios callejones, todos confusos e iguales, todo parte de un sistema simbólico del

barrio. Llegamos hasta una casa, donde otro muchacho estaba en una mesa contando dinero y viendo un juego de fútbol. Tenía un arma resplandeciente en la cintura. Me preguntó si era verdad que había matado a mi papá. Le dije que sí. También me preguntó si sabía que el fulano amigo de mi papá me buscaba para matarme. Le respondí que no. Mirándome de arriba abajo se me acercó, me puso su arma en las manos y me dijo: *Bueno hermanito, mata esa culebra acá.* Hizo una señal y trajeron amordazado a aquel hombre. Sudaba y temblaba mucho. Todos salieron a una especie de patio en la casa y me miraban. *Llegó la hora del cambio,* me dijo el muchacho que me había dado el arma, y poniéndome en frente al hombre me dijo: *Mátalo pues.* Un trago seco de saliva pasó por mi garganta. De nuevo, el mundo y el tiempo se detuvieron. Sin pensarlo más, le di un fuerte golpe al hombre en el estómago que lo obligó a ponerse de cuclillas y cuando estuvo así, le bajé los pantalones, introduje el cañón del arma en su ano y le disparé.

Mi mano vibró al compás del disparo y mi corazón se detuvo por un instante, dejándome oír solo el eco de aquel disparo y el rugir siniestro del hombre que agonizaba a mis pies. Todos rieron. Pero el hombre aún vivía. Me acerqué a él, le quité la venda con la que le taparon los ojos y, sin dejar de mirarlo, le disparé hasta que el arma se quedó sin balas. Un suspiro largo y profundo demostró mi satisfacción. Cuando volteé, los muchachos me miraban con asombro. En sus rostros se veía la esperanza por la muerte que les esperaba al cruzar la esquina y en mis manos, estaba el símbolo de la nueva era que empezaba. En mis pies, yacía el viejo mundo. Ahora era el tiempo de un nuevo Dios, de un nuevo tiempo. Matar era mi condición para vivir. Y vivir así, ya empezaba a gustarme.



## II.

La alarma del reloj sonó a las cinco. Era la hora acordada entre él y su cuerpo. El día amaneció frío. En el horizonte, un sol tímido se asomaba detrás de una gris nubosidad que, sumada al frío, a la rutina y a aquel lugar, le daba al ambiente un aire de mitología; pero no de la mitología bella llena de dioses perfectos y bellas doncellas, sino de la mitología en la que el cielo y el infierno se conjugan en una visión del mundo y donde el mundo no es más que la ventana que da a la calle, por donde la vida, el cielo y el infierno, no son más que simple claridad que se cuele por los umbrales de la existencia. Había pasado un buen rato sin que se escucharan disparos. Aquellas horas de sueño fueron un alivio. Ahora solo quedaba esperar una buena comida o, al menos, un poco de agua limpia. La noche había sido larga o, tal vez, su extensión no era más que una de esas falsas percepciones. Pensaba que si algo se percibe, ¿cómo puede ser falso? ¡Qué pregunta tan absurda! Pues la filosofía no era su punto fuerte, además, el pensar y cuestionar la vida no era cuestión de pobres, a quienes solo les tocaba vivir. O al menos subsistir. El detalle está en que vivir a veces depende más de otros que de uno mismo y en esa dinámica de dependencia el azar es la sazón con la que nadie cuenta. ¿Qué probabilidad de morir tengo hoy? Se preguntaba mientras estiraba su cuerpo intentando exprimir el sueño que le quedaba. Probabilidades... nada más incierto que eso, porque al fin de cuentas, la probabilidad que se espera siempre es la buena; incluyendo que la probabilidad de morir se resume a una sola condición: vivir.

Cuando se levantó, vio el cuerpo de su mujer en el suelo. Dormía muy plácidamente sobre su brazo derecho, en una

sábana azul con un trapo viejo cubriéndole la cara. Cierto, pensó, era su turno de dormir en el suelo. Por unos segundos se quedó mirándola fijamente. Buscaba en ella algún detalle, algún indicio de todo lo que en él, en algún momento, fue algo y que ahora es, tal vez, ese mismo algo pero llamado de otra manera. Inclemente el tiempo, había hecho desastres en su manera de convivir, en su manera de ver, escuchar y hasta en su manera de hablar. Definitivamente, ya no eran los mismos. Sin embargo, pensaba, más inclemente que el tiempo es la distancia, porque puede ser que entre las personas se generan distancias largas, abismos profundos e infinitos, aun estando lado a lado. Aquella mujer, había dormido a su lado por unos cinco años, y cada año, cada día, cada hora, minuto y segundo, fueron testigos de como la distancia entre ambos crecía, haciéndolos fríos, rutinarios, monótonos y taciturnos en una interacción insalvable y algo domestica. Aunque, pensaba, quizá ellos seguían siendo los mismos y lo que había cambiado era el ambiente, la forma de ver y asumir las cosas; la forma de ir a buscar los sueños en aquella ciudad, cuyo único propósito parecía ser el de tragarse los sueños de los que vivían allí.

Su mirada, clavada en el torso de su mujer, era un acto de alegría y de confianza. Fue un acto sublime: fue puro amor. Sí, amor, porque así hacían el amor desde que la rutina de la descendencia apareció ante ellos; con miradas ocasionales donde cada uno, simplemente, no decía nada. Ya sus cuerpos estaban condicionados a otro actuar, a otro ser y a otro existir: no vivían para amarse el uno al otro; vivían para vivir uno con el otro; dependiendo uno del otro. Porque el amor no es libertad: es dependencia; porque el amor no solo es felicidad, también es sufrimiento y en las formas más simples y sencillas de amar,



éste es inocencia, de esa inocencia que solo se encuentra en la palabra de un niño y en el rostro de un muerto. Y es que en realidad, ¿podría haber diferencia entre amar y ser amado? Quizás él necesitaba amor y ella que la amaran, o tal vez su necesidad de amor no era más que una proyección de sus relaciones maternas, en la que una madre excesivamente presente, pero siempre ausente, marcó para siempre su modo de querer y ser querido. En definitiva, pensó, su mirada ya no transmitía nada de pasión o lujuria por aquella mujer. Solo era candor, solo ternura en unos minutos e instantes que escapaban a la rutina, a la dinámica de un ir y venir consuetudinariamente programado en el día, en todos los días, que al final de cuenta tenían el mismo sentido, el mismo fondo, aunque diferente número y diferente nombre.

Ella dio un hondo suspiro, abrió los ojos, o al menos pudo haberlo hecho, y volvió a dormirse, o al menos aparentó hacerlo. Allí terminó la mirada. Sí, ya no eran los mismos. En otro tiempo, ella no habría suspirado: habría gemido; y él no estaría allí parado como un idiota admirando una escultura de Miguel Ángel envuelta en papel higiénico usado: estaría a su lado, bebiendo de sus labios, midiendo la extensión de su vida en la escala de sus besos. Todo ha cambiado, pensó, incluyéndonos. Un corto gemido lo hizo volver a su lugar, o mejor dicho, a su realidad. El niño y la niña que dormían en la otra cama empezaban a despertarse. Al verlos, se acercó hasta ellos y los describió con la mirada. ¿Serían una bendición o una maldición? Porque si bien los adoraba, sentía que no podía adorarlos como quería, pues hasta el amor en aquella, y en otras tantas ciudades del infierno, estaba programado a una forma de expresión. Eso le daba la sensación que todo lo que tenía o podía, que todo

él, era insuficiente para amar a aquellas criaturas que con solo una palabra resumían el reino de los cielos en la tierra y hacían de aquel infierno un lugar tolerable. La niña se agitó levemente entre las cobijas. ¿Habrán dormido mal? Pensó, algo que era obvio, pues con la música, los disparos, el frío y el hambre de la noche anterior, nadie dormiría bien en aquel lugar.

Hambre... ¿Qué es el hambre para quien no la ha sentido? Porque no se tiene hambre cuando se tiene ganas de comer y se satisfacen esas ganas. Se tiene hambre cuando no hay qué comer, ni cómo satisfacer ese “haber”. El hambre es como la libertad, solo la siente quien no la tiene. Una lágrima salió de su ojo derecho, muy tímidamente, luego de detenerse entre sus pestañas, recorrió su mejilla. Dio un par de pasos y llegó hasta el mesón donde estaban las cosas de la casa: una licuadora, una cocina eléctrica de una hornilla, un par de ollas y un juego de cuchillos y tenedores que hurtó días atrás. Si fuera otro día, pensó, prepararía café y luego desayuno, tetero para los niños y hasta un baño para salir a ver qué deparaba el día. Si fuera otro día... Una sonrisa ligera acompañó su pensamiento. No, pensó, tal vez no solo es suficiente que fuera otro día, tendría que ser otro lugar, otra persona, otra casa, otra familia; en definitiva, otra vida, porque la vida sencillamente no podía ser tan injusta para quien había vivido tanto durante tan poco tiempo. Porque el tiempo también tenía un valor diferente, porque tal vez el tiempo ya no era como antes, porque con tan solo veinte años se sentía un anciano, se sentía sin vida, sin porvenir ni destino; porque existir para él no era un convencionalismo formal para buscar la existencia: no era estudiar, no era trabajar para ganar dinero y subsistir. Las cosas debían ser rápidas, simples y con alta ganancia. En resumen, pensó, aquella



no era la vida que merecía, y todo se resumía a un culpable: su hermano, quien mató a su padre; la vida, por darle aquella vida; aquella mujer por limitar su libertad; y aquel tiempo, por ser, sencillamente, tiempo.

No había nada qué hacer, no había leche, ni café, ni pan, ni agua. Pensó en su hermano. Las ideas y su propuesta volvieron de nuevo a intrigarlo. Lo odiaba demasiado para trabajar a sus órdenes. En realidad, odiaba a todo mundo como para trabajar a las órdenes de alguien. Y ahí radicaba su problema: primero en la casa, luego en la escuela y por último en la calle. De nadie recibía órdenes, por nadie se dejaba mandar; porque para él, era una forma de sometimiento, una manera de querer darle un valor diferente al que él mismo creía que tenía. ¿Es qué los hombres tienen valor? Tal vez, el que nosotros mismos nos damos para considerarnos un integrante entre todos y distinguirnos de los demás, pero en la autovaloración suele haber el detalle de la sobrevaloración de sí mismos y de la infravaloración de los demás. Y a él le solía ocurrir eso. Porque nadie valía más que él. Entonces, ¿qué le detenía para trabajar con su hermano? Si, precisamente, lo que le pedía su hermano era hacerse valer más que los demás, quienes para él no valían ni importaban nada. Quizás, el impedimento no estaba en el valor de sí mismo o en el de los demás: estaba en el hecho de someterse a otro.

Un crujido en el suelo lo hizo voltear hasta el lugar donde estaba la cama. Su mujer caminaba hasta él. Veía como movía los labios y agitaba sus brazos, pero no podía escuchar nada. La violencia entre ellos era una forma de amarse. Durante largos y eternos segundos, admiró en detalle aquellos gestos

violentos, el movimiento de los labios, la mirada gruesa, cortante y penetrante; el silencio de sus palabras lo condujo por abismos de amor que nunca había explorado. A pesar de todo, la amaba. La silueta de su cuerpo, hace tiempo inexplorado, marcándose en la tela de su bata de dormir, le hacía imaginar contornos que probablemente habían cambiado desde la última vez. Imaginar... así era su forma de amar aquel cuerpo, negado a entregarse, condicionando la entrega a la satisfacción de las necesidades básicas, no del cuerpo, mas sí de la vida; de la mente, del estómago. Simplemente buscó formas de compensar la dinámica de antes. Y los regaños, los gritos e insultos ahora le llevaban a un clímax postorgásmico que nunca llegó a pensar.

Un disparo interrumpió la lucha amorosa. En ese instante, todos los ruidos y la realidad se hicieron una sola, cayendo en una bocanada hasta su cuerpo en donde luchaban por penetrar en su limitada mente. Los niños empezaron a llorar. La mujer lo miraba de una forma penetrante, por demás excitante, murmurando con la mirada las palabras que días atrás estaban haciendo eco en las paredes de lata de aquel hogar. Ya no había lugar a dudas. La decisión había sido tomada y el tiempo de la inflexión llegaba. Iría donde su hermano. Dos nuevos disparos delataron la continuidad de la fiesta en la calle. Su mujer había dejado de mirarlo directamente y mientras consolaba a los niños, lo miraba sin ver, con aquellos ojos que bifurcaban la hostilidad para herir más el alma, el pensamiento y el recuerdo. Mirándolos tiernamente, se dio media vuelta y fue hasta la puerta. *Todo estará mejor*, pensó que les dijo mientras salía, pero solo el silencio habló en su lugar. Afuera, la fiesta se reiniciaba, o tal vez nunca se detuvo y todo el silencio, las miradas,



su mujer y sus hijos en aquel rancho de hojalata, no fueron más que un sueño profundo de una vida en la que nunca se duerme. Su suerte estaba tirada. A partir de ese momento, en realidad, todo sí sería diferente.

La música, la gente y los disparos en la calle creaban un ambiente consolador para quien lloraba a sus muertos. El ritmo de su corazón se aceleró cuando vio a su hermano. Éste, al verlo, entendió todo. Sin hablar, ambos se miraron y su hermano le colocó algo en la mano. Era un revólver. Hasta ese momento, había sido un ladrón sin mucho éxito. Su hermano le dio una palmada en la cara y él lo tomó como una ofensa. Debía esperar, tenía que esperar. Pronto, podría acabarlo y así vengar a su padre. Un padre que nunca estuvo, que nunca le sonrió, que nunca le habló más allá de una bendición en ciertos momentos, pero que al fin de cuentas era un padre y, como padre, era él la consecuencia de su creación. Un padre que por más que asesinó a su madre, violó a su hermana, era un ser immaculado, patrono del barrio durante un tiempo y mandamás de los ladrones y rateros ya muertos y símbolos de una forma de hacer ya remota, ya crujiente en el cementerio del recuerdo. La música sonaba con más fuerza. Su hermano se había ido, dejándolo solo con su pensamiento y con una misión. Resignado, guardó el revólver en su cintura, sujetándolo con el pantalón, tomó camino hasta la ciudad. Éste era largo, el sueño y el hambre profundos. Cada paso era un nuevo paso a su destino, hacia una nueva vida, en la que ya amaría como debía amar: sin hambre, sin sed, sin sueño, tal vez sin vida y sin muerte. Solo el tiempo le daría la razón. Mientras tanto, acompañaba el ritmo de la música lejana con el eco de sus pasos, pasos que marcaban el camino a la concepción de la nueva vida basada en la

muerte de otros. En ese momento, empezó a nacer, a vivir; y, en consecuencia, a morir.

### III.

Desde hacía mucho tiempo había perdido la costumbre de llorar. No por falta de motivos, pues en la vida siempre los hay, sino porque tal vez esa cantidad de motivos me fueron haciendo una persona cada vez más rígida e insensible. Cada momento era el mismo momento y cada minuto era perfectamente semejante al anterior, lo cual me dio siempre una extraña sensación de seguridad sobre las cosas que pasaban, aun cuando tuvieran un marco estructural diferente. Pero aquella noche, sin tener alguna razón, tuve unas profundas ganas de llorar. La noche tenía un matiz sofocante, a pesar que a mi vista era una simple noche, otra rutina oscura en medio de la nada, donde comer, regañar, hablar y dormir, eran parte usuales de un mundo que iniciaba el camino hacia la heterodoxia de un tiempo no convenido y de un pacto que nunca firmé. Lejos, las aves nocturnas danzaban en bandada entre el bullicio de una ciudad con ínfulas de infierno, en la que el nombre confundido de la cosas atraía las más superfluas atenciones, dirigidos a los más monótonos y sin sentidos atractivos. A pesar de que el día había sido largo y el trabajo fuerte, no lograba dormir. Ni siquiera me había quitado la ropa diaria, pues en el fondo temía que el día solamente hubiera cambiado de color. La noche no tenía sentido para mí. Era como si faltara algo, como si simplemente a lo largo del día las piezas que conformaban mi vida no encajaran para armar aquel momento, en el que el destino y el



sentido de futuro iniciaban para mí una ruta insólita hacia lo desconocido.

Por un instante creí dormir. No soñé con amplios prados donde el deseo no existiera. Soñé con cielos azules abiertos en los que la necesidad no me había obligado a ser aquello que era y que para todos, incluyéndome, era lo que quería y durante tanto tiempo quise ser. Porque en realidad era quien quería ser y ese querer me arrastró durante años por profundos laberintos de sacrificios, de privación y supresión, de fuerte trabajo y estigma, en donde siempre luché por mejorar lo que era perfecto, cuestionando incesantemente lo que podía tener y disfrutar; de modo que a pesar de ser libre, de gozar cada aspecto de la vida, terminaba sometiendo a juicio cada aspecto elemental de aquello que libremente hacía y que en consecuencia, disfrutaba.

¿Libertad? A lo largo de los años entiendes que la libertad no es más que la privación en nuestras propias rejas. Porque quien quiere ser libre es prisionero de querer serlo y quien es libre es prisionero de su propia libertad y, al fin de cuentas, cada uno, todos, terminábamos siendo prisioneros aun en extensas formas de libertad. Por lo menos, en aquel momento lo era de una habitación insensible, que a pesar de su comodidad, contenía todo un potencial latente que yacía en mi cuerpo. Años después, luego de vivir situaciones extremas en ambientes más inexistentes que extremos, en situaciones inimaginables, aprendí que las reflexiones ordinarias de la libertad distan mucho de entender lo que es no tener libertad, pues al fin de cuentas, más allá de todas las barreras sociales, espaciales y económicas no existen peor pérdida de libertad y peores rejas

que las que objetivamente limitan al hombre, o bien secuestrado o bien encarcelado.

Cuando creía despertar, escuchaba aún la sinfonía irónica de los carros a lo lejos, sirenas yendo y viniendo y lejanos susurros de las noches proféticas de una ciudad enardecida entre la política dependiente y el triunfalismo existencialista de ideales imprescindibles para la vida. El susurro de mi hija pronunciando mi nombre me despertó, o al menos me volvió a la realidad, porque aún no creía haber dormido. Me levanté y caminé hacia su habitación. Mientras recorría el pasillo que comunicaba las dos habitaciones, vi a lo lejos las luces centellantes de la ciudad. Era un espectáculo encantador. Era como tener un cielo nocturno al alcance de la mano, con estrellas que titilaban al ritmo de un corazón que emanaba vida a través de las arterias que, cariñosamente, inyectaban de sentido a la existencia de la ciudad. Sin embargo, ¿qué sentido tiene la existencia en esta turbia ciudad llena de muerte? Y con muerte, no me refiero a la cantidad de personas que fallecen a diario, sino a la cantidad de personas que sin fallecer actúan como si ellos o los demás no existieran ni para los demás ni para ellos mismos.

La ciudad se había convertido en una Babel moderna, en donde cada hombre tenía su propio idioma. El miedo nos había convertido en ciudadanos de nuestro propio cuerpo, limitando la interacción cotidiana a pocas personas, lugares y tiempo. Miedo, una palabra extraña en un tiempo extraño. O tal vez los extraños éramos las personas, quizá más extraños para nosotros mismos que para los demás, porque en realidad el tiempo seguía siendo el mismo, la ciudad igual y los nombres permanecían intachables, indicando el epitafio que cada uno llevaría



en vida. Solo podíamos ser nosotros quienes hubiéramos cambiado. Un nuevo susurro de mi hija me hizo regresar de aquella reflexión o admiración hacia las luces de la ciudad. Al no delatar mi presencia, empezó a llorar. Corrí hasta su cama, la tomé entre mis brazos mientras tarareaba una vieja canción y lamentaba mi pobre imaginación para idear alguna historia inédita, bella y por demás aletargante para hacerla dormir. Su mejilla rozaba la mía, el roce era como agua que hidrataba los poros de mi lacerada piel. Era suave, pura, tímida e inocente; tal vez lo más inocente y delicado que había llegado a ver y sentir en mi vida. ¡Estúpido Freud! Hacía que cuestionara mi equilibrio mental, porque era yo quien experimentaba un enamoramiento profundo por mi hija.

Mi hija volvió a dormirse. La regresé a su cama y le di un profundo beso en su mejilla rosada. Acaricié sus cabellos, mientras la miraba como tal vez, nunca más volvería a mirarla. Y tampoco ella a mí. Afuera, un ruido confuso me distrajo. Parecía una discusión. Era habitual que frente a la casa se generaran peleas o discusiones, porque era el portón de entrada a muchos lugares. Las voces aumentaron su volumen. Entre ellas, creí oír la voz de mi padre. Un poco aturdido, me acerqué a la ventana, pero no pude distinguir nada. La discusión continuaba, cada palabra era como un eslabón intentando armar una cadena para someter la voluntad del otro. De pronto, una mujer se sumó a la discusión. A partir de ahí, la mezcla de voces se volvieron gritos confusos en donde la amenaza prevalecía en cada verbo. Traté de ver el lugar donde se originaban, cuando me percaté que era justo en la entrada de mi casa. Con algo de timidez bajé las escaleras, llegué hasta la sala de la casa y mientras me aproximaba las voces se hacían más nítidas y la

discusión adquiriría sentido. De repente, un segundo se volvió profundo y silencioso y, al siguiente, un disparo me hizo vibrar en el suelo. Dos más, seguidos de gritos y pasos de carrera. Ahora la discusión era más leve, como si alguien reclamara algo o sentenciara alguna sanción con el martillo injusto de la bala.

Mientras ordenaba mis sensaciones, la puerta que daba a la calle recibió varios golpes. Mi corazón se aceleró a un ritmo insostenible, latiendo con tal fuerza que parecía querer salir por mi boca y derramarse en el caico del suelo. Dos golpes más me hicieron vibrar, al mismo tiempo que alguien gritaba mi nombre: era mi madre. Sin dudarlo ni pensarlo regresé corriendo hasta mi cuarto. La cama estaba vacía, mi hija lloraba mientras mi esposa intentaba calmarla. Sin preguntar ni dudar, como si mi cuerpo hubiera sido donado al miedo y éste a su vez no fuera más que una reacción efímera que me impulsaba a ser algo que siempre aborrecí, tomé la pistola que guardaba en la mesa de noche y volví hasta la sala. Al abrir la puerta que daba a la calle encontré a mis padres sentados con la espalda apoyada a la pared frontal de la casa. Papá tenía la franela roja llena de manchas oscuras y extensas. Mamá lloraba. Tres o cuatro personas los rodeaban. Al verme, dijeron algo sobre un dinero y cuando todos estuvieron frente a mí ocurrió lo inevitable: disparé.

Varios se lanzaron o cayeron al suelo, otros se cubrieron con sus manos y gritaban algo que no lograba entender. Yo, simplemente, no dejaba de disparar. Tal vez porque con cada disparo sentía como expulsaba de mi cuerpo aquella energía latente que me hacía fallecer a diario en la dinámica de una vida



apacible, pero irónica. Cuando la pistola se descargó, entre el humo de los disparos pude notar que mis padres estaban abrazados en el suelo boca abajo como protegiéndose. Otro hombre estaba en el piso quejándose. Los demás, como en un acto de magia, desaparecieron. De ahí en adelante, todo fue tan rápido que difícilmente puedo estructurarlo en una cronología particular: primero, con una rapidez sorprendente, llegaron dos patrullas de policía. Varios agentes se bajaron y sin dejar de apuntarme con sus armas y de intimidarme con gritos, me sometieron. A golpes me arrodillaron y esposaron. Sin preguntar, sin decencia, sin ningún instinto de sociabilidad particular, me introdujeron en una patrulla y salimos de aquel lugar.

Dentro de la patrulla todo era oscuro. Una noche más terrible y extensa que la que acababa de vivir o de la que empezaba a vivir. No hubo razones, no hubo tiempos, sencillamente me llevaron de un lugar a otro mientras oía a lo lejos un idioma extraño, con el cual definían mi destino. La patrulla se detuvo en un lugar lejano y desolado. Pensé me iban a matar. Pero no, uno de los agentes me dijo que íbamos a la comisaría a esperar que discutieran mi caso. No opuse resistencia. Y efectivamente me llevaron hasta donde el agente dijo. Me condujeron hasta una celda y ahí me dejaron. Ahora los sonidos de la ciudad estaban más cerca que antes.

#### IV.

Cuando tenía unos once o doce años, Leo me ofreció llevar un paquete cerca del liceo. Solo debía buscar la bolsa en su casa y llevarla hasta unas cuadras más abajo del liceo. Y como

quedaba en camino a donde todos los días iba, no era mucho lo que tenía que hacer. Además, la recompensa era alta. Estudiaba séptimo grado y obtener dinero así de fácil fue una bendición. Empecé por comprar un buen celular, luego ropa, zapatos, joyas, a comer bien y teparle la boca a los demás chamos que estudiaban conmigo. Ellos ya empezaban a mirarme diferente, claro, la envidia no se hizo esperar. Como andaba con buena ropa, buenos zapatos, brindaba a todo mundo en el liceo, los más grandes vieron que algo raro pasaba. Ellos se creían malos, malandreaban a los demás y, de vez en cuando, robaban a los muchachos que tenían plata. El liceo no quedaba en un barrio, sino en la ciudad, así que había muchachos de todo tipo y de todos lados.

Yo vivía en una zona más o menos bien: ni pobre, ni rica. A mí y a mis hermanas nunca nos faltó nada, pues mamá se esforzaba bastante trabajando, haciendo guardias de día y de noche para que nada nos faltara y pudiéramos tener todo lo que necesitábamos. Por supuesto, teníamos todo lo que necesitábamos, pero no todo lo que queríamos. Y en aquella ciudad y en aquel contexto era mucho lo que queríamos. Mis hermanas eran unas *loser* en el liceo. Todos tenían buenos celulares, menos ellas. Cuando tuvieron, tampoco era la gran cosa, así que la exclusión y la burla era mayor. En esta sociedad el hecho no es tener, ni tampoco tener lo mejor, sino tener más que los demás y que lo que tienes sea mejor que lo de los demás. A mí esas burlas y exclusiones de grupo no me afectaron tanto, pues apenas salí del sexto grado con once o doce años y la mente era distinta. Nos preocupaba otra cosa, teníamos otras ideas del mundo. Ahora veo a los chamos de esa edad y me parece que están madurando muy rápido: no tienen diez años y andan



con tremendos teléfonos y con una mente diferente enfrentándose al mundo.

Sin embargo, cuando entré al liceo la dinámica cambió. La escuela donde estudié hasta sexto estaba en la zona donde vivo, así que todos eran de ahí mismo o de cerca. Pero en el liceo la sociedad cambió por completo. Habían diferentes clases sociales, por llamarlo de un modo: estaban los que tenían y podían hacer de todo por eso, y también estaban los que medio tenían y no teníamos nada. Parecía que la dinámica de ambos grupos se definía en tener, siendo eso para unos más fácil que para otros. Quienes tenían llevaban una parte resuelta, pues a ellos se asociaban los demás, quienes buscaban tener para estar a su nivel. Aunque como lo dije, el tener no era tarea fácil, más aún, cuando como mis hermanas y yo, dependíamos de una madre que trabajaba casi todo el día para sostener el hogar y lograr que nada nos faltara, al menos lo básico. Eso nos convertía en perdedores. Hoy que lo pienso, llego a la conclusión: ¿Qué perdíamos?

También dentro de cada grupo había subgrupos: los buenos y los malos. Para mí los peores eran los malos que tenían, pues siempre salían lisos de los problemas, mientras que los malos pobres o que no tenían, eran siempre los culpables de todo. Esto producía que fueran más malos, en especial con los de los otros grupos. Así que cuando vieron que yo empezaba a ganar espacio ostentando cosas, las miradas de ambos malos cayeron en mí. No voy a negar que primero quise disimular la cosa, ¿pero qué podía hacer un niño con tanto dinero? Empecé a gastar o, mejor dicho, a derrochar. Primero en mí, luego en mis hermanas y por último en mamá. Claro, tuve que disimular bastante

lo del dinero, en especial con mamá, porque con mis hermanas fue fácil. A ellas les empezó a gustar estar en el nivel de los demás: tener dinero, celular, buena ropa y prendas costosas. Eso les llamó la atención. Los que lo notaron primero fueron los malos de ambos lados. A ellos no les importaba de donde sacaba el dinero, sino que estaba empezando a tener más dinero que ellos y, por lo tanto, tenía más atención que ellos y una especie de poder insípido.

Luego fueron los profesores quienes notaron los cambios. No obstante, su preocupación no estaba en el hecho de preguntarse lo que estábamos haciendo para tener esas cosas o el dinero que a veces portábamos. Más bien su inquietud se relacionaba con cuestiones de mercadeo e invasión de espacio: sin saberlo me estaba convirtiendo en el mensajero de un distribuidor de drogas, quien le proveía mercancía a sus jibaros, quienes poco a poco fueron ganando espacio en el liceo, espacio que era dominado por dos o tres profesores. Al parecer la mercancía que Leo proporcionaba era más pura y barata, mientras que la que distribuían los profesores en el liceo estaba muy mezclada, eso produjo que los muchachos del liceo optaran por la que se vendía en la calle y progresivamente los jibaros fueron metiendo gente a vender dentro del liceo. Inocentemente, no sabía, ni tampoco imaginaba, las fuertes redes de conexión que se tejen en ese mundo, en donde aún amigos y enemigos están atados por los mismos lazos de fraternidad y muerte. Dos grandes fuentes de presión empezaron a prestarme atención: por un lado, los malos a quienes sin querer empezaba a restarle poder y, por el otro, los profesores, a quienes sin ningún tipo de intención les estaba tumbando el negocio.



A pesar de todo, yo era un simple mensajero, por demás inocente, así que los profesores no me veían como un riesgo potencial; aunque sí pensaban que a través de mí podían tener acceso al distribuidor principal. Por esto, el principal riesgo eran los malos, quienes me vieron como una potencial fuente de ingresos y una forma de legitimar su poder. Leo, tal vez por experiencia o tal vez porque le advirtieron, fue el primero en pedirme que anduviera con cuidado y, para evitar riesgo, él mismo se dedicó a entrenarme. Me enseñó a pelear y a usar una navaja, prometiendo que luego me enseñaría a disparar. Gracias a esto nos hicimos muy buenos amigos. Antes le veía como el amigo de mi hermano, que comía en la casa y que conocía desde que tenía recuerdos. Ellos fueron muy unidos, y mi hermano era mi modelo a seguir, hasta que lo mataron. Leo me aseguró que vengó su muerte, convirtiéndose en una ayuda para mi mamá y nosotros. Ella nunca aceptó sus regalos, los cuales casi siempre eran grandes fajos de dinero.

Cuando mamá supo que frecuentaba su casa, solo me dijo: *Lo que fácil viene, fácil se va. Mírate en el espejo de tu hermano*. No me reprochó nada, tampoco a mis hermanas, quienes se volvieron más derrochadoras que yo y no tardaron en convertirse también en mensajeras. Leo las puso a mi cargo. Eso produjo que los tres tuviéramos mayores ingresos, pues no solo llevábamos la mercancía a los alrededores de nuestro liceo, sino a otros sitios, principalmente cerca de otras escuelas y liceos. Leo nos aseguraba que nada nos pasaría, que él cuidaba a su gente, sin embargo, compré una navaja y procuré estar siempre alerta y en ningún momento dejé solas a mis hermanas. Los malos ya no podían soportar aquel atentado contra el *statu quo* de la sociedad clasista del liceo, así que dejaron de molestarnos con

palabras y puntas, empezando a molestarnos y provocarnos con indirectas físicas. Uno de ellos, un muchacho de quinto año, de los malos ricos o que tenían, pasó varios días molestándome, metiéndome el pie, pellizcándome las nalgas e intentando bajarme los pantalones en público. Eso último, fue para mí la gota que derramó el vaso. Así que lo esperé en la fila del cafetín. Como siempre he sido pequeño, y a esa edad lo era más, me mezclé entre los que se formaban esperando el turno para ser atendidos, llegando hasta la espalda de aquel muchacho. Sin compasión lo golpeé fuertemente por la espalda, dándole directamente en la columna, como Leo me había enseñado. El muchacho cayó al piso y ahí le di varias patadas, hasta que sus amigos me agarraron y empezaron a golpearme hasta que llegaron los profesores a separarnos. Aquella era la oportunidad que éstos habían estado esperando. Los profesores empezaron a interrogarme. Estuvieron alrededor de tres horas y al notar que no me sacaban nada y ya se aproximaba la hora de salir, fueron directo al grano. Dijeron que sabían lo que mi hermana y yo hacíamos, que solo debían ponernos un policía detrás para que nos agarraran. Para evitar todo, lo único que debíamos hacer era darles el nombre del hombre que nos daba la mercancía a llevar. No dije nada. Esa noche, Leo enfurecido me gritó hasta quedarse sin voz. Me llamó cobarde por golpear por la espalda. Y dijo que arreglaría a esos profesores. También me dijo que si no arreglaba lo de aquel muchacho al día siguiente, matando la culebra de frente, no volviera más a su casa.

Sabía que Leo tenía razón. Aquella acción me empezaba a demostrar la forma como se interconectan las cosas en el mundo de la calle. Por golpear a traición a aquel muchacho, me estaban tildando de cobarde y era cuestión de tiempo para que él



mismo o sus amigos fueran contra mí. No había tiempo que perder. Al día siguiente, llegué muy temprano al colegio. Esperé en la entrada. El muchacho llegó con su grupo de amigos. Al verlos, caminé directamente hacia ellos. Él me miró sonriendo de manera irónica y con la mirada le ordenó a todos quitarse, como pidiendo que abrieran campo para la pelea. Cuando estaba a poco menos de un metro de él, saqué la navaja y se la clavé dos veces en el pecho. El muchacho me miró intensamente, con asombro. Así como todos. Nadie se lo esperaba. Cuando se fue de bruces al suelo, un grito fue la señal de salida para el descontrol en el lugar. Todos empezaron a correr, en un caos sin señales, ni rumbo, ni fin. Me acerqué al muchacho que gemía en el suelo, mientras su camisa marrón se teñía de un negro intenso. Le dije que sabía donde buscarme. Sus amigos, atónitos, fueron los primeros en correr, además de ser los últimos que a partir de ese momento pensarían en hacerme algo.

Estuve varios días sin ir al liceo. Por mis hermanas supe que el muchacho no había muerto, incluyendo que la hipótesis que se manejó fue el atraco. Mi nombre no sonó en boca de nadie. En aquel momento, percibí eso como una señal del poder que creía tener, pero luego entendí que los malos querían que volviera para vengarse de aquel que se atrevió a todo con tan poco, y así ganar legitimidad y respeto. Mientras que, por el otro lado, los profesores querían montarme un seguimiento para determinar quién me daba la mercancía o, al menos, robármela. Sin embargo, ninguno de los dos grupos contaban con algo: había dejado de ser un niño, no por penetrar una puta en un burdel de mala muerte, sino por afrontar la vida creyendo en la muerte, por penetrar en la vida de alguien haciéndolo caer a mi voluntad a través de la coacción divina impuesta por un

arma, ostentando poder y gracia, respeto y benevolencia; pues a partir de aquel día ya era otro, y como otro me veía reflejado en el rostro de los demás.

## V.

*Si en la próxima visita, tu mamá no tiene sexo conmigo, te mato.* Le dijo el verde con un susurro muy cerca de su oreja, remarcando cada palabra con un soplido frágil y frío que parecía acentuar el verbo de aquella amenaza. Por unos minutos permaneció rígido, asimilando las palabras que se repetían una y otra vez mientras veía a sus familiares, donde también iba su madre, caminando hacia la salida del pabellón. Un trago de saliva lo hizo reaccionar, pero aún en su mente se escuchaba el eco de la frase, del aliento del verde saboreando el poder que ostentaba sobre él y sobre todos. Cuando Pablo lo vio, le preguntó por qué estaba tan pálido, pero él no dijo nada. Más tarde en la noche, mientras fumaba algo de marihuana para poder conciliar un poco de sueño en las largas y tensas madrugadas de la prisión, fue que empezó a recapacitar y a buscar una salida. La siguiente visita era la próxima semana, en siete u ocho días. Y aunque los días en la cárcel eran lentos, sabía que como consecuencia de aquella amenaza, todo pasaría muy rápido, así que debía actuar pronto.

Pero, ¿actuar en aquel lugar, limitado de tiempo, espacio y recursos? Sabía que el verde no hablaba en vano y a lo largo del tiempo vio muchas veces como cumplía sus amenazas. Además, el verde era un aliado de Pablo en la venta y distribución de muchas cosas en el pabellón y, por lo que había oído,



estaba apoyando su rebelión para controlar los otros pabellones. Se venía una masacre. Esa podía ser la excusa para que su madre no volviera por un tiempo, pero tenía que suceder antes de la próxima visita. Sin embargo, al abordar a Pablo sobre el tema, éste lo esquivó, negando todo. No quiso insistir más, pues podía generar sospechas y hasta podía quedar como un sapo de otro pabellón. Cada vez su ansiedad aumentaba, dejó de comer y de hablar con los demás. Su conducta se volvió sospechosa y si no fuera por el fuerte control que Pablo ejercía en el pabellón, fácilmente alguien hubiera podido someterlo.

Los dos primeros días luego de la visita fueron largos, secos y ausentes, en los que no encontró refugio en nada, en los que nada importaba más allá de sus pensamientos, los cuales le llevaban a fronteras inverosímiles y a salidas cada vez menos sensatas. Ya el tercer día, en el conteo de la mañana, el verde lo buscó entre los demás y le dijo al oído que quedaban cuatro días. Pero no fue todo, el verde le dijo que fuera allí o en la calle, él violaría a su madre. La ansiedad aumentó. No tanto por la amenaza o el ultraje hacia la figura de la madre, a la cual no se le insulta ni con palabras ni actos, sino por la impotencia que le daba no poder partirla la boca a aquel pitufo verde, por la soberbia que emanaba aquel hombre que aprovechaba una arista de un contexto para beneficiarse más allá de lo que formalmente debía. Ojalá el mundo fuera al revés, es decir, como debería ser. Ojalá la cárcel no fuera una forma de penar al hombre más allá de su delito, en el que pagaba más de lo que le debía a la sociedad, porque el precio de la justicia no puede ser tan alto; tampoco el precio de la libertad.

Si las cosas fueran diferentes, el verde estaría a su servicio y la prisión no sería una jaula donde se imprime la ley del fuerte, sino un lugar en el que se trabaja con base en la ley, donde es suficiente castigo la privación de libertad por el delito cometido, donde los hombres sean literalmente iguales ante la ley y no literalmente iguales ante la depravación, la humillación y la muerte. De nada vale preguntarse cómo serían las cosas si todo fuera diferente, porque en realidad, todo era diferente a como debería ser. Y el ser era lo que era todo aquello, no más que un mundo de limitaciones físicas y psíquicas, en donde la explotación de la necesidad de muchos se convierte en el matiz de la riqueza de otros.

Ese tercer día debía ir a la sinfónica. Nunca Mozart sonó tan desafinado como esa vez. Sus serenatas parecían cantos de co-torras en medio de la noche y la flauta en su boca, que antes era dulce y serena, sonó como un agrio aroma que se mezcla con el sudor de la piel penetrando hasta lo más profundo de su cuerpo. Todos parecían ajenos a lo que le pasaba. Pero todos sabían que algo le pasaba. Así es la vida de la cárcel: la dinámica entre la ignorancia presunta y el conocimiento profundo de las cosas. Cuando volvió al pabellón, notó que el verde estaba a cargo de una de las garitas de vigilancia. Lo vio fumando en la entrada de ésta. A lo lejos, le hizo señas con la mano, saludándolo con un afecto que en realidad era una forma de presión más incisiva que las mismas palabras.

Esa noche su madre lo llamó. Ella le hablaba de la forma indescriptible que una madre habla. Perdón, corrijo: de la forma indescriptible que la madre de un preso habla. Aquella forma que no tiene sentido ni medida, en la que las palabras son un



mero formalismo para transmitir una empatía cónsona con el contexto y con su hijo. Esa forma que no tiene nombre, que va más allá del amor y que de manera inconmensurable reduce la existencia de Dios a un empirismo simple y sencillo que se conjuga en la bendición de la madre. Porque *maldito el preso que moría sin la bendición de su madre*. Él, del otro lado de la línea, le hablaba con voz seca, contestando a todo con frases cortas y frías. Su madre notó su distanciamiento y le preguntó si le sucedía algo. Él no respondió. ¿Cómo responder? Pues sabía que de contarle todo a su madre, ella era capaz de ceder a las intenciones del verde con tal y garantizarle la vida a su hijo. Sí, era capaz de eso y más, porque en realidad aquella mujer había perdido todo el encanto que se llama ser mujer y había adquirido un aura poderosa e inflexible: la de madre, la de un ser capaz de todo y el universo por su hijo, la de un ser que está más allá del entendimiento y de la razón. Porque así son las madres y, más aun, así son las madres de los presos.

Además, si le contaba y ella cedía, no había garantías que el verde lo iba a dejar en paz y lo que era peor, podía querer más y hacerse frecuente aquel tipo de cosas. Sabía que si cedía al verde, tendría que ceder a todos, incluyendo, ¿cómo quedaba ante los demás si su madre era la que solventaba un problema entre él y el verde? tenía que actuar. Cuando se despidió, le dijo a su madre que no volviera en un tiempo. Ella sorprendida y alterada protestó. Pero él cortó todo de un tajo: *no pidas explicaciones, pero por favor, no vuelvas hasta que yo te avise*. Su tono serio y severo alertó a su madre. Supo que algo iba a pasar. Y en lugar de tranquilizarse, empezó un nuevo calvario para aquella mujer, pues para una madre no hay peor muerte de un hijo que la incertidumbre de la vida de éste: el no saber nada.

El cuarto día posterior a la visita, cuando iba a la educativa, el verde le enseñó sus tres dedos de la mano. Las lecciones aquel día pasaron sin ser vistas. La geografía, la economía, la política e historia fueron susurros en sus oídos, mientras sentía el calor absorbiendo todo su cuerpo. En la tarde tuvo taller. A la mitad de la jornada se desmayó. Era algo inevitable, pues tenía más de tres días de comer vagamente, regalándole su ración a una que otra bruja que rondaba el pabellón. En la noche, luego que se hidrató con suero en la enfermería, volvió al pabellón. Durmió todo la noche. Gracias a la marihuana. Al otro día, su causa le comentó que la dosis se estaba acabando. Él busco el dinero en su caleta y le entregó lo que correspondía a su parte. Su causa le dijo que al mediodía iría a la garita a buscar el paquete que le tocaba a su letra. En esa garita estaba el verde. Él se ofreció a buscarla. Tenía que confrontar al verde.

El mediodía llegó más rápido de lo esperado. Antes de ir a buscar el encargo, entró al taller privado de Pablo y le extrajo la guaya de freno a una bicicleta que había allí. Recorrió el camino, sabía todas las consecuencias negativas que todo aquello le podía traer, pero simplemente no pensó en ninguna: la decisión estaba tomada. Primero moriría antes que ceder y vender a su madre por su seguridad. Cuando llegó a la garita, el verde estaba en la entrada, de espalda a él, muy obnubilado por lo que había consumido. Se notaba que no esperaba a nadie. Sigilosamente se acercó sin que lo viera el verde que estaba en la parte superior de la garita. Cuando estuvo en paralelo a la espalda del verde, estiró la guaya, la pasó por el cuello de éste y empezó a ahorcarlo.



El verde empezó a gemir y a dar brazadas a todos lados, intentando liberarse de aquella presión. Él sacó fuerzas desde su interior, fuerzas tomadas más allá de sí mismo y apoyando la espalda del verde en su pecho se inclinó hacia atrás levantándolo por los aires para que la presión de la guaya fuera mayor y pudiera morir rápido. Un hilo de sangre empezó a salir del cuello del verde, mientras gemía con mayor fuerza intentando respirar a grandes bocanadas. Un tirón más fuerte lo hizo creer que el proceso estaba por concluir cuando un crujido a su espalda lo hizo detener. Atrás, Pablo le apuntaba con un revólver. Cuando soltó la guaya, el verde cayó moribundo al piso, tragándose el ambiente con la boca abierta e intentando consumir vida a cada bocanada. Pablo le preguntó por qué hacía aquello. Él no contestó. El verde se levantó del piso y quiso golpearlo, pero Pablo lo detuvo. Pidió explicaciones y él sabía que se las debía dar, así que lo hizo.

Pablo llamó a dos hombres más que lo acompañaban y les pidió que le llevaran al pabellón. Había pecado y tenía que purgar esa falta. Mientras caminaba, escuchó un disparo que retumbo en la malla metálica que contenía el ímpetu de su libertad. Entró al pabellón y levantó la cara para recibir su castigo. Pablo entró y lo miró directamente a sus ojos: *la madre es importante, pero acá, manda Dios, y Dios soy Yo*. Dos disparos más fueron la sentencia por su delito. Ahora su madre tendría certeza de lo que le pasó a su hijo. A partir de ese momento era libre, pues *el hombre nació para morir, pero no para vivir sin libertad*; y aunque su madre no le volvería a ver más, para ella en la próxima visita fue un alivio saber dónde y cómo estaba su hijo.

## VI.

Después de esos dos me cargué a muchos más. Ya la cosa empezaba a ser diferente, porque con papá y el otro hombre el motivo fue el odio y el deseo de vengarme; mientras que con los demás no había un motivo claro, aunque solo al principio. Tal vez lo tomé como un compromiso, no para con los demás, sino para conmigo mismo. Porque al fin de cuentas, no había otra opción en el barrio que no fuera convertirse en un autómatas en una ciudad robótica, donde toda la dinámica estaba supeeditada a trabajar y existir. Y yo no quería ser así. No me veía trabajando ocho horas, ganando un sueldo que no alcanzaba, pasando hambre y necesidades. Lo mío ya era otra cosa, otra visión del mundo; pues al fin de cuentas, era como Adán, no tenía papá ni mamá y estaba solo en el mundo, sin nadie que me ordenara, pues en este caso Dios no me desterró del Paraíso por haber pecado. A partir de ese momento entendí que yo mismo debía construir mi propio Paraíso. Por lo tanto, la escuela dejó de ser lo mío. También fui separándome de la casa de mi abuela, en donde mi hermano y mi hermana me temían y odiaban al mismo tiempo. Además, luego de haber matado a aquel hombre, la calle empezó a ser mi hogar más frecuente. Me escapaba de la escuela, que para mí no fue más que una prisión que estigmatizaba a los hombres distinguiéndolos entre buenos y malos; entre servibles e inservibles, una forma absurda de limitar la libertad que empezaba a conocer. Lo mismo pasó con mi abuela. Nunca me enteré si ella supo lo de papá, pero siempre me miraba con reproche e intentaba imponerme normas cada vez más difíciles de cumplir. Aunque eso no fue lo peor. El miedo en su mirada fue un castigo que me acompañó



durante años y que he intentado corregir dándole todo lo que puedo y que al final de cuentas, quizá, no necesite. No sé si después de la muerte haya vida, si nos castiguen o recompensen por lo que hicimos en vida, pero si esto es así, la balanza para determinar el castigo debe ser bien amplia y clara, pues, ¿qué castigo aplica por castigar en vida la maldad, como hice con mi papá? No digo que por esto deba ganarme el cielo, porque si con eso me lo gané, con todo lo demás lo perdí. Por esa razón, como he dicho, mi cielo y mi averno, lo construyo ahora, en donde soy un Dios que castiga en vida con la muerte.

Decía pues, que la calle se hizo mi casa y matar mi oficio. Nada significaba mayor libertad que eso. Primero, en la calle no hay límites, no hay paredes, no hay órdenes; solo estás tú frente al resto del mundo. Y segundo, matar es algo tan simple, pero tan significativo, que no hay dudas para errar, no hay dudas para llorar; solo estás tú y la decisión de hacerlo y la fuerza para hacerlo, porque antes de todo, era Dios quien decidía cuándo, cómo, dónde y por qué morías; ahora ese poder estaba en mis manos. La libertad no es soledad y falta de entendimiento, la libertad era la ausencia de normas y el poder de decisión, y ambas cosas estaban a mi alcance. Las noches en la calle eran una muestra de esto. En casa de mi abuela, las paredes llegaron a ahogarme y mi mirada colapsaba entre cuatro paredes y un techo. En la calle, mi mirada colapsaba con el infinito. Mi techo eran las estrellas que eran mías de horizonte a horizonte, mientras el susurro de una ciudad trasnochada era mi canción de cuna.

En la banda que me metí nadie entendió porque prefería dormir en la calle que en la casa del Pran. Claro, no siempre fue

fácil dormir en la calle. Castigué a varios que me molestaron, lo que hizo que me fuera ganando mi propio espacio. En la banda gané respeto muy rápido. Hasta el Pran me tenía miedo. Él mismo decía que había creado en mí un monstruo que tarde o temprano no podría controlar. En parte tenía razón, en parte no. Se equivocaba en su afirmación de haber creado un monstruo, pues no fue él: fui yo quien lo creó. Tenía razón en que no me podía controlar, porque cuando menos lo esperó, lo maté. Le di tres tiros en la cara. No tenía nada en su contra, pero era hora que diera un paso más significativo en mi vida: era hora que yo tuviera el poder. La alternabilidad en el poder es una cosa natural, pues solo el padre es una autoridad natural que dura por siempre; pero en la calle el poder debe cambiar, siendo la muerte la única forma de destronar a quien se cree imprescindible e inconscientemente poderoso. Quizá puedas pensar que esto aplique conmigo, pero no es la necesidad de mandar la que me motivó, sino la necesidad de libertad; pues más que el gusto por mandar, lo que siempre me ha inspirado es el disgusto por obedecer.

Aunque el poder en mí fue algo natural que llegó sin estarlo buscando, la forma como maté a papá y al otro hombre y, posteriormente, como me llevaba a los demás, generó que todos en la banda me tuvieran miedo y, como consecuencia, mucho respeto. Lo mismo sucedió en el barrio. Mi palabra era ley, nadie me discutía nada. Me volví extremadamente impulsivo, más por lo libre que era que por falta de autocontrol. Aunque parezca lo mismo, no es igual, pues el hecho del respeto y que nadie impusiera palabra antes que la mía, me dio la sensación de libertad que hoy tengo y que difícilmente perderé: la sensación de ser y hacer lo que quiera, cuándo quiera. Cosa que es



diferente a no tener autocontrol sobre mí, pues sí lo tenía, ya que al fin de cuentas decidía lo que haría o no, pudiendo controlar mis impulsos; aunque, como digo, eran impulsos que no encontraban barrera con nadie ni nada, y cuando la había, se planteaba una sola salida: la muerte.

Me he familiarizado tanto con ella que ya no le temo. Más bien la tomo como el último paso que daré en la vida hacia una libertad plena, perfecta e irrevocable. Solo le temo a una cosa: la soledad. No la soledad de estar solo, sino a la soledad que genera la libertad, y es algo con lo que he tenido que lidiar durante los últimos años, pues mientras más libre he sido, más solo me encuentro, ya que he entendido que relacionarme con otras personas, en un plano significativo, es una forma de encadenarme a los otros y de perder la libertad que tanto valoro, pues en definitiva, el precio de mi libertad actual fueron las vidas de mi papá, mi mamá y mi hermana y el desprecio de mi abuela.

Comentaba que en la banda todos me temían. No era para menos, pues mi forma de matar siempre fue significativa y simbólica. Cualquiera le da unos tiros a otro. Yo mataba con estilo, en un rito relacionado con la persona, intentando que entendiera que su muerte no era más que consecuencia de sus pecados en vida. Pero pecados en mi religión, en donde yo me convertía en juez y verdugo. Entonces, esta forma de matar me hizo metódico, sigiloso, conocedor de las personas y sus costumbres; pues buscaba aproximarme a ellas lo más que pudiera, para en cualquier momento darles el toque final. Como dije, cualquiera puede disparar, corriendo o desde una moto; yo no. Yo me tomaba el tiempo necesario. Por eso mis encargos eran exclusivos, no cualquiera me buscaba o me pedía para solventar

sus culebras, ya que difícilmente mataba por la espalda o mataba a la carrera. Siempre mataba de frente, dándole al otro tiempo para la reacción, para defenderse o al menos para que me viera. Por esto, muchos dicen que mi cara es el rostro de la muerte, pues fue lo último que muchos vieron antes de morir.

Pero no siempre tuve esta reputación. Luego que maté a papá y a aquel hombre, le proporcioné a la gente una imagen de mí que aún yo mismo no llegaba a cuajar o a entender. Y en este mundo de muerte, hurto y sangre la imagen es una de las cosas máspreciadas y efímeras que puede existir: ésta se construye y se destruye a diario. Por lo tanto, mis siguientes actos terminaron por legitimar la imagen de mí y, además, empezaron por acostumbrarme a ser aquel niño-hombre en el que empezaba a convertirme. Dejé de ser niño, no al tener sexo con una prostituta vieja o de mala monta; dejé de serlo el día que asesiné a mi papá. Empecé a ser hombre el día que maté sin motivos, solo por orden y, más allá de esto, por la convicción de creer que nada ni nadie me ataba y tal vez porque en cada persona que veía en la calle, veía el rostro transfigurado de mi papá, su cara sangrante, sus ojos abiertos y su expresión eterna e inverosímil, mientras pasaba la hoja del cuchillo de un lado a otro de su garganta. Por ello, al principio matar fue tan fácil: sencillamente porque me proyectaba o, quizá, proyectaba aquello que en los más oscuros abismos de mi interior quería expulsar hacia los demás, como si la muerte de otros me llenara de vida.

Aprendí a matar para callar lo que en mí quería gritar. Pues me sentía cobarde, me sentía solo e indefenso. Sentía que todo aquello llegó a mí tan rápido, que no tuve tiempo de asimilarlo, de decidir; sino que mi reacción se impuso al pensamiento,



tal vez porque éste quedó sepultado en alguna tumba remota a lo largo del tiempo. Puede que en primera persona todo lo que he hecho lo haya decidido yo, aún desde el principio. Sin embargo, no hay mucha opción para elegir en la pobreza, por lo cual, la elección limitada a una sola opción, simplemente no es libertad de decidir. Otros deciden por ti. Y en mi caso, soy consecuencia de lo que otros decidieron por mí: de mis papás, de un contexto, de un ambiente lleno de armas, de una ciudad simbólica donde la muerte se paga al mejor postor y donde la superflua sobrevivencia del más fuerte se reduce a la dinámica de un grupo de débiles bien armados. Aunque la debilidad en este caso no era antónimo de fuerza, sino que se relacionaba más con el contexto. Un contexto diferente para cada persona.

Y desde el principio fue mucho lo que tuve que gritar a través de la muerte de los demás. Primero empecé matando en las guerras entre bandas. La lucha por el espacio era algo constante, pero aburrido para mí. Nunca me gustó lo indeterminado. El Pran del barrio, quien notó el sigilo con el que solía moverme y lo fácil que me era pasar desapercibido, decidió darme otro tipo de tareas. Me convertí en un cazador. Uno a uno fui asesinando a los miembros de las bandas rivales. Cosa que fue un tanto fácil, pues las personas solemos actuar con cierto patrón repetitivo y más repetitivo es dicho patrón cuando el contexto es el del barrio. Además, en los barrios hay dos tipos de personas: el común y el malandro. El primero, actúa con miedo, mientras el segundo, intenta imponer el miedo; y ambas formas de personas se distinguen por el actuar. Así que era fácil captar quien era el malandro o el objetivo que debía eliminar. Inicialmente sentía un poco de gozo cuando mataba a alguno de estos muchachos. Luego, esa sensación fue sustituida por una especie

de justificación justiciera, en la que el poder de mi mano era el poder de Dios.

Todo lo demás a esta vida fue conexo. El dinero, las mujeres, las drogas, los amigos y enemigos. Cada uno más efímero que lo otro en un sistema de vida donde el tiempo pasó a tener un significado diferente. Las mujeres eran un amor eternamente momentáneo, mientras duraba el sexo; los amigos se terminaban con el dinero y las drogas; y los enemigos eran uno solo que se conjugaba en un resultado final: la imagen del espejo. Porque para ser yo, el mundo no tenía cabida para nadie más: solo para mí. Así que esta última mañana de mi vida me levanto a la hora del amanecer y no a la hora del tiempo. Converso un rato con los fantasmas que acumulo en esta vida llena de muerte y salgo con los brazos abiertos a la calle. Ya el destino está escrito y aunque sé lo que sigue a cada paso que doy, estoy consciente de ello. Mi banda me espera en la calle, en donde han estado de fiesta. Mi hermano se aproxima con mirada compasiva. Le entrego un arma y con la mirada le indico lo que tendrá que hacer. En un parpadeo llegó la noche y el crujir de las tinieblas canta en coro mi nombre. Lejos las sirenas han delatado mi posición, mientras intento huir a lo incierto, sé que muy en el fondo todo ha acabado, pues mi nombre es Pablo y me llaman Sicario. Sicario para mi propia muerte.

## VII.

Leo fue mi refugio durante los días que no fui al liceo. En las mañanas me levantaba temprano, me ponía el uniforme y salía para que mamá creyera que iba a clase. Me iba directamente a



casa de Leo. Esa semana aprendí a disparar. La experiencia nos acercó más: él sentía que debía enseñarme todo y protegerme, yo sentía que le debía todo. Una noche estábamos en su casa, compartiendo con varios conocidos de la zona, que a la postre, serían los miembros de una de las bandas más peligrosas que conoció la ciudad; cuando el mismo Leo se animó a salir a la calle a algún sitio nocturno. Él insistió para que los acompañara. Yo me negaba, pues apenas tenía doce o trece años. Al final, me llevó casi a empujones con él. Caminando fuimos al centro de la ciudad. Era linda de noche: sus calles mojadas, el frío nocturno y una niebla baja, pero tranquila, arropaban los sueños y las pesadillas de todo lo que empezaba a gestarse desde ese momento. Leo nos pidió que le esperáramos en una esquina. Hacía bastante frío y yo andaba vestido con el uniforme del liceo.

A los minutos, Leo nos pasó buscando en un carro. Según dijo, se lo había robado a unas cuadras de donde estábamos. La noche empezaba y fue la noche inicial para muchas cosas en mí. Fuimos a varios sitios. En todos, Leo pagó para que yo pudiera entrar. Vi a nudistas bailando, haciendo mil y unas cosas con sus clientes; Leo y sus amigos se comportaban como unos expertos con aquellas mujeres, cuando en realidad, ninguno de ellos llegaba a los dieciocho años. Yo me sentía avergonzado. Veía en el rostro de aquellas mujeres el rostro de mi mamá tambaleándose de un lado a otro, mientras en sus cuerpos veía las más grandes abominaciones que la imaginación podía crear. Leo pagó para que una de las bailarinas me hiciera un show a solas. Luego supe que pagó más para que la prostituta tuviera sexo conmigo. No hubo reglas de higiene. No hubo amor, ni pasión. No hubo preámbulos, ni palabras, y todo fue lo opuesto

a lo que en mi poco tiempo de adolescente imaginé. Mi cuerpo desnudo quedó a merced de una mujer que me doblaba en peso y me triplicaba o cuadriplicaba la edad; todo fue efímero, hasta las ganas obligadas y el orgasmo fingido en medio de una luz tenue que le daba un cándido aire de tiniebla a una cama llena de huellas y pasiones rotas.

Cuando salí de la habitación, todos brindaron por mí. Reían y me preguntaban cómo estuvo. A partir de ese instante comprendí que el sexo era un sistema estandarizado de sensaciones y pasiones, que ocasionalmente se hacía de forma heterogénea. O tal vez, era el sexo como lo conocí: un sexo efímero y apagado. Un sexo de juego, de niños, sin conexión, en donde uno y otro no son ninguno más que nadie y donde todos simplemente se resumen a la condición de fábula de una intimidad supeditada a un estándar onírico: el de la perfección imperfecta, implacable y constante. Los muchachos me hicieron tomar unos tragos de alcohol. Era también primera vez que lo probaba. Así que para todos allí, me había convertido en hombre. Y por ello, todos brindaban. Pero, como siempre había un pero, Leo atajó el tercer o cuarto brindis por mi hombría recién asignada, diciendo que faltaba una cosa para ser un verdadero hombre: matar a alguien.

Todos hicieron silencio y, sin verme, sus ojos se clavaron directamente para medir mis reacciones. No sé por qué seguí el juego. Leo me llevó a la calle junto con los demás. Caminamos unas cuadas y encontramos una línea de taxis. Había un solo carro. El conductor dormía plácidamente con su cabeza apoyada al vidrio de la ventana. Leo lo despertó dándole unos ligeros golpes al vidrio con el cañón de su arma. El hombre reaccionó



con un ligero sobresalto. Una tímida lluvia llenó de gotas y humedad la ventana, por lo que a través de ésta, el hombre no pudo distinguir el arma en la mano de Leo, solo veía las figuras que estábamos afuera. De todos, solo tres nos montamos al taxi: Leo, Juan Sebastián y yo. Cuando el taxi empezó a rodar, Leo encañonó al chofer. Su rostro se transformó: se volvió pálido, fuera de sí, como si a partir de ese instante hubiera dejado de existir en él algo que se relacionara con la esencia de la vida. Leo le ordenó ir a las afueras de la ciudad. En un punto le pidió detenerse y me dijo que manejara. Era mi primera vez para toda aquella noche, recuerdo que dijo, y manejar también lo sería. Conocía la dinámica que conlleva conducir un vehículo y por suerte el taxi era automático, por lo que la conducción no fue tan brusca. Aunque no tardé en acostumbrarme.

Leo me ordenó ir lejos de la ciudad. El chofer del taxi se sentó atrás con Juan Sebastián, quien fumaba y le apuntaba con un tres ocho. Su rostro seguía ajeno. Con el paso de los minutos, empezó a percibir que solo éramos tres muchachos bien armados haciendo una travesura. Y por eso empezó a hablar. Nos pedía que lo dejáramos ir, que él no diría nada, que hasta nuestras casas nos llevaba y de gratis. La charla molestó a Leo, quien impulsivo como siempre, me ordenó detener el taxi y a punta de pistola bajó al chofer. Cuando estaba afuera le pidió la cartera. El hombre se la dio. Luego, colocó su pistola en mis piernas y me dijo: *Mátalo*. Sus palabras fueron un eclipse en ese momento. Tal vez no parpadeé por varios segundos, que para mí fueron eternos; una eternidad que Leo interrumpió cuando me gritó que si lo haría o no. Sin medir consecuencias, arranqué el taxi. Leo golpeó violentamente el tablero mientras me gritaba que sabía lo maricón que era y que estaba seguro que

no lo haría a la primera. Cerró su grito diciéndome que no era la sombra de mi hermano.

Esas palabras fueron lapidarias. Frené de golpe. Retrocedí y me detuve al lado del chofer. Bajé la ventana y le disparé unas cinco o seis veces. Todas apuntando a la cara. Leo y Juan Sebastián quedaron paralizados. Ninguno habló, solo se limitaban a mirarme con una expresión congelada en el asombro. Mi reacción fue arrancar el taxi, tratando de alejarme lo más que podía del cuerpo del chofer. Manejé siempre mirando por el retrovisor y podría jurar que pese a que veía la sangre salpicada en mi cara y vi el cuerpo del chofer caer al suelo, lo veía parado, inerte bajo la lluvia, como esperando que al mejor estilo del profeta Elías, un carro de fuego se lo llevara al cielo. Durante días no dejé de ver los documentos que el chofer tenía en la cartera. Me preguntaba si tenía madre, padre, hermanos, esposa, hijos. Rogaba que en el mundo solo fuera él, sin nadie o ninguna conexión con más nadie, porque me sentía culpable, no por la muerte de aquel infortunado hombre, sino también por el dolor que le causaba a sus familiares. Lo había visto en mi mamá cuando mataron a mi hermano, e imaginaba que ese mismo dolor lo sentía otra madre en aquel momento. Maldije a la vida por aquel cinismo al que me enfrentaba. Maldije porque, muy en el fondo, sentía que era yo el asesino de mi hermano y quien le había causado aquel intenso dolor a mi madre. Un dolor que nunca sana y nunca se olvida.

Pasé dos o tres días encerrado en la casa, sin querer comer o poder dormir. Viendo aquella figura mojada y taciturna en el retrovisor del taxi. Mis hermanas me atendieron como un Dios. Y mamá, sospechaba algo, aunque para no lastimarme o,



tal vez, para no lastimarse ella misma con una verdad que quería ignorar, no decía nada. Leo me buscó en la casa y me felicitó por como había manejado la situación. Se sentía sorprendido: según él nadie mataba en el primer intento. Sus palabras en lugar de reconfortarme, me hundieron más en una profunda depresión y constantes estados de ansiedad. Me preguntaba a cada segundo: por qué lo hice, por qué lo hice. Y por más que pensaba, no hallaba una respuesta cónsona y consistente con la educación moral y social que durante años mamá intentó darme. Cuando le conté a Leo cómo me sentía, me dio una solución sencilla y rápida, como todo en aquel mundo: la marihuana. Las primeras fumadas me hicieron sentir peor que antes, pues además del terror psicológico que me abrumaba, el padecimiento físico fue terrible. Sin embargo, a la cuarta o quinta probada, los demonios que me atormentaban empezaron a ceder. Todo era cuestión de costumbre, me decía Leo, así como te acostumbras a vivir, también te acostumbras a matar y para lidiar con esos demonios nada como el cementerio de la plata: entérralos en plata. Leo me dejó un gran fajo de billetes de alta denominación y se fue. La marihuana se hizo mi compañera constante. Apenas tenía trece años.

## VIII.

Bella canción de cuna entonaba la lluvia golpeando el asfalto, ahogando los ruidos lejanos de los motores insomnes que en medio de la noche buscaban un espacio para la existencia. Cada gota de lluvia era una fina caricia del cielo sobre la tierra, rompiendo el esquema de la noche tenue y silenciosa que

ostenta un lugar en la monotonía del hombre. Eran pasadas las diez de la noche. Era la hora de las aves y de las costumbres nocturnas. Los cuerpos noctámbulos danzaban en bandada a lo largo de las calles, buscando escondite y refugio en sus mismos cuerpos, llenos de cemento y cal, de tiempo y sueño. La lluvia era pesada, pero tenue, haciéndose parte del silencio en aquella noche oscura, callada, sin luna y hasta sin noche, en la que los acordes constantes de un tiempo que no llegaba a conjugarse, convertían a los hombres en seres ambiguos, sin nombres ni identidades.

Llegada la media noche, el silencio repuntó un poco. La lluvia había cedido y solo se escuchaban las pisadas en los pequeños charcos de la calle. Eran pisadas vacías, sin destino, pero determinadas a atravesar el cielo y la tierra en busca de una gloria efímera e infernal. Las pisadas eran distintas, sin camino y de varias personas que, luego de dudar y de un andar prolijo y hasta detallado, se detuvieron en la casa blanca, que junto a la vía se ostentaba como una de las más bellas de la colina. Era una casa sin fin, sin forma ni distingo. Era, sencillamente, el trofeo al esnobismo mundano, llena de habitaciones y vacía de gente, llena de jardines y bellas flores, pero carente de sentido y admiración para tal color y aroma floral. Como todo en la gran ciudad, era una casa sin distinciones particulares, aunque sí específicas. Llevaba nombre de santo y forma de país, cuando se le miraba desde el cielo.

Sus paredes altas y alambradas no fueron un obstáculo para aquellas pisadas, que sin dudar treparon marcando el color celeste que deslumbraba el día compitiendo con el cielo. Una tenaza fue suficiente para cortar el alambrado superior y como



lo había prometido el contacto interno, cortó la electricidad para inutilizar esta forma de defensa. Ya dentro de la casa, hizo la seña respectiva y las siguientes pisadas fueron más rápidas. A partir de allí las pisadas fueron diferentes. Dejaban huellas de pasos en el césped, siendo el sigilo el patrón de referencia. Las luces estaban apagadas, excepto una. Así debía ser. La puerta trasera, que daba al depósito de la cocina y de ahí hasta ésta y luego al comedor, a la sala y a las escaleras que daban a las habitaciones, debía estar sin cerrojo. Y lo estaba. Para su experiencia todo ocurría muy fácil.

Las pisadas atravesaron el depósito, la cocina y el comedor oscuro, llegaron hasta la sala y ahí se separaron. Unas subieron la escalera. Eran pisadas rateras, rapiñas en busca de desechos sociales y económicos. Otras, se quedaron ahí. Y las suyas, buscaron lo que debía encontrar. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo el tacto por lo que debía encontrar estaba supeditado a un reflejo ajeno, a una especie de bulimia que le obligaba a vomitar todo lo que del mundo había devorado hasta ese momento. Por primera vez en mucho tiempo no tenía sentido de orientación sobre lo que quería o haría. Solo se estaba dejando llevar. Sus pisadas se fueron decididamente hasta el estudio, donde una luz ligera dejaba escapar un haz de claridad a través de la cerradura antigua de la puerta. Ahí se detuvieron las pisadas. Ya el arma estaba en la mano y con la otra mano empujó la hoja derecha de la puerta para entrar. Pero la luz dejó de ser tenue, opacándose completamente. Las pisadas se congelaron en el suelo, como si una fuerza invisible quisiera retenerlo en aquel lugar, absorbiendo su cuerpo a los abismos intrincados de la noche.

Unos minutos fueron suficientes. Las pisadas volvieron a tomar la confianza previa e ingresaron al estudio. En la penumbra no se distinguía más que una silueta en medio de la nada. La silueta se movía de un lado a otro, como intentando hablar con el cuerpo, sin palabras, solo con una gesticulación espacial que no más ella misma entendía. Un disparo fue suficiente para tranquilizarle. El eco, retumbó en la casa, haciendo huir a los fantasmas que por tradición hacían vida en aquel tipo de hogar. El olor de la pólvora, el fogonazo del arma y el calor en la mano y en el dedo fueron suficiente cliché para que las pisadas volvieran a ser como siempre: firmes y sin nombre. La silueta no se movió más. Solo dejaba escapar un gemido tímido. Las pisadas fueron a su encuentro, confundiendo los tiempos y los lugares, determinando que uno y otro eran los mismos. La silueta no se inclinó sobre su propio cuerpo, dejando entre ver a un cuerpo ceñido por el mal gasto de una vida de ajetreos y presiones autoimpuestas. *Así como vivió, fue como murió*, pensaron las pisadas; a pesar que la silueta exhalaba un aire fétido y pesado que llenó el ambiente de un oscuro incienso, pintando de gris la noche.

A lo lejos, o tal vez más cerca que siempre, se escuchaban los pasos de los querubines azules que ascendían a su encuentro. Imaginó que el cielo estaba abierto en ese momento y que de él salían los ángeles y demonios que hipócritamente le han cuidado y despreciado. Nuevos pasos retumbaron en la casa, pero el sonido fue como un disparo perdiéndose en la confianza de la sangre. ¡Eso eran: disparos! Sin perder tiempo, las pisadas volvieron sobre las huellas anteriores, pero algo lo detuvo. Una mano sobre su brazo se cerraba como un candado en el aposento de los ángeles, reteniéndole sin mayor fuerza, mas sí



con la seguridad apropiada de quien sabe lo que hace. Nuevos disparos hicieron que las pisadas patinaran sobre el suelo, luchando sin avanzar, contra una mano invisible que le atajaba en el tiempo y en el espacio: aquel tiempo y aquel espacio que desde ese instante dejaba de pertenecerle, porque Dios era uno: y no era él. Porque todo lo que sube tiene que bajar y lamentablemente los hombres no estamos hechos para volar.

Cuando volteó a verificar qué lo detenía, las luces se encendieron dándole a sus ojos un fuerte resplandor que lo enceguenció por segundos, como si de repente toda la energía del sol se hubiera concentrado en aquel lugar y estuviera dirigida contra sus ojos. Cuando recobró el sentido, la silueta lo sujetaba y los fantasmas y querubines que caminaban a lo lejos le rodeaban apuntándolo de pies a cabeza. Con sus últimos poderes de Dios omnisciente, vio las pisadas de su hermano que huían lejos de la casa luego de haber matado a los luceros de su firmamento. Lo había vendido. Lo que seguía era solo sufrimiento. Su cabeza tenía precio y ya lo iba a pagar. Pablo Sicario cayó y de una forma o de otra, a partir de ese momento, pensó, era cuando empezaba su verdadera libertad.

## IX.

Al retornar al liceo, sentía que en definitiva ya no era el mismo niño de antes. Estaba más incluido en los trabajos con Leo y llevaba un arma de fuego conmigo. Cuando el grupo de malos intentó someterme fuera del liceo, un par de disparos al aire los alejó y puso las cosas en su lugar. Aquel empezaba a ser mi espacio, mi tiempo y mi todo. Recuerdo que en una entrega,

los profesores intentaron robarme la mercancía y con ella chantajearme para que los llevara con mi proveedor. Todo se arregló con disparos. Pero la cosa no terminó ahí. Una tarde cuando llegué a mi casa, uno de ellos estaba en la sala sentado con mamá, hablando de mi comportamiento en el liceo. Mamá tenía en sus ojos una expresión de decepción y resignación. Cuando el profesor se fue, me tocó el hombro con unas palmadas y me dijo: *Ya sabes lo que tienes que hacer*. Y efectivamente lo supe. Esa noche, lo seguí hasta su casa. Jamás se imaginó, cuando se detuvo frente a la puerta principal e intentaba introducir la llave en la ranura de la cerradura, que era yo quien le tocaba la espalda. Volteó y al verme, sonrió ampliamente: pensaba que había ido a entregar a Leo. *Sabía que lo harías*, me dijo. Yo solo sonreí. Saqué la pistola y le di cuatro tiros en la cara. Los resplandores de los disparos, uno tras otro, hicieron danzar las sombras de la noche, mientras el cuerpo del profesor caía a nadar en las nauseabundas mareas del suelo.

Ese acto me valió ganarme un puesto más privilegiado en torno a Leo, quien decidió que la mensajería era una pérdida de talento para mí, por lo que encargó de eso a mis hermanas mientras pensaba en un futuro más sólido y ajustado a mi personalidad. Sería su sicario. Él iba a cumplir los dieciocho años y era más responsable penalmente si lo atrapaban, mientras yo, tenía las ventajas jurídicas de la ley y, según dijo, un talento natural para aquella labor, empezando por la edad, pues quién iba desconfiar de un niño. Entonces me convertí en su mano derecha y, gracias a ello, fue más el dinero que gané. Mamá empezó a enfermarse y con la autoridad que ya empezaba a ostentar, le ordené que no fuera a trabajar más, que yo podía mantenerla, y así fue. Sin embargo, se enfermó hasta tal punto



que poco salía de la cama, casi no comía y cuando caminaba, lo hacía arrastrando los pies como si una pesada y profunda tristeza la intentara clavar a la tierra para que se acoplara a una realidad que era suya, más allá de todos sus intentos por evitarla. Creo que murió preguntándose qué había hecho para merecer aquella vida, para tener a sus cuatro hijos en el mundo del malandreo: a uno muerto, a otro matando gente y a las otras dos distribuyendo drogas. Tal vez nunca entendió que somos lo que somos no por lo que dijo o nos dio en gran medida, sino porque el mundo define lo que somos en la medida que vamos siendo lo que queremos ser. El mundo define, no obliga. El mundo nos hace mundo porque nosotros elegimos el camino para crecer y ser. Pero mamá nunca llegó a entender eso, porque ella quería un ingeniero o un doctor, no unos malandros en su casa. Pero a mi modo yo era como un ingeniero o un doctor, solo que ella no entendía eso. Siempre le expliqué que un doctor o un ingeniero no sabían hacer las cosas que yo hacía y que yo era tan bueno como ellos haciendo lo que sabía hacer. Sin embargo, es fuerte luchar contra los convencionalismos sociales que se tatúan muy hondo en la conciencia de la gente. Mi mamá no era la excepción.

Me dolía mucho verla así. No podía entender por qué no era como la mamá de Juan Sebastián, que disfrutaba al máximo todo lo que su hijo hacía por ella y todo el dinero que le daba. Cuando murió, de cierto modo fue un alivio para mí, pues no sentía tanto remordimiento por todas mis actividades, y aunque no la veía, siempre antes de dormir recordaba su expresión acusadora y el gesto de decepción que tuvo en el rostro hasta dentro de la urna. Nunca he dejado de extrañarla. Su muerte fue el precio de la libertad que mis hermanas y yo empezamos

a disfrutar. La casa era nuestra, ninguno era mayor de edad y quedamos a cargo de una tía que resultó ser más malandra que todos nosotros. Si mamá con su silencio nos sancionaba por lo que hacíamos, mi tía con sus palabras reforzaba todo, hasta motivándonos para que ampliáramos el trabajo, por supuesto, incluyéndola a ella en el negocio.

La casa se convirtió en una especie de casa negra en el sector. Una foto de mamá en el altar de la sala era lo único sagrado ahí, porque hasta a putas se metieron mis hermanas. Ellas se volvieron avaras y egoístas. Ya que nunca nadie las tomó en cuenta, con dinero compraron amistades y novios. Varias veces llegué a la casa y las encontré tirando en la sala o a todo volumen en sus cuartos. Siempre corría a los tipos con los que estaban. No por ellas, sino porque sentía que la faltaban el respeto a mamá. Yo sin quererlo me convertí en el hombre de la casa. Aunque esos arranques míos nos distanciaron bastante. Nos veíamos poco y hablábamos solo lo necesario, por los negocios. Ellas convirtieron la casa en un centro de distribución de droga: ahí la recibían, la preparaban y la distribuían. Leo era como siempre el líder en todo. Eso fue lo que nunca le perdoné: haber convertido mi casa en un prostíbulo postmoderno, en donde la satisfacción que se vendía no era sexual, sino mental.

De todo ese negocio a mí me tocaba una parte, pues yo era como una especie de coordinador y vigilante de la actividad que mis hermanas hacían. Sin embargo, el despilfarro de mis hermanas y mi tía no iba a durar mucho. Las palabras de mamá eran como siempre lapidarias: *lo que fácil viene, fácil se va*. Y así fue. Tres enfermos de droga, se pusieron de acuerdo y luego de una de esas fiestas que mis hermanas organizaban, entraron a la



casa, las mataron y las violaron. Mi tía fue la única que salió bien de eso. No tardé mucho en encontrar a los tipos que lo hicieron. Por uno de ellos supe que mi tía les había indicado cómo entrar a la casa y dónde estaba la mercancía. En apenas dos días, aquellos tipos se habían consumido la mercancía que tardaba una semana en venderse. Los maté como unos perros. Para mí, los enfermos como ellos no valían absolutamente. En realidad, luego de matarlos me di cuenta que nadie valía absolutamente nada para mí, pues la sensación que tuve no estaba relacionada con la venganza por mis hermanas, sino como una especie de desahogo por mamá, por el ultraje a su casa; pues sentía que mamá aún vivía en esos muros. Mi tía corrió peor suerte que aquellos desgraciados enfermos. A ella le di un batazo en la columna que la dejó parapléjica para siempre. Le pagaba a una mujer del sector para que le llevara comida una vez al día. Eso sí, poca comida, que la dejara con hambre, para que sufriera. No sé si murió o si vive.

Leo me hizo pagar el costo de la mercancía que se perdió. Con eso aprendí que en este mundo todo tiene un orden y que en el malandreo no hay amistad que valga o altere dicho orden. Ese pago casi me quebró, pues tuve que sacar de las caletas que tenía y hasta pedir prestado para completar el monto que debía pagar. En ese desespero, empecé a robar a la gente en la calle. Así de simple, los encañonaba y amenazaba hasta que me dieran de todo. Robaba hasta ocho personas al día. Pero mis acreedores eran insaciables. Los intereses que me impusieron eran muy altos, e incluían pagos en especies, con cosas como celulares, reproductores, zapatos y hasta trabajo. Sí, trabajo, de ese trabajo en el que me profesionalizaba como mamá nunca imaginó ni quiso. Por primera vez en la vida sentía una fuerte

presión en mis hombros: por una parte tenía que conseguir dinero para completar el pago de lo que debía y, por la otra, tenía que estar bien con Leo, cuidándolo como el perro guardián que de él era. Esa presión hizo que en una oportunidad le robara la cartera a una señora y que le disparara. No sé cómo sucedió, los robos eran tan rápidos que simplemente no había tiempo para pensar en nada. El tiempo solo se reducía en presentarse, amenazar, tomar y correr. Pero esa vez fue diferente. La señora se puso nerviosa, no podía sacar las cosas de un gran bolso púrpura que llevaba colgado. La pistola era el efecto que sin duda alguna le hacía sudar. Aunque no podía pensar en nada, recuerdo cada detalle de aquella señora: era muy blanca y llevaba unos ganchos rojos que le sostenían el cabello a un lado de la cabeza. Cuando llegué hasta ella, veía unos zapatos frente al mostrador enorme de una tienda en el exterior de un centro comercial. Al ver la pistola, quiso retroceder, pero se detuvo; luego temblando revolvía algo en el bolso. En ese momento le disparé. Cuando cayó al suelo, me acerqué hasta su cuerpo y tomé el bolso. En su rostro había una expresión eterna, como de quien intenta aferrarse a la vida. Sus manos estaban prensadas en su vientre, intentando detener la agonía y el dolor que imagino le embargaba. Salí corriendo. Justifiqué aquel disparo porque pensaba que tenía un arma en el bolso. No fue así, había solo dinero, poco, y medicamentos. Al día siguiente supe que murió y estaba embarazada.



## X.

*¡Cayó Pablo Sicario!* Publicaron a toda página y a toda voz en los medios. Era una gran noticia. Ya la sociedad normal, decente y trabajadora podía dormir tranquila, pues el terror de la ciudad y el rostro de la muerte, estaba encerrado y enjaulado como el animal que era. Lo que no sabían, es que era más peligroso preso que en la calle. Es que un hombre como Pablo Sicario ya no era hombre, ni animal o humano, sino algo que no se ha definido, algo que resume los males del mundo en un solo cuerpo y en una sola intención. Expertos y expertos vinieron a conocerme, porque querían explicar por qué Pablo Sicario era lo que era. Por qué la vida de Pablo Sicario era una vida resumida en la muerte de otros. ¿Qué pretendían conseguir si Pablo Sicario no era uno, sino miles; si en cada hombre, en cada cuerpo y en cada vida hay un sicario en potencia, que es instinto y seducción en una vida destinada a la muerte? *Porque no es necesaria la muerte para tomar la vida de otros.*

En ese momento me di cuenta que yo era un mito viviente, que había creado un mito urbano más grande que yo mismo. Me atribuyeron muertos que nunca ejecuté, redes de tráfico y corrupción que jamás generé. Me acusaron de todo y me escupieron y despreciaron frente a las cámaras. Pero en privado, secretamente, estrechaban mi mano. Pues nadie podía negar que yo, Pablo Sicario, fuera un mal necesario en una sociedad centrada en la autoridad, en el poder y el dominio de unos sobre otros, en donde la muerte y el recelo era una forma simple de relacionarnos unos con otros. Por eso los expertos debatieron tanto sobre mí, construyeron teoremas y amplias explicaciones en las que la falta de afecto por parte de mis papás, la

carencia de vínculos afectivos con otros y lazos que me unieran a instituciones como la escuela, la iglesia o, sencillamente, una familia, me habían convertido en el hombre que soy. Sin embargo, ningún experto notaba que el barrio dependía de mí y que yo, era el centro de vida del barrio. Que sin mí, éste existiría como un caos, sin límites ni objetivos definidos para orientarse. Y ahí estaban mis vínculos, mi socialización e institucionalización. Todos veían a Pablo Sicario desde su Pablo Sicario, construyéndome como una forma expresiva de lo que habían aprendido, no sobre mí, sino sobre otros; pues al fin de cuentas, Pablo Sicario era simplemente eso: Pablo, sicario, un hombre cuya ley era vivir sin ley, sin límites ni presiones, solo orientado por la necesidad de ser lo que era al precio de la vida de otros, con la ganancia de la felicidad del barrio; pues nadie notaba que el barrio era feliz gracias a mí, que nada les faltaba porque yo todo les daba, que hasta la seguridad y la ley que el Estado les negaba se las daba yo. Todo ello porque el malandro, el rostro de la muerte, porque Yo, no era más que un factor de equilibrio en esta sociedad desigual, en la que la muerte de unos significa más vida para otros. Nadie veía que yo era el equilibrio en el caos, era el epicentro del universo, un ejemplo de orden. Aquellos expertos me daban risa, pues eran letrados en sus letras, pero ignorantemente mudos en el mundo de las palabras del barrio. Para ellos yo era un cerebro seco, pero para mí, esos cerebros secos eran ellos. Ellos me conocían a mí y a mi mundo desde su enciclopedia. Yo los conocía a ellos y a todo el mundo en donde es importante: en el verdadero mundo. Un mundo en el que el poder y el dinero lo era todo. Y yo lo tenía todo.



La cárcel fue como unas vacaciones para mí. Todos me temían. Cuando llegué, había dos pranes en todo el penal y ninguno quería tenerme en su pabellón. El primer día que llegué, nadie se atravesó en mi camino. Todos me miraban como a un objeto extraño, tal vez porque el mito de Pablo Sicario era más grande que aquel cuerpo delgado. Cuando repartieron la cena y se hizo presente el caos, un tipo quiso quitarme el puesto en la cola y me manoteó. Con dos golpes le tumbé al suelo. Allí, le coloqué la rodilla en la cara y con el dedo le saqué un ojo. Los gritos de dolor de aquel hombre se escuchaban en todo penal y la sangre dispersó la cola para tomar la comida. El Pran se me acercó y quiso regañarme, pero de un golpe lo callé. Ninguno de sus perros se atrevió a hacerme algo. Ni siquiera a disparar, pues entre otros mitos se decía que las balas rebotaban en mí. El Pran, ante aquella situación, dudó en atacarme y arriesgarse a perder su poder o someterse y mantenerse con vida o, al menos, completo en su cuerpo. Optó por esto último, y como señal de respeto, me prometió que en menos de dos días estaría fuera de la cárcel. Y así fue.

Ambos pranes de aquel penal salían y entraban a su antojo. Y ambos se unieron para hacerme salir sin que se detonara un solo disparo. La prensa y las autoridades revolvieron la cárcel buscando por dónde me había evadido, sin imaginarse los primeros que salí mejor que como entré: por la puerta principal, sin esposas ni empujones, con un poco de ayuda de los segundos. La noticia de la evasión fue un terremoto en el barrio, pues en apenas tres semanas que estuve en el proceso de juicio y mi estudio, en el que me terminaron dando una medida preventiva de privación de libertad y un calificativo de sociópata, en el barrio se había instalado el caos: mi banda se dividió en varios

sectores que querían mandar y dominar los negocios. Ninguno fue fiel a mí. Ninguno buscó a mi hermano para hacerlo pagar por venderme. Ninguno mantuvo aquel orden, aún a sabiendas que no tardaría en salir. Ninguno eran todos, y todos me las iban a pagar. Empezando por mi hermano.

Con el dinero de las caletas que tenía por toda la ciudad, pagué a la prensa para que dijeran que una fuente anónima me vio saliendo del país y así tomar por sorpresa a todos. A partir de ese momento, solo quedaba esperar. Menos mal que el tiempo en el mundo del malandreo es un tiempo que no espera, así que los muchachos en el barrio volvieron a las suyas, entre ellos mi hermano, que por solo el hecho de venderme creía que se haría con el poder fácilmente. Él no entendía que la cuestión del poder es eso: cuestión de poder. Y para hacerse con el poder de otro no había maña que valiera más que la muerte, pero la muerte dada de frente, sin mañas ni trucos. Eso al menos en este mundo. Todos vieron que su forma de derrotarme fue una forma cobarde, así que le tocaría pisar calle antes de tener mi misma proyección. Gracias a eso, pude encontrarlo rápido. Precisé también a todos los que estaban en mi banda y a otros que en mi ausencia se habían declarado malandros. Entre todos sumaban unos diez cabecillas, con grupos definidos. Y con base en eso, planifiqué todo.

Pienso que fue una sorpresa para mi hermano llegar a su rancho y no encontrar a su mujer y sus hijos. Creo que tal vez pensó que se habían ido, que al fin su mujer cumplió la amenaza que durante tanto tiempo le dijo. Efectivamente se había ido, pero no como él creía. Al otro día, cuando salió a la calle, lo primero que encontró en su puerta fue un tobo con las cabezas



de sus hijos y más abajo el tronco desnudo de su mujer sin brazos ni piernas. La sorpresa fue tal, que lo hizo retroceder y huir hasta el interior de su rancho. Pero adentro lo esperaba el rostro de la muerte. En ese momento supo lo que era el verdadero poder. Lo maté como a un puerco: lo colgué de la viga del techo, le di una puñalada y dejé que se desangrara. Dijo mil cosas que no llegué a entender, pues para mí, él como todos en aquella ciudad, hablaban un idioma enteramente distinto al mío. Su cuerpo lo piqué en varios pedazos y le mandé una parte a cada uno de los líderes que habían aparecido en mi ausencia. Su cabeza la coloqué en el mismo lugar donde había colocado la de mi papá y con su sangre volví a dejar un mensaje: muerte al traidor.

Todos supieron que había vuelto al barrio. Les di un día a los líderes para que se fueran. Casi todos lo hicieron. Los que no se fueron, se acercaron pidiendo perdón. Los maté. Yo no perdono. Y en eso tengo una gran ventaja sobre Dios. Todos en el barrio estaban consternados, pues de cierta manera había hecho lo que la ley en cincuenta años no pudo: acabé con los malandros. Era una idea inocente, pues en un barrio como aquel, lleno de madres solteras y niños con altas aspiraciones y pocas oportunidades, tenía la plataforma ideal para volver a armar mi séquito religioso. Así que mi banda desde ese momento fue como una guardería. Y así me pareció bien. Esos chamos eran más ágiles, aprendían todo más rápido, aguantaban más cosas, eran mucho más impulsivos y lo más importante, ciegamente podían dar su vida por mí.

Me sentía como Jesucristo: sentía que había resucitado y que ahora, luego de la muerte, habiendo resurgido de una forma

de muerte, era mucho más fuerte e inmortal que antes. Todos en el barrio percibieron esa sensación mía. Y todos empezaron a temerme más, pues me volví más impulsivo e ilimitado, actuando como si tuviera la potestad de juzgar y castigar a cualquiera por cualquier cosa. Ahí asumí el rol de Dios que el mismo Dios me había dado. Así que el temor aumentó y el mito se volvió más grande que antes. Luego aprendí que los mitos son eternos, pero no las personas. La soledad del encierro y el fuego bautismal de la vida, así me lo demostrarían.

## XI.

La muerte de esa señora significó la última ruptura que tuve en mi vida de malandro. Estaba empezando a distinguir que estaba bien matar a algunas personas, pero a otras no. Sin embargo, la necesidad apuraba. Y dentro de esa balanza en las que pesaba a quien estaba bien matar o a quien estaba mal, también adquiría peso el hecho de pensar que mi vida estaba en riesgo. Mi vida valía más que la vida de cualquier otro, así estuviera mal que murieran por mi mano. Además, la dinámica de la vida es que unos mueren y otros viven, pues la muerte es algo natural, aunque no sea natural la causa que la produce. Digo pues, que la muerte de esa señora cambió mi vida. Resultó ser la mamá de un malandro malo de una zona roja de la ciudad. Advertido de esto, tuve que esconderme por un tiempo. Hasta ahí duró la fidelidad y el aprecio de Leo, quien en razón de una alianza con el hijo de la difunta y para proteger su zona y negocios, me vendió.



A pesar de que había salido de la ciudad, Leo fue exacto en las referencias que dio para que me ubicaran. Y el ataque no se hizo esperar. Percibí algo extraño esa noche. Había mucha neblina y un frío terrible. Me había acostado temprano y veía televisión cuando escuché el rugido del motor de una moto pasando frente a la posada en la que me quedaba. Eso era inusual a esa hora y en ese pueblo. Cuando tocaron la puerta me preocupé. Rápidamente tomé el revólver que ocultaba bajo el colchón y me paré con la espalda en la pared, al lado de la puerta. Estaba muy nervioso. Sudaba y respiraba intranquilo. Y ese modo de respirar rápido y ahogado, fue lo que me delató. Sentí como el tiempo se detenía, hasta el punto que pude distinguir claramente el crujir del gatillo cuando se presionaba y el golpe de éste a la bala, mucho antes de escuchar la detonación. Ésta, me volvió a mí, a la realidad de aquel instante, empujando al tiempo a volver a ser como ordinariamente era. Tres, cuatro o cinco disparos más siguieron al primero. Un profundo dolor en el pecho me aquejó en ese momento, una presión simbólica que me hizo sentir un hondo ardor en mis entrañas, como si todo el mundo se redujera a mi pecho y quisiera explotar en ese momento. Estaban disparando a través de la pared y me habían herido. Vi como la sangre teñía lentamente la franela azul que siempre me colocaba para dormir. Luego, vino un golpe a la puerta, varios disparos más y perdí el conocimiento.

Fue un milagro que sobreviviera a aquel ataque. Me dieron en total seis disparos. Algunos en el hospital bromeaban diciendo que no pudieron acertar más disparos por lo delgado que era. Y tal vez estaban en lo cierto. Aunque un segundo atentando perpetrado por mis acreedores en el mismo hospital, hizo que entendiera que tal vez mi función o razón para vivir era otra

más que la vida que hasta ese momento había llevado. Tenía poco más de una semana en el hospital, cuando fueron por mí. No sé si fueron en conjunto los hombres a los que le debía dinero o los de la banda del hijo de la difunta, solo sé que en la situación de desprotección que estaba en ese momento, fue más que un milagro que me salvara. Fueron tan descarados que lo hicieron a la hora de la visita. Como siempre, estúpida-mente, esperaba que alguno de los muchachos de la zona fuera a visitarme, pero eso no ocurrió. Veía que a los otros pacientes, la familia les llevaba comida, ropa, entre otras cosas, y pasaban un rato amigable. Yo me sentía aislado en el mundo, muy solo, pues no tenía mamá, papá, hermanos, ni mucho menos amigos.

Las noches y los días eran largos y aburridos en el hospital. Llegué a vender mi cuerpo por marihuana. El jibaro tenía gustos sexuales algo extraños, así que penetrarme o que le hiciera sexo oral, una o dos veces al día, era suficiente para que me diera un taco de marihuana. Aunque a veces se negaba, y por más que le rogaba no accedía. Esas veces eran días aún más largos, más cuando sentía el olor del humo transpirado por uno que otro de los que también fumaba en aquel lugar, o escuchaba los escandalosos gemidos de las mujeres que tenían sexo con sus parejas ahí mismo, a la luz del día y a vista de todos. Parecía que había solo malandros en aquella habitación. Cuando no fumaba me desesperaba, me picaba todo el cuerpo, tenía una ansiedad terrible y no podía dormir. Todo eso acabó cuando me intentaron matar por segunda vez.

Un pastor que visitaba constantemente el hospital, desde el día que llegué empezó a hablarme de Dios y me prestaba una



Biblia para que pasara el rato. Leer nunca fue mi pasión, pero la forma de hablar de aquel pastor era tan cálida, tan amigable y reconfortante, que poco a poco me fui acercando a la idea de leer lo que me prestaba y de escucharle sus largos sermones. Además, era la única persona con la que hablaba. Cuando los muchachos fueron a matarme, mi idea de la vida y de la muerte estaba empezando a tomar forma, así que con resignación afronté el momento. Me dieron cuatro disparos más. Ninguno tocó algún órgano vital. Las autoridades del hospital se dieron cuenta que mi presencia ahí era un riesgo para los demás pacientes, así que decidieron trasladarme a otro hospital. Cuando me recuperé, fui trasladado a una cárcel para menores. Apenas tenía quince años.

En dos o tres años, tal vez más o tal vez menos, viví tantas cosas que hoy día me parece que he vivido dos vidas en una sola. Muerte, drogas, sexo, dinero, balas, armas y disparos: todos los elementos que constituyeron un pasado en mi vida, elementos efímeros que me construyeron una idea de lo que era con base en lo que no había tenido o siempre deseé tener. Pero la Biblia me transformó. Dios se hizo mi pastor y mi guía. Me volví religioso cuando estuve en la cárcel para menores. Y al salir de ahí, a los dieciocho, me volví colaborador en una iglesia. A partir de esa edad le dediqué la vida al padre. Legalmente no pagué nada de lo que hice, aunque espiritualmente Dios me salvó de la muerte en dos ocasiones por una razón: para hacerme su siervo. Y en eso me convertí.

Sé que hice mucho daño, y no hay día o noche en la que no pida en oraciones por cada una de las personas que lastimé en mi anterior vida. A veces, cuando duermo, el eco de disparos

en mi mente me despierta abruptamente. Nervioso, pido a Dios por mí y por todos aquellos muchachos que en ese momento cargan un arma en la mano y andan en la vida de la muerte. Puede sonar hipócrita, puede sonar falso, pero en el fondo sé que Dios me ha perdonado todo, porque el remordimiento ha cesado a lo largo de los años. Pido perdón por todo, aunque solo yo gano con eso, pues el camino a la salvación es el perdón, aun cuando nada cambie con eso, pues los muertos siguen muertos. Sin embargo, la salvación en vida fue para mí y no para otros y, en definitiva, eso me hacía ser otro hombre, a pesar de seguir siendo la misma persona. ¡Gracias a Dios!



## TERCERA PARTE

# El sentido de la justicia

*La verdadera justicia no se traduce en la igualdad de los hombres ante la ley, sino en la igualdad de éstos ante la vida.*

### I.

El pinchazo de una inyección me despertó. Tuve un sueño que fue recurrente durante mucho tiempo. Veía mil veces la situación, la misma situación, pero con una consecuencia poco plausible, al menos para mi lógica. Estaba preso por defender mis bienes, a mi padre, por defender mi hogar. Estaba preso por disparar para evitar que le quitaran a mi padre lo que le costó una vida de trabajo. Un nuevo pinchazo me concentró en el ambiente. Lamentablemente no había muerto. Miré a mi alrededor. Estaba en una sala grande, con varias camas, una frente a otra. Era de día. No sabía si el mismo día en que me golpearon los verdes o si había dormido y despertado en otro día, fuera de prisión, pero no. Una enfermera fue quien me pinchaba con una aguja. Lo hizo tres o cuatro veces. Luego, tomó una jeringa y me inyectó un líquido turbio. Cuando terminó el procedimiento se marchó. No tuve fuerza para hablarle. Más aun teniendo en cuenta que cada vez que le hablaba a alguien en los días que llevaba en prisión, fui golpeado hasta casi morir.

Supuse que estaba en una especie de enfermería. Era un lugar menos sucio que el edificio que había visto anteriormente. Había ocho camas, cuatro en cada lado. Yo ocupaba la primera de una hilera. A mi derecha había un hombre. Estaba dormido, o al menos eso parecía. Era un hombre mayor, moreno, de cabello crespo desordenado. Mientras lo detallaba volteó y me miró directamente.

—Los verdes te quieren joder –me dijo. En ese momento no entendí—. Tienes que tener cuidado, acá nadie es amigo de nadie y esos verdes son unos perros traidores.

Asentí con la cabeza mientras el hombre daba vuelta en su cama y me daba la espalda. A los minutos llevaron a un hombre muy golpeado. Iba cargado por otros hombres y custodiado por tres verdes. Lo dejaron en una de las camas, la que estaba frente a la mía. El hombre estaba inconsciente. Cuando los verdes salieron, uno de ellos me miró y preguntó: *¿Y este mal partido está vivo?* Ninguno respondió. Todos salieron. Traté de mirar al hombre que recién habían traído y noté que a su lado estaba otro hombre, creí distinguir que era el que habían violado el día que ingresé en aquel lugar.

—Y es en serio que te quieren joder –me dijo el hombre que estaba a mi derecha—. Debes andar con mucho cuidado. ¿Tú qué? ¿Eras malandro en la calle?

—Ay señor –le dije, a riesgo de ganarme una nueva paliza–, ¿usted me ve cara de malandro?

—¡El malandro no tiene cara, pendejo! Hasta una miss puede ser malandra. Mira los políticos tan bien vestidos y son más



malandros. El malandro no es pinta, el malandro es conducta. Porque son tan malandros los policías, los verdes, los azules. Acá todo mundo debe ser malandro, por lo menos no dejarse malandrear. Aunque con lo güevón que te ves no creo que seas malandro un coño. ¿Por qué estás acá?

—Creo que maté a un tipo que iba a matar a mi papá —le dije.

—¡Verga! ¿Y por qué esos verdes te tienen tanta arrechera? —me preguntó.

Le comenté lo que había sucedido al momento de ingresar.

—Bueno, cuidate la espalda, porque aquí ni la sombra es tu amigo. Quien menos puede te coge, te jode y te corta. Aprende algo, acá nunca digas todo, por eso sé que no eres malandro. Tú nunca sabes nada. Acá no tenemos nada, solo lo que sabemos y el saber es poder, por lo menos sobre ti mismo. Hazte el güevón siempre, nunca digas todo lo que sabes.

Aquel hombre empezó a orientarme cautelosamente sobre cómo vivir en aquel lugar. Su nombre era Raúl. Sus palabras de consejo, aunque palabras de ayuda, estaban cargadas más bien de un sesgo violento que de solidaridad para conmigo. Sus consejos eran simples, cortos, sin profundizar en los mismos, solo matizando una actitud que debía asumir, un rol a interpretar. Cuando me decía algo, y yo preguntaba intentando que profundizará, se limitaba a responder: *Bueno tú ves, tú ves*. Más allá de los consejos, tuvimos una charla amena sobre la prisión. La conversación fue interrumpida por un hombre que entró a la sala. Uno a uno, empezó a examinar a los que allí estaban, iniciando por el hombre que habían violado cuando

ingresé al edificio del pabellón. *¿Es el médico?* Le pregunté a Raúl. *Éste soltó una carcajada. Acá el médico lo único que hace es cobrar,* me dijo. *Él es uno de los Barones.* Aquel hombre, de aspecto simple, sencillo, vestido con ropa vieja, pero pulcro en su andar y en el mismo vestir, daba una imagen de sensatez y, por lo que pude ver luego, de valentía tan extrema que infundía un profundo respeto en toda la población de la prisión, inclusive en los líderes más extremos y violentos. Sin ser médicos, ni mucho tener conocimientos de medicina, los Barones se ocupaban de los enfermos, de los heridos y de los pesares en el alma de los hombres que vivían en aquel lugar. Se metían en las riñas arriesgando su propia vida para rescatar a los heridos y ayudar a curarlos. Según supe, por lo menos en aquella prisión, había varios Barones en los diferentes pabellones, quienes ayudaban a los heridos aún en conflictos entre pabellones, sin que esto le diera una connotación negativa para los integrantes de los pabellones rivales. Es decir, el Barón era respetado en cualquier parte de la prisión y por cualquiera que allí estuviera.

Francisco se llamaba aquel Barón. Según me comentó Raúl, en presencia de Francisco cuando me examinó, se había hecho Pastor en aquel lugar y en cierta manera era el líder de todos los demás Barones que estaban internos en aquella prisión. Había por lo menos tres, quienes a su vez tenían seguidores y en conjunto formaban grupos de oración y transmisión de la palabra de Dios, como el mismo Francisco me comentó. Con mucha paciencia, me mostró la sutura en mi pierna:

—Menos mal estabas dormido cuando te cosí —me dijo—, porque ese dolor es tan fuerte, más la primera vez, que la gente grita de dolor.



—Y si gritas acá, te chigüirean luego allá —dijo Raúl.

Francisco me dio unos sorbos de agua y limpió mi cara con un paño viejo y sucio. Me explicó que no había muchos insumos en aquel lugar y que para ayudar a las personas heridas, a veces había que improvisar. A través del tiempo, me comentó, aprendió que hay muchos heridos a los que no vale la pena ayudar, no por la persona, sino que era una pérdida de tiempo y esfuerzo cuando las heridas eran muy fuertes, por lo que era mejor dedicarse a aquellos que podían ser salvados, todavía más teniendo en cuenta los escasos recursos de aquel lugar. Me comentó que una vez tuvo que suturar con un cordón de zapatos y una aguja de coser suelas a un líder muy querido para él. Por más increíble que aquello fue, a los meses pude presenciarlo con mis propios ojos durante una pelea. Aprovechando la oportunidad le pregunté por el hombre que habían violado. *Es un milagro del Señor que esté vivo*, respondió. *Aunque la enfermera que lo vio a medio día dijo que le habían dañado el intestino.*

—¿Lo conoces? ¿Es tu causa? —me preguntó Raúl.

—No, solo curiosidad —respondí.

—Pila con esa curiosidad, cualquiera te jode pensando que te lo quieres cogé.

Sin duda alguna la dinámica de aquel lugar era desconcertante. Todos querían violar a todos. Si te dejabas violar eras débil, pero también si mostrabas intención de violar a otro; de tal forma, fui entendiendo que la violación en aquel lugar adquiría un significado paradójico: quien violaba lo hacía no con la intención de tener acceso carnal o sexual con otro hombre, sino

más bien con la intención de someterlo hasta un punto en el que el acceso carnal no era una forma de satisfacción sexual, sino una muestra externa de dominación sobre el otro, en donde el acceso a la intimidad del otro era la forma más extrema de humillación y muestra del dominio absoluto sobre éste. Por ello, el violador que consumaba su acto no era percibido como débil, pero aquel que no lo lograba sí, pues todo objetivo vulnerable y sensible de ser atacado o violado era en esencia un objetivo o individuo débil, por lo tanto, si no podía someter a un individuo con esas características, pues simplemente era un débil más. Sin embargo, no solo con este aspecto había paradojas en aquel lugar, sino también con la conducta, que era en esencia el punto básico para la sustentación de la sobrevivencia en pro de la libertad de cada uno. La conducta debía ser simple, sencilla, superficial: no debía preguntarse ni saber más de lo necesario.

Antes que Francisco se fuera, le pregunté si tenía algo de comer. Era el segundo día que pasaba sin probar alimento. *Hay*, dijo, *pero para ti no*. Su respuesta me desconcertó. Pero el desconcierto fue interrumpido por un verde que al parecer nos escuchaba desde la puerta de entrada. *¿Ah, conque el mal parido quiere comer?* Me preguntó mirándome con los ojos desorbitados, llenos de rabia. *Ya te voy a dar tu comida*, dijo mientras se desabrochaba el pantalón. El verde se puso de cuclillas y defecó en el piso, justo en el centro de la entrada a la enfermería, exactamente frente a mi cama. Sacó trozos de papel higiénico de su bolsillo y se limpió, dejando el papel sucio también en el suelo. *¡Ahí tienes tu comida!* Me gritó. Al principio creí que bromeaba, o al menos que aquello era una especie de amenaza mal sana



para amenazarme. Pero no, a partir de ese momento entendí que ni los verdes ni los presos en aquel lugar bromeaban.

Al ver que no me movía, el verde se dirigió a mi cama y me tomó con violencia, tumbándome de la cama y arrastrándome por el piso hasta donde había defecado. *¡Come pues!*, me gritaba. En ese momento, toda la irrealidad se conjugó en mis ojos, creando en mi mente un mundo subterráneo en el que debía luchar con ángeles y demonios para asegurar mi existencia en una tierra profana y baldía. Al notar que no reaccionaba, el verde me pateó en el estómago, me tomó por los cabellos y hundió mi cara en las heces, restregándola contra el suelo. Halándome por el cabello, me levantó y me gritó mientras me apuntaba con su fusil en la cabeza: *¡Abre la boca sapo!* Y sin titubear, volvió a limpiar las heces en el suelo con mi cara. Francisco perdió la paciencia y de frente al verde le dijo que ya era suficiente. El verde lo miró con desprecio, como se mira la hiel del pollo, como se desprecia todo aquello que está más allá de lo moralmente aceptable, como se mira con odio, con ganas de matar y con el resentimiento por no poder hacerlo. El verde repitió la operación con mi cara una vez más y golpeándome fuertemente contra el suelo, me dijo: *La tenemos pendiente.* Y dirigiéndose a Francisco le dijo: *Y tú me la debes maricón rezón. No creas que Dios es bueno con la mierda como ustedes.*

El último golpe del verde me partió la ceja. La sangre combinada con las heces, me regaló un aroma inexplicable y, por demás, no entendido hasta ese momento de mi vida. Efectivamente el verde logró su cometido: había comido mierda por primera vez en mi vida. Francisco, con toda la paciencia de un santo, me ayudó a incorporarme y antes de subir a la cama, buscó agua

y me limpió la cara. Luego, sin anestesia, suturó la herida de la ceja. Aquel fue el dolor de la sanación, así como la guerra significa luego paz y la pena es una muestra de la libertad que tenemos. Cada puntada de sutura me recordaba el precio de una libertad que tuve y excedí, aunque tal exceso estaba medido en una escala diferente a la mía. Cuando Francisco terminó, se fue. Y yo quedé en la cama, aún un poco alterado por todo lo que había pasado. Sin embargo, a pesar de todo aquello, la tranquilidad que aquel lugar me proporcionaba, compensaba la falta de alimentos. De las cuatro personas que estábamos allí, solo una estaba en capacidad física, eso parecía, de hacerme daño: era Raúl. Los otros dos hombres estaban muy heridos. El hombre violado, apenas respiraba, el que llevaron ese día los verdes se quejaba constantemente, pero no se le veía muchas fuerzas.

Pasado un rato del incidente, dos hombres que llevaban una cacerola vieja y muy quemada entraron. Raúl sacó un plato que tenía bajo su almohada y uno de los hombres le sirvió dos cucharadas de lo que parecía un extraño guisado. El otro hombre tomó de la bolsa que llevaba colgada en su hombro un trozo de pan y se lo dio a Raúl. Los dos hombres fueron hasta las otras dos camas y al no encontrar reacción ni platos en los que allí estaban, se limitaron a servir las cucharadas de comida en el piso. Cuando iban saliendo, uno de ellos me miró y me dijo: *Si tocas esa comida te mato*. Aunque el aroma de aquel guisado, que tal vez podía estar hecho de heces, abrazó el aire de la sala y en otra circunstancia hubiera avivado mi hambre, no fue así. La tranquilidad y el sosiego de estar en una cómoda cama, valía la ansiedad.



## II.

Cuando se hizo de noche, un intenso ardor en el estómago me despertó. Era un dolor muy fuerte como si tuviera fuego dentro. Asocié aquel dolor con el hambre, aunque también me apuraban ganas de ir al baño. Un poco inquieto, me revolví entre la cama buscando sacudir de mí el dolor. *¡Quédate quieto!*, me dijo Raúl con una frase fuerte, sigilosa y seca. Me congelé en la cama cuando vi que a la sala entraron tres siluetas. Una se quedó en la entrada y los otros dos se pararon uno en cada lado de la cama del hombre que habían llevado los verdes. Empezaron a golpearlo. El hombre intentó gritar pero su grito se redujo a un gemido que gradualmente se fue apagando terminando en un suspiro. Luego, empezaron a investigar cada cama, susurrando sobre cada uno de los que estaban allí. *Este el maricón que el Egipcio se pegó. Ese no dice nada*, dijo uno de ellos. *Acá está el viejo Raúl. Ese es un caballero*, dijo otro. *Aquí está el otro nuevo. Este no dura mucho*. Dijo otro sobre mí. Y se fueron.

—Lo que se nos viene es candela —me dijo Raúl—. Más para ti. Aprovecha y cómete la comida de esos dos muertos.

Sin dudarle me levanté de la cama. Apoyado en una ligera luz de luna, en aquel ambiente lleno de siluetas negras inmóviles, tanteé el suelo de la cama que estaba frente a la mía y encontré parte del guisado. Imagino se había regado con las pisadas de los hombres que acababan de salir. Rápidamente tomé lo que encontraba y me lo llevaba a la boca. El sabor de aquello era difícil de distinguir. En una mordida sentí un ligero movimiento en mi boca, me había metido algo vivo. Lo escupí y en el suelo, vi una cucaracha huir debajo de la cama y pasar por entre los

matices oscuros y claros de aquella noche. Lo poco que había tragado, lo devolví al suelo en un vómito con el que sentí que salía de mi cuerpo lo poco bueno que quedaba. Más débil y mareado que antes me incorporé. Estaba al lado de la cama del hombre que habían golpeado. En ese momento comprendí que no fueron golpes, sino puñaladas lo que le habían dado y que su último gemido no fue más que un suspiro con el que en el idioma de los ángeles aquel hombre se despedía del mundo y se abría paso entre las más crudas llamas del infierno. ¿Habría felicidad alguna en morir? Tal vez en aquel lugar, morir era como resucitar, llegar a un descanso sin fin en el que el cielo o el infierno no podían ser peor que vivir de aquella manera.

Cuando empecé a caminar hacia mi cama, resbalé con algo y caí de espalda al suelo. Éste estaba frío y lleno de un líquido grueso y pegajoso: era sangre. Después de resbalar varias veces, pude incorporarme y llegar con éxito a mi cama. *Verga, le hubieras dado un beso*, me dijo Raúl. Le dije que había mordido una cucaracha y que aquel hombre estaba muerto. Raúl me comentó que eso lo sabía y no solo porque también vio las siluetas de los hombres que llegaron, sino desde antes que el hombre muerto llegara a aquel lugar. Enseguida se cubrió el rostro, como lo hacían los hombres que dormían en el suelo en el edificio del pabellón, y se durmió, o al menos era lo que aparentaba. Aún con la tranquilidad en aquella sala, la lógica de aquel lugar me intimidaba. Morir era sencillo, era simplemente parte de vivir. No como los filósofos y poetas aluden, para quienes morir es parte de vivir o para quienes lo único que se necesita para morir es vivir. Todos sabemos que vamos a morir, pero pocos tienen la certeza que la muerte puede venir al minuto o segundo siguiente que está viviendo. En la medida que fui



conociendo más la dinámica de aquel lugar y de aquellas personas, me di cuenta que no es la muerte la que tiene diferentes significados para ellos, sino que es la vida la que toma otro sentido. Tienen muchas ganas de vivir, y por ello fácilmente pueden morir. La vida pasaba a ser cada segundo, el cual se vivía intensamente a pesar de la rutina, del espacio y del significado ambiguo del tiempo, se gozaba cada respiro y quien llegaba vivo a la libertad, no volvía a ser como antes, pues si bien la experiencia te permitía entender y saborear los pequeños matices que son ordinarios y rutinarios para todos (como dormir), la misma experiencia te limitaba el disfrutar completamente esos mismos matices. Algo sencillamente paradójico.

En cierta forma, la prisión era un cementerio de hombres vivos, pues si bien la vida adquiría un significado distinto, la muerte también se expandía a otro contexto, pues vivir y morir no solo era funcionar físicamente o no, vivir era algo más que estar allí: era estar sin ser, sin existir, solo cuando fuera necesario. Morir, en cambio, era vivir en esta idea, donde la rutina y el ambiente eran más perjudiciales que las otras personas: la ley era no dejarse morir ni física ni mentalmente. Y esto era ley y se debía cumplir individualmente al precio que fuera.

Una extraña sensación me invadió cuando Raúl empezó a suspirar fuertemente, como si roncara. Nunca había tenido un contacto tan directo y constante con la muerte. Me di cuenta que en ese instante estaba durmiendo en una sala con una persona muerta a menos de dos metros de mi cama, con otra que no tenía muchas esperanzas de vivir, un poco más lejos; y como a un metro de un hombre, que quizá, si su voluntad lo impulsaba, podría asesinarme en cualquier momento. No

sé por qué recordé a mi padre en ese instante. No sabía qué había sido de él. ¿Sobreviviría? Trataba de recordar en qué lugar de su cuerpo estaba herido, pero desde ese momento hasta ese ahora, habían pasado tantas cosas, que el recuerdo de mi padre en el piso afuera de su casa, era algo tan lejano y difuso que lo asumí como si hubiera sucedido mucho, mucho tiempo atrás. Sentía como en mi mente empezaba una profunda metamorfosis, con base en la cual debía ajustar mis instintos si quería vivir, pues sabía que libre tendría que salir pronto. Tenía que pensar igual que el lugar o dejar que el lugar pensará por mí, empezando a estimar que la idea no era pensar, sino actuar. Y desde aquel momento me prometí no razonar tanto para salir vivo, así debía actuar, empezando a perderle miedo a la muerte, pues en realidad a lo que hay que temerle es a vivir, pues por lo poco que había visto hasta ese momento, morir es un momento sublime en el que la vida termina y para llegar ahí, el sufrimiento en vida, a veces, suele ser muy intenso y constante. Desde ese momento ya no me importaba morir. Y así debía asumirlo.

Con esta idea me dormí. Desperté con los primeros rayos del sol. A lo lejos, el grito usual repetido varias veces: *¡Agua verde en el pabellón!* Volteé hasta la cama de Raúl y éste ya no estaba. Los verdes no tardaron en entrar a la sala. Primero entraron dos, uno de ellos fue directamente hasta la cama que estaba al frente de la mía. Verificó el pulso del hombre, miró al otro verde que estaba en la puerta y afirmó ligeramente con la cabeza. El de la puerta salió, mientras el otro examinó el cuerpo del hombre muerto. Sacó la funda de la almohada que había en la cama y con la parte que no estaba manchada con sangre, le limpió la cara. Tres verdes más entraron y el que estaba en la sala les



confirmó la muerte. *Bueno*, dijo uno de los verdes que acababa de entrar, *un muerto más y una mierda menos en la calle*, sentenció mientras me miraba. Uno de los verdes se acercó a mi cama y me preguntó: *¿Qué pasó?* No contesté. La misma pregunta, variando siempre en insulto e improperios fue hecha. Y siempre di la misma respuesta: silencio. Entre los verdes se miraron hasta que uno de ellos dijo: *Llévenlo y denle lo suyo, acá el que calla otorga*. Dos verdes me tomaron por los brazos y me sacaron arrastrando de la sala. Afuera, otro verde esperaba con una bolsa negra en la mano. Con ella envolvió mi cabeza. Desde ese instante, hasta la nueva paliza, sentí que pasó un tiempo muy corto, pero eterno. Todo parecía haber estado calculado: aquellos hombres no habían mediado palabras y asumieron mi culpabilidad de manera inmediata. Esa idea, sumada a la advertencia de Raúl, fue para mí la premonición de mi muerte. Así lo asumí. Mientras me arrastraban sin saber a dónde, era golpeado, pateado e insultado. Cuando se detuvieron, sin descubrirme la cara me arrojaron a un tanque de agua y me mantuvieron sumergido durante largo tiempo. No sabía por qué no moría, sentí que la cabeza me iba a estallar. Los verdes me sacaron cuando estaba a punto de perder el conocimiento y me volvieron a sumergir antes que pudiera recuperar el aire por completo. Aquella operación la repitieron muchas veces. Cesó cuando los verdes se agotaron. *¡Lleven a ese maricón al tigrilo!* Dijo alguien, *y dejen que se muera de hambre*. Sin descubrirme la cara los verdes me volvieron a arrastrar. Aquellas bocanadas de aire eran las más puras e intensas que había tenido en mi vida. Nunca el respirar fue algo tan voluntario, sublime y lleno de vida como en aquel momento.

Cuando los verdes me descubrieron el rostro, estábamos en un edificio oscuro y muy caluroso, con un terrible olor a orina, heces y sangre. Parados frente a un umbral, solo podía ver un abismo oscuro frente a mí, en dónde lo único que podía identificar era el terrible olor a mierda que salía de su interior. Con un fuerte empujón los verdes me hicieron volar hasta el interior, en donde golpeé con mi cara la pared y caí al suelo. *Ahí te dejamos un regalito*, dijo uno de los verdes. Otro tomó la puerta e intentó cerrarla, pero mis piernas se lo impedían, muy a pesar que mi cabeza estaba al ras con la pared de aquella celda. El verde forzó la puerta golpeándome fuertemente en los pies y piernas, logrando cerrar con éxito la puerta cuando doblé las piernas. No cabía acostado a lo largo en aquella celda, para entrar tenía que doblar mis piernas casi al nivel de mi abdomen. Y a lo ancho, era apenas un poco más gruesa que mi cuerpo. Estaba desorientado. La celda era tan oscura que no podía ni siquiera distinguir ni ver mi cuerpo. Sabía que había paredes porque las podía tocar. Del resto, solo el aroma me llamaba la atención y era obvio lo que pasaba: alguien recientemente había hecho sus necesidades en aquella celda y yo caí sobre eso. En otras palabras, estaba lleno de mierda hasta el cabello. A pesar del calor, de la oscuridad, para mí aquel momento fue como un terrible sueño, como un poco de vida muy próximo a la muerte. Durante todo ese tiempo, no pasó nada. Estaba tan débil que casi no me movía y durante mucho tiempo estuve inmóvil sumergido en la profunda oscuridad. No sabría decir si estaba vivo o muerto, pues nada me daba muestra de uno o lo otro. Si aquello era vivir, simplemente lo único que tenía para probarlo eran mis pensamientos, y si estaba muerto, Dios era un cínico al darnos raciocinio y sensaciones aún después de la



vida, pues siempre he concebido a la muerte como un sueño sin esperanza y un motivo de descanso de tanta vida.

No sé cuanto tiempo pasé en aquel lugar. Por lo débil que estaba constantemente me desmallaba o me dormía, despertaba sin saber que estaba despierto, pues la misma debilidad, el ambiente y la oscuridad me proporcionaron una forma de estar medio consciente en la que me sentía soñando una realidad que era aquella, sintiendo que despertaría en un sueño, que no era aquel lugar.

### III.

Recobré la razón en un lugar un poco más abierto, acostado sobre una sábana que estaba en el suelo. Tenía una vía con suero pegado a mi brazo. Me tomó algo de tiempo recobrar la noción de la realidad. A mi mente llegaban recuerdos e imágenes difusas, confusas y que atropelladamente me daban una noción algo general, pero caótica, de la realidad a la que aún no me había acostumbrado. Creí despertar en un sueño. Creí que despertando, todavía seguía durmiendo. Sin embargo, a veces hasta los sueños más dulces tienen una abrupta interrupción o golpe de realidad, en los que la conciencia asume que la vida puede que sea un sueño, pero al fin de cuentas, ya hecho realidad. Porque en realidad, el mejor sueño es el que nunca se cumple. Y aunque creía que soñaba o despertaba de un sueño, la realidad se estaba aglomerando en mis sentidos, apareciendo los viejos dolores, los eternos temores y la desconfianza que era parte innata de aquel ambiente. Por ello, tardé en notar que estaba en una celda. No era la celda en la que los

verdes me habían encerrado. La claridad y el olor demostraban eso. Además, estaba limpio, en short y sin franela o camisa. La pierna no estaba inflamada; aunque sí un poco la herida, que ya era una línea negra y un poco ancha en mi muslo.

Me sentía un poco más aliviado. Los dolores eran pequeños malestares y el hambre no era más que un vacío soportable en mi estómago. Cuando la botella de suero estaba por terminarse, un hombre entró en la celda, al verme despierto salió rápidamente. A los pocos minutos entró Raúl en la celda. Sin saludarme o expresarme otro tipo de palabras, se limitó a decirme: *Chamo, tú no te mueres tan fácil, ¿no?* No sabía qué quería decir. Se sentó a mi lado y me puso al tanto: estaba en el pabellón dos, él mandó a que me sacarían de donde me encerraron los verdes, la cual era una especie de celda de castigo. El hecho de no haber dicho nada, en particular no haber mencionado que él estuvo la noche que mataron al hombre en la sala de enfermería, fue un indicador que demostraba que yo era un hombre de confianza. Además me explicó otras cosas: ahí estaría más seguro que en el pabellón uno, en donde ya tenía enemigos, en especial, los hombres que me intentaron violar cuando ingresé y de éstos, particularmente, aquel al que le arranqué el dedo del pie de un mordisco. Las reglas en el pabellón dos eran simples y las aprendería en la medida que pasaran los días. Sin embargo, además de las reglas cotidianas que todos cumplen y observan, para mí en particular había otras: no podía usar los teléfonos que estaban a disposición de todos en el pabellón; para mí no había pista, en otras palabras, no podía salir del pabellón bajo ninguna circunstancia, salvo una excepción: muerto. Raúl había logrado negociar con los verdes para que me dejaran tranquilo, pero dicha tranquilidad



tenía el precio de mi inocuización a las barreras y límites que en aquel pabellón existía. Me explicó que debía elegir lo que sería en aquel lugar: si paisa o mundano; o malandro. El primero, era una persona más del montón, que según Raúl no se metía con nadie ni nadie se metía con él. Los paisas eran personas comunes, no habituados a la vida delictiva o al malandreo para vivir. Dentro de la prisión los paisas podían andar tranquilos y más en ese pabellón, aunque para ellos las normas aplicaban igual que para todos, eran quienes menos las incumplían. Sin embargo, al hablar de normas, cosa que no mencionó Raúl, estaba el hecho que, al igual que todos allí, los paisas debían defenderse ante los intentos de sometimiento de otro paisa o de un malandro, usualmente eran estos últimos quienes con más frecuencia atacaban a los paisas, pero la regla era simple: malandro no atacaba paisa y si lo hacía el líder ordenaba que ese malandro luchara contra otro malandro, pues el paisa estaba en desventaja. Igualmente si un paisa se pasaba de listo y quería malandrear a los demás paisas, el líder ordenaba la lucha con otro malandro a ver que tan malo era.

De acuerdo con Raúl, esa forma de proceder del líder del pabellón lo hacía un líder positivo y por ello era tan querido entre todos. Los malandros, por su parte, eran individuos con un carácter delictivo natural. Toda su vida la habían vivido conectados con el mundo de la delincuencia y, por demás, eran personas con la preminencia de la violencia como una forma cotidiana de actuar, con base en la cual parecían relacionarse e integrarse en el mundo y círculo social en el que se desenvolvían. Los malandros en aquel lugar, decía Raúl, tenían que ser un poco paisas pues no podían andar todo el tiempo en el malandreo, porque por muy malo o malandro que fueran

debían ajustarse a las luces o normas del líder, pues si bien éste tenía rasgos de ejercer un liderazgo positivo, no le temblaba la mano para poner en su lugar a cualquiera que quiera parecer más malandro de lo que es. La diferencia entre los paisas y los malandros era simple: la experiencia. Los malandros sabían pelear, usar el cuchillo, disparar, hasta habían matado (algunos excesivamente); mientras que los paisas apenas si sabían disparar y, como en mi caso, si estaban allí por homicidio, éste era consecuencia más de una circunstancia ambiental que de un habito particular, como en el caso de los malandros.

Raúl no era el líder del pabellón, pero, según me dijo, sí alguien muy cercano a éste. Tenía amplio poder de actuación y decisión, por lo que pude ver en el transcurso de los siguientes días, pero siempre decía rendirle cuentas al Papa, refiriéndose así al líder. Siempre iba armado y escoltado por cinco o seis personas más, de quienes me hice seguidor frecuente durante algunos meses, sin llegar a pertenecer a ellos, es decir, sin ser uno de sus escoltas o perros, ni mucho menos ser protegido por éstos. La función que tenía Raúl para mí era simple: debía transportar droga entre los pabellones, pues según me dijo el líder de su pabellón era quien ingresaba la droga a la prisión y de allí se distribuía para los demás. Por ese motivo no tardarían en tomar el control de los demás pabellones, solo esperaban por una falta para tener un motivo legítimo y así poder atacarlos. Según me comentó, podía estar tranquilo, porque nadie me haría daño estando respaldado por él y su líder; y si alguien llegara a lastimarme era hombre muerto con toda seguridad. Aquellas palabras no me alentaron en aquel momento. A pesar de que escuché con atención todo el discurso de Raúl y la manera como definió desde aquel momento mi rol y función,



aún no entendía el por qué me quería desconectar del mundo de esa forma. Al final, cuando terminó de hablar y me preguntó si tenía alguna duda, le dije: *Solo una cosa: ¿Quieres decir que literalmente me voy a podrir en este lugar?* Raúl, que hasta ese momento me parecía una persona serena, reaccionó dándome una fuerte cachetada que me reventó el labio inferior. *De aquí solo saldrás muerto*, me dijo. *O en libertad*, le repliqué. Raúl sonrió con sarcasmo. Que idiota fui al no entender en aquel momento su expresión. *No abuses de mi paciencia*, me dijo tomándome de los hombros, *porque acá hoy vales y tal vez mañana no*. Terminó de hablar y volvió a recobrar la serenidad en su rostro. Me lanzó una media. *Límpiate la jeta y sal*, me dijo, *ya te toca llevar el primer encargo*.

Cuando salí de la celda varios hombres estaban afuera. Uno de ellos me miró de arriba abajo. *¿Viejo, éste es?* Le preguntó a Raúl. Éste asintió con la cabeza. El hombre me miró nuevamente, otro de los que estaba allí me agarró fuertemente y me apuntó con una pistola, presionándola contra mi piel. El cañón frío hizo que cada centímetro de mi cuerpo se estremeciera. El hombre tomó una bolsa gris, envuelta en cinta pegante y me la pegó al pecho. Luego me lanzó una camisa ordenándome ponérmela y me dijo: *Anda al pabellón uno, busca a Jairito y dale eso. Si llegas con la mercancía de nuevo o sin lo que te dé Jairito, mejor no vengas y busca tumba*. Al terminar de hablar, salió junto con Raúl y un grupo de hombres tras ellos. Uno de ellos se quedó y me dijo: *Te voy a mostrar el camino una sola vez. Por ahí te vienes de regreso y más vale que nadie más te vea*. El hombre me condujo a través de un largo pasillo, entramos a un baño común en donde había unas diez regaderas pegadas a las paredes de cada lado, así como unos huecos donde en algún momento

debieron estar ubicados los inodoros. No había nadie allí. Caminamos hasta el final del baño, hasta una de las esquinas donde utilizaban sábanas como paredes y había una letrina maltrecha y descolorida. El hombre levantó la letrina y dejó al descubierto un profundo hueco oscuro. De su bolsillo sacó una vela, la encendió y me la dio. *Métete ahí, me dijo. Llévate la vela y déjala prendida en el otro lado, para que alumbré cuando regreses. Tienes una hora para ir, hacer lo que te mandaron y venir. Si tardas más, te quedas en el hueco hasta mañana.* Miré el hueco y miré al hombre solo pensando en por qué demonios tenía que obedecerle, ni siquiera lo conocía, ni siquiera tenía algo que ver con aquel mundo y mucho menos con sus habitantes: todo simplemente era ajeno para mí. El hombre al ver mi indecisión sacó un arma de su pantalón y me la puso en la frente. *¿Vas o te quedas?* Me preguntó. Podía ver entre mis ojos como brillaban las balas en el tambor del revólver y sin más opción me introduje en el hueco. Era muy estrecho. Apenas tendría un metro de alto e igual medida de ancho, aunque estaba como a unos tres metros de profundidad. Tuve que desplazarme de rodillas, con la vela en la mano, sofocado por el calor y con la cera derretida de la vela quemándome la mano. Por más rápido que intentaba arrastrarme no lograba imprimir una velocidad consistente ni constante, por lo cual el trayecto se hizo muy largo. Cuando llegué al final del camino no vi ningún tipo de salida. Sobre mí, había una tierra áspera, seca y gris la cual arañé buscando salida. Apoyado en mis piernas, con mi espalda empecé a golpear la parte de la tierra donde presumía estaba la salida. Un hilo de luz tenue se asomó por una rendija muy estrecha y luego desapareció. Al instante, sobre mí se abrió la entrada de ese lado del túnel y estaba un hombre con un arma. Al verme se agachó y



estiró su brazo para ayudarme a salir. Tomé su mano y salí impulsado de aquel lugar. Estaba muy sudado y casi ahogado por la ausencia de aire. El hombre me miró de arriba abajo, de un empujón me sacó de aquel lugar, que era una especie de celda. Salí a un pasillo. Me pareció que era el nocturno y gris pasillo de mi primera noche en prisión.

Volteé y miré hacia la celda. El hombre ya no estaba. Caminé por el centro del pasillo buscando una salida. A mi alrededor varios hombres estaban en sus celdas, algunos cocinaban, otros hablaban, otros simplemente buscaban la manera de estar ocupados, de estar fuera de allí, de concentrarse en sí mismos hasta el punto de salir imaginariamente de un lugar en el que ya ni su cuerpo, ni su vida eran parte integrantes de su destino. Para nadie, y así casi siempre fue, existía yo. Llegué hasta la entrada o salida del pasillo, que en realidad era la entrada al edificio. Recordé aquel terrible momento de la primera noche. El hombre violado, el hombre tiroteado. ¿Qué sería de la vida de cada uno en ese momento si no le hubiera pasado nada de lo que les ocurrió? Tal vez, su vida sería la mía en ese instante y si a ellos no les hubiera ocurrido aquello era probable que me ocurriera a mí y, en lugar de andar jugando a la vida, estaría muerto. Pero, al fin de cuentas, ¿qué diferencia existía entre estar vivo o muerto en ese lugar? Empezaba a entender que ninguna, y el tiempo me daría la razón; porque sencillamente nadie era dueño de su vida allí y, en lugar de vivir, todos nos dedicábamos a morir. Mis reflexiones fueron breves, como casi todo en prisión. Al salir del edificio me encontré con el mundo ortodoxo del patio central. Hombres iban y venían, algunos ocupados tallaban la madera, otros jugaban fútbol o se ejercitaban, algunos hablaban, leían, entre otras tantas cosas. Con

la abierta hostilidad de todos, pensaba en cómo llegar y ubicar al tal Jairito. En una esquina del patio, cerca de unos edificios que luego identifiqué como los talleres, vi a un hombre solitario que leía. Fui hasta él. Al estar cerca sin saludarle ni mediar palabras, le pregunté directamente dónde ubicaba a Jairito. El hombre sin mirarme me preguntó: *¿De parte de quién?* Lo miré directamente y sin inmutarme le respondí: *De parte mía.* Con un movimiento rápido el hombre se levantó y me colocó un cuchillo en cuello. *¿Y quién coño eres tú?* Sin demostrarle nervios le dije: *Nadie, a mí me mandó Raúl.*

—Ajá, el Viejo Raúl te mandó —decía mientras me requisaba—. Tú eres el cogeburras, ¿verdad? —Me limité a mirarlo sin responder.

—Mira —le dije al rato—, si me vas a hacer algo, hazlo de una vez, pero luego arréglate con Raúl y Jairito.

—¿Y para qué quieres ver tú a Jairito?

—Eso no es peo tuyo, yo vine a ver a Jairito y es con él que hablo.

—Ah sí, ¿te la das de arrecho, maricón? —dijo empujándose y expandiendo sus brazos—. Cancha pues, vamos a matarnos es lo que es.

No había terminado de decir esto cuando me intentó cortar con el cuchillo lanzándome un fuerte golpe. El roce fue muy próximo a mi cuerpo, tanto que rasgó la franela y el paquete que llevaba pegado a mi pecho. De éste empezó a salir un hilo de polvo blanco. Al verlo, el hombre quedó instantáneamente congelado, su mirada era la de quien está conteniendo una cantidad de impulsos más grandes que su cuerpo. Coloqué la



mano intentando evitar que saliera más de aquel polvo. Le di la espalda al hombre que aún seguía helado sin saber qué hacer. Detrás, había varios individuos viendo lo que pasaba. De entre éstos salió un hombre pequeño, no muy mayor, acompañado de varios hombres más que parecían cuidarle la espalda. Cuando se me acercó, todos volvieron a sus actividades rutinarias, solo quedando en el patio ese hombre, sus acompañantes y yo. *¿Para qué buscas a Jairito?* Me preguntó. Le respondí que debía darle un recado que Raúl le mandó. El hombre me observó dando una vuelta alrededor de mí. Su tez era muy morena y entre las cicatrices de su rostro se veía que era mucho más joven de lo que parecía. Tal vez, la juventud no se pierde por cuestiones de tiempo, sino de experiencias y allí el tiempo y la experiencia, en especial el tiempo, tomaban significados muy particulares.

—¿Y qué recado tienes? —me preguntó.

—Si tú eres Jairito dime y te doy el recado, si no, busca a Jairito y que luego él te cuente.

—¡Ah, tú te la das de arrecho! —me dijo mientras sacaba una bella y cromada pistola de su pantalón y me la colocaba en el pecho—. Dame esa mierda o aquí te mueres.

Estimo que fue más por impulso que por movimiento razonado, pero sin saber cómo o de dónde, le di un fuerte golpe al hombre en la cara que le hizo soltar la pistola y dejarla caer al piso. Estúpidamente miré al suelo intentando ubicar la pistola, cuando sentí una fuerte patada en el pecho que me alertó. El golpe fue tan fuerte que caí al suelo sin aire y con una fuerte presión acosándome el pecho. Otro hombre me pateó la cara,

dejándome tendido en el suelo y sangrando por la nariz. El primer hombre se me acercó, me tomó por el cabello y se puso muy cerca de mi rostro. *Estás muerto*, me dijo. Colocó la pistola en mi frente cuando sonaron varios disparos que hicieron lanzarse a todos al suelo. Pude ver que salía del edificio del pabellón el líder acompañado de un grupo de unos diez hombres. El líder y su grupo se acercaron a donde estábamos y preguntó lo que pasaba. El hombre que me apuntaba con la pistola le explicó que yo buscaba a un tal Jairito y me había alzado y por boción me iba a dar lo mío.

—¿Y yo te dije que lo hicieras? —le preguntó el líder. El hombre permaneció callado—. Y tú, cogeburras, ¿qué quieres con Jairito? —me preguntó.

—No quiero problemas, solo vine a darle un mensaje que Raúl le mandó —el líder con un gesto me ordenó levantarme; vio la franela llena de sangre y del polvo que aún salía.

—Respetar la gente, maricón —le dijo al hombre que me apuntaba con el arma y le dio un fuerte golpe, éste cayó al piso y cuando estaba allí le pateó violentamente—. Acá nadie hace nada sin que yo lo ordene.

Uno de los guardaespaldas del líder se le acercó y le dijo algo al oído. El líder se enfureció más. Sacó una pistola, la misma con la que había matado al hombre el día que ingresé a la prisión, y empezó a moverse de manera compulsiva y nerviosa, mientras repetía que ya nadie le quería hacer caso. Mando a llamar al hombre que me había cortado la franela y le pidió el cuchillo.



—¿Qué cuchillo, Viejo? Yo no tengo nada, nada de nada —le dijo. Con una mirada el líder ordenó que lo revisaran. Sus guardaespaldas tomaron al hombre y lo requisaron. No le encontraron nada.

—Te voy a tener el ojo puesto, que no te agarre atravesado, porque serás el primero con el que me desquite —le dijo mientras lo golpeaba con el puño cerrado en la cabeza.

Luego, volteó hacia mí y me ordenó que lo siguiera. Entramos al edificio y allí subimos hasta la tercera planta en donde entramos a una celda que parecía una habitación de hotel, exceptuando por la colección de imágenes religiosas que estaban en un altar. La celda estaba equipada con un televisor de más de cuarenta pulgadas, una cama que ocupaba la celda de lado a lado, equipo de sonido y un computador muy moderno. Allí, el líder me ordenó quitarme la camisa. Lo hice. Tomaron el paquete que tenía pegado en el pecho. Entre todos fueron oliendo el polvo y todos asentían con la cabeza. Uno de ellos le dijo al líder que se había perdido como un cuarto de kilo. El líder me miró y me dijo: *Vete de aquí, yo cuadro luego con Raúl*. En un primer momento no entendí sus palabras, pues aún no olvidaba la orden de Raúl y su grupo: entregar y regresar con otra cosa. Era una ecuación simple y su incumplimiento podría perjudicarme, según me lo advirtieron. *Oiga, patrón, yo no me puedo ir así no más. Me dijeron que entregara eso y regresara con algo*.

—Mira —me dijo el líder—, te voy a pasar esta porque mañana hay visita y no quiero poner a la gente a limpiar mierda del piso hoy. Toma —dijo entregándome un sobre no muy grueso.

Lo introduje en mi cintura, sosteniéndolo con la liga del short que llevaba puesto y cubriéndolo con la camisa ensangrentada. Salí de la celda, fui hasta la planta baja del edificio y allí había un grupo de hombres, entre ellos reconocí a uno de los hombres que me intentaron violar cuando ingresé al pabellón: era el que le había arrancado el dedo del pie. El hombre se me acercó y me dijo: *Estás vivo por una razón: para que te coja y te joda. Y verás que pronto lo haré.* Intentó tomarme por el brazo, pero uno de los guardaespaldas del líder me iba siguiendo le dijo que me dejará tranquilo. Su nombre era Juan Pedro y desde ese momento se convirtió en una pesadilla que con medidas extremas tuve que acabar. Por ese momento me dejó tranquilo, hice el camino de retorno, volví al túnel y de nuevo al pabellón dos, en el que hacía menos de dos horas apenas había despertado y del cual no conocía nada más que los baños y el túnel, que según supe luego, solo cuatro personas sabíamos que existía.

#### IV.

El tiempo fue pasando, o al menos eso parecía, porque en la prisión el tiempo no se mide en minutos, horas o días; se mide en sufrimiento, en desolación, en ansia y en nostalgia por todo lo que fue o no fue y en ese momento, inevitablemente, ya no será más. Llegaban las noches, de nuevo el día y todo aquel ambiente implicaba una programación a una rutina cuya variación resultaba ser tanto más rutinaria. El tiempo en la prisión toma otro significado. El tiempo no tiene valor, no tiene número ni nombre, sencillamente el tiempo en prisión no tiene tiempo y solo transcurre en día y noche, sin sentido, sin nombre, sin fin;



pues más allá de un rol definido, las actividades se agotaban y hasta la violencia era un elemento más de una rutina que se impregnaba tan adentro de la piel de cada hombre, que se convertía en algo necesario para vivir. ¿Vivir? La vida era una incógnita más en un mundo sin respuestas. Poco a poco me fui habituando a ese lugar, a esa rutina. Progresivamente fui aprendiendo a ser quien no era y quien nunca pensé ser: un hombre violento, reactivo, sumiso e insensible. Con cada acto, con cada pelea, cada vez que sobrevivía o me anteponía a un ataque, maldecía el hecho que mi instinto de conservación prevaleciera sobre mi razonamiento humano, pues el primero me obligaba a defenderme más allá de lo razonable y aún a reaccionar sin pensar, ni medir consecuencia. Mientras que, el segundo me encaminaba directamente a un suicidio seguro, el cual busqué durante mucho tiempo con una que otra excusa parasuicida. Llegué a pensar que sobrevivir en prisión no era más que una forma de morir, cosa que cuando salí de aquel lugar tuve la certeza de comprobar. Y es que morir no es más que una etapa de la vida, para la que solo se necesita estar vivo. Pero allí aprendí que hay peores cosas que morir: y era vivir sin libertad. Aunque había un cierto margen de actuar permitido para cada individuo, dicho margen no era más que un espectro de opciones que a lo largo del tiempo se agotaban, convirtiéndose en la misma rutina. Además, esta “libertad” que parecíamos tener, no era así en realidad, pues en algunas situaciones las luces o normas impuestas por el Líder y su grupo eran tan excesivas que resultaban ser una forma más extrema de coacción a la libertad que la privación de libertad misma que representaba aquel lugar.

Junto con la extraña sensación del tiempo, que parecía nunca pasar y que siempre era el mismo día y la misma noche, la vida era percibida, igualmente, como algo que no estaba más allá de la vida de cada uno, siendo la del otro, algo sin importancia. En este contexto, mi rutina era sencilla, cada tres o cuatro días iba hasta uno de los otros dos pabellones y llevaba el producto que Raúl me encargaba. El procedimiento nunca variaba, solo el camino era variable. Había varios túneles que conectaban a los pabellones, y cada vez elegían uno diferente, solo repitiéndose luego de tres o cuatro viajes al mismo pabellón. En general los viajes transcurrían con normalidad, salvo por Juan Pedro siempre acosándome, pero incapaz de dar el asalto definitivo. De cierta manera el rol de transporte que tenía era una forma de protección, pero como venía de un pabellón rival a la mínima falta de mi parte, Juan Pedro y su grupo podían perfectamente atacarme.

Así pues, tuve que tolerar el acoso constante de todos y muchas cosas que en ese momento no pude entender. Por ejemplo, nunca me nombraban en las listas del conteo de la mañana o de la tarde, tampoco me llamaban cuando los jueces iban a la prisión o cuando iban trasladados a los tribunales. Veía que algunos de los que llegaban nuevos, no tardaban más de dos meses en ir al menos una vez al tribunal. Conmigo la situación fue diferente. Y no por ello tenía derecho a opinar o a preguntar, pues nadie sabía nada. Gradualmente me moldeé a ese mundo. Me convertí en uno más. Hablaba y pensaba como ellos, ideaba cosas y hasta actuaba como todos; tal como el lugar lo indicaba. Poco a poco iba perdiendo los recuerdos de mi vida. Cada día era como si no hubiera existido ayer y mucho menos pensar que existiría un mañana, como si cada día el mundo y



la sociedad normal abortara a aquel grupo de hombres que no tenía más sentido en la vida que vivir fuera de la vida misma, como normalmente puede entenderse. Cada noche, antes de drogarme para poder dormir, intentaba recordar el rostro de mi mujer y de mis hijos, pero la lluvia de imágenes que caía en mi mente era tan desordenada y desproporcionada que generaba una idea monstruosa, borrosa y difusa de todo lo que tuve antes de entrar a la prisión. Sentía que enloquecía, pues no podía armar un recuerdo consistente de mi vida, ni sentir como recuerdo las caricias y besos de mis hijos, su tez suave y sus palabras inocentes y graciosas. Busqué mil formas de combatir la locura y la falta de recuerdo, porque a diferencia de los otros, yo no tenía válvula de escape en las visitas de cada semana o en las salidas cada dos o tres meses a los tribunales, aunque esto no era para todos. Tuve que idear un mundo nuevo de mi pasado. Así, Ruddy Rodríguez, en sus años de *Miss Word*, se volvió la imagen de mi esposa, tomada de una vieja revista. Mis hijos se convirtieron en niños con risos amarillos y ojos azules, con quienes adquirí la costumbre de hablar en las noches, entre el humo de la marihuana y las pesadillas reales que me mantenían despierto.

Entre esas pesadillas reales, varias noches intentaron violarme. Me defendía como podía, pero no siempre tuve éxito. Sabía que quienes lo hacían estaban al margen de las luces impuestas por Raúl o, lo más probable, es que fuera alguno de los del grupo de Raúl, pues era difícil que nadie llegara a escuchar con los gritos de auxilio que di las dos o tres primeras veces que lograron violarme. La primera vez lo hicieron casi hasta el amanecer y varios hombres. A pesar de mi resistencia y que luché con todas mis fuerzas, eran cuatro hombres que me dominaron,

y como fieras en casería planificaron la acometida, de modo tal, que mientras uno luchaba, los otros descansaban. Por lo tanto me cansé rápido. Antes que terminaran de desnudarme, pude darle unos sorbos a un taco que estaba por apagarse en el suelo. Luego fui entendiendo que luchar parecía excitar más a aquellos hombres, para quienes la pelea significaba un matiz más para la dominación de la debilidad que había en mí.

Cada vez que me violaban, la marihuana aminoró la sensación y el recuerdo, pues cuando pasaba el efecto aquello no era más que una extraña sensación en el cuerpo. Luego de eso, tuve que replantearme las opciones: o convertirme en la mujer de alguien y así progresivamente en la de todos, o evitar que aquello sucediera. Escogí lo último, pues el ambiente de la prisión ya me había castigado más de lo que debía al hacerme perder los recuerdos de mi vida pasada, como para ahora dejar que insertara nuevos recuerdos o hábitos en mi vida futura.

Empecé a drogarme más y a cambiar la droga para fortalecerme y no dormir. Cada noche, sigilosamente, cambiaba el lugar donde dormía, de manera que nunca dormía en el mismo sitio; claro, si llegaba a dormir, pues llegué a tal nivel de consumo que no podía dormir, primero porque estaba muy drogado o siempre quería más. Una noche, mientras temblaba con ansias de drogarme, a pesar que acaba de consumir, viendo la pequeña y sucia inyectadora pegada en mi brazo, supe que había llegado al límite. No podía seguir así. La cárcel me había quitado mucho y yo estaba ayudándola a empeorarme, pero también tenía que evitar que volvieran a violarme. Pasé el día entero temblando de fiebre y lleno de sudor por no consumir, pensando en cómo hacer para compensar todos los desequilibrios que



tenía en mi vida en ese momento. Una planta me dio la solución. Era de esas que al cortarlas excretan un líquido lechoso que irrita la piel y da picazón. Corté varias y llené la tapa de un envase de cloro con el líquido. En la noche, me acosté donde siempre lo hacía. Cuando oí los pasos de los que venían hacia mí, me unté el líquido entre las nalgas y en la entrada del recto. El dolor y la irritación compensaron opuestamente el efecto de la droga. Los hombres llegaron hasta mí y no opuse resistencia. El primero que intentó penetrarme, dio un salto y empezó a correr conteniendo los gritos. Los demás salieron tras él. Al otro día los identifiqué.

## V.

Una de las cosas más importantes que aprendí en la cárcel, es que la solidaridad entre los individuos no existe. Por esa razón, no se debe confiar en nadie y la experiencia de la violación me lo demostró completamente. Los que me violaron eran del pabellón uno, liderados por Juan Pedro. Supe que eran ellos por las reacciones que el líquido generó y pude notarlo directamente, pues la dirección de la prisión organizó unas actividades deportivas entre pabellones, que más bien eran la excusa para intercambiar cosas y matar culebras, así como para vender buena impresión, pues casi un mes atrás dejaron escapar a un tipo muy peligroso, después de vaciarle el ojo a un preso. Vi a Juan Pedro incomodo, rascándose constantemente la entrepierna, y ahí supe que había sido él. Pero, ¿cómo lograba llegar y pasar desapercibido en el pabellón? Luego supe, que Raúl me había vendido. Por eso, nadie nunca fue castigado por

lastimarme, aun cuando supuestamente me brindaba seguridad. En ese momento solo lo sospeché, comprobando, como he dicho, que no debía confiar literalmente en nadie. En el transcurso del día de los juegos, empecé a notar actitudes extrañas y poco ordinarias hacia mí. Ya no era un inexistente, sino que todos comentaban y murmuraban sobre mí con sus miradas.

Recuerdo que a principios de la tarde empezó un partido de fútbol en la cancha. Sentía como todos me miraban tratando de ignorarme. Estaba sentado en la entrada del pabellón, cuando Francisco se me acercó y me dijo: *Si no haces algo pronto o te matan o te violan entre todos*. Rápidamente entendí todo: a pesar que nadie dijo nada, todos sabían que aquellos hombres me habían estado violando y a pesar que intentaba evitarlo, nunca me defendí más allá del momento. Eso era un indicador de debilidad para los demás. A esto se agrega el hecho de que Juan Pedro y su compañía querían vengarse por lo que les había hecho. Tenía que reaccionar. Pero la reacción debía ser contundente. Ya no bastaba una simple pelea a manos, como en las que había participado en alguna u otra ocasión, pues mi reacción tenía que ser tan certera y contundente que me permitiera demostrar que no jugaba y que conmigo tampoco se podía jugar.

Como poseído, sin pensar me levanté y fui hasta donde estaba uno de los guardaespaldas o perros de Raúl. Me debía un favor y sin mediar palabra lo tomé por el cuello con una mano y con la otra le saqué el cuchillo que llevaba en la cintura. Llevé mi mano a mis labios y le hice una señal para que se mantuviera callado. Di media vuelta y caminé hasta la cancha, donde Juan Pedro y compañía esperaban su turno para jugar. Sabía que



tenía que hacerle frente, pues no podía lastimarlo por la espalda. También sabía que con aquella acción me estaba jugando la vida, pero la vida en prisión era más dura si alguien te sometía, así que al menos si moría, aquel martirio finalizaría. A empujones quité a varias personas que rodeaban a Juan Pedro y su grupo, cuando estuve frente a ellos, le di un fuerte golpe a uno que se me acercó y a otro lo corté con el cuchillo. Los dos me dieron un ligero espacio, producto de los golpes, y vi entre ellos a Juan Pedro. Como una fiera salté sobre él sin darle tiempo de digerir lo que sucedía. Juan Pedro era más pequeño en tamaño que yo, por lo cual derribarlo fue fácil, además, la sorpresa estuvo a mi favor.

Cuando caíamos al piso, le di un golpe con la cache del cuchillo en la cara. Pude escuchar como el tabique de su nariz se partió. Sin esperar reacción, empecé a puñalearlo en el pecho, repetidas veces. Sin embargo, mi impericia con el cuchillo era tan mala, que no lograba dar una puñalada certera y el cuchillo golpeaba el pecho de Juan Pedro sin lograr herirlo contundentemente. Pero eso no impidió que me detuviera. Lo hice unas seis o siete veces más, y en una de esas veces Juan Pedro gimió fuertemente. Su pecho se llenó de sangre que me salpicó la cara. Pero sus ojos seguían abiertos, así que continué puñaleándolo, hasta que el cuchillo chocó con una de sus costillas, partiéndose la hoja y ensartándose un poco más debajo de mi clavícula. Esto fue el punto final.

Miré alrededor y noté que todos me observaban. En ese instante me percaté de mi existencia y todos los viejos dolores, las imágenes colapsadas y retrasadas de mi vida volvieron a mi mente. Me vi sentado sobre Juan Pedro, con las manos

ensangrentadas y sudando mucho, como si el sauna del infierno hubiera abierto sus puertas para mí. Vi como los miembros de mi pabellón detenían a los que se la pasaban con Juan Pedro. Eso era una buena señal. Entonces vi a Juan Pedro en el piso. Sus ojos todavía estaban abiertos, atravesándome, mirando más allá de todo aquel ambiente, como intentando desentrañar del cielo una imagen que fuera más significativa que un hombre sobre su cuerpo con un puñal en la mano. Su respiración era breve, pero problemática. Lentamente recuperé el aliento y lo miré fijamente. Sus ojos tomaron un brillo particular, pasando de un tenue y seco color a un brillo inusual. Con el cuchillo roto, aun en la mano, terminé lo que había empezado: lo degollé. Pero aún degollarlo no fue una tarea fácil. La punta del cuchillo se había roto y su hoja no tenía filo, de modo que tuve que cortar la garganta de Juan Pedro como quien secciona carne: lacerando una y otra vez su piel, hasta que, por gracia o desgracia divina, desgarré su yugular y un chorro de sangre salió disparado de su cuello chocando contra mi rostro. En ese momento Juan Pedro habló sin palabras, se quejó sin gemir y sin dolor. Únicamente dejó salir de sus labios el natural ruido de un hombre que se ahogaba en su propia sangre. A pesar que no lo sentía respirar, sus ojos seguían abiertos; y abiertos aún están en lo más profundo y cotidiano de mis recuerdos. Esa imagen, esa sangre salpicada en mi cara, ha sido una imagen que no he podido borrar de mi mente y que cada noche aparece ante mí, haciéndose habitual en mis sueños.

Francisco llegó hasta donde estábamos y me ayudó a levantarme. Sin anestesia me sacó la hoja del cuchillo que se había insertado en la parte inferior de mi clavícula. Entramos al edificio y en una celda me limpió y me cosió la herida. Luego,



perdí el conocimiento. Aquel momento de inconsciencia fue una verdadera pesadilla. Una y otra vez la escena se repetía en mi mente: el cuchillo, la sangre, el último suspiro de Juan Pedro, su mirada. Eran imágenes que de golpe entraban en mi mente. Nunca había herido a alguien, al menos intencionalmente. Pero lo que más me sorprendía era la frialdad con la que decidí degollar a Juan Pedro. Cuando desperté, Francisco me dijo que Raúl quería verme. Me levanté y fui a su encuentro. Estaba consciente que me darían un castigo, pero lo afrontaría, porque ya estaba a otro nivel. Al escuchar mis propios pensamientos, reflexionaba en lo mucho que me desconocía y en cómo había llegado a ser aquel hombre que caminaba con las manos sucias de sangre ajena, lleno de odio y resentimiento hacia los demás, con poco control sobre sí mismo y con ningún recuerdo de lo que era. Tal vez, pensaba, no recordar concretamente era lo mejor, pues así me arriesgaba más, ya que no me sentía vinculado con nadie.

De repente, el ambiente cambió drásticamente. Todos empezaron a salir corriendo del edificio. Entre el bullicio de quienes salían, puede escuchar el grito: *Agua negra nueva en el pabellón*. Francisco llegó hasta donde estaba y tomándome del brazo me sacó del edificio. Mientras salíamos me comentaba que no fuera a ver a Raúl, las cosas iban a cambiar. Cuando estuvimos en el patio, fuimos hasta la cerca de la entrada. Había allí una aglomeración de personas como nunca vi en la prisión. Parecía que todas las personas que habitaban cada pabellón habían salido. Pero la cantidad de personas no era lo sorprendente, era el silencio lo que me abrumó. Nadie parpadeaba y todos miraban a tres verdes que fuertemente armados trasladaban a un hombre. Miré a Francisco y éste me dijo: *Van a cambiar*

*las cosas*. Luego supe que aquel hombre se llamaba Pablo. Y le decían Sicario.

## VI.

Pablo fue llevado al pabellón que le decían la máxima, que eran unas celdas de castigos. Yo las conocía. Ese hombre no muy alto y de una tez serena, no me pareció tan peligroso como todos decían. Pero las apariencias engañan. Yo, por lo menos, había matado a sangre fría a un hombre, aunque no lo pareciera. La llegada de Pablo generó gran tensión en los pabellones, hasta el punto que todos los líderes se unieron para planificar lo que harían con él. Matarlo era una opción, pero tal vez eso generaría una reacción en cadena peor para ellos. Dejarlo vivo era peor, pues él podría matarlos a ellos luego. Así que la primera opción era la que harían, y mi castigo por alterar el orden era cantar la zona con los movimientos y lugares en los que se encontraba.

La excusa fue mandarme a la limpiar la máxima. Cuando llegué, no había nadie en aquel lugar. La oscuridad era muy densa. Noté que había alguien al fondo del pasillo central del pabellón, por un pequeño círculo rojo que aparecía y desaparecía. Alguien fumaba. Cuando intenté ir más allá, una voz fuerte y autoritaria me dijo: *No entres*. Obedecí. Cuando iba retrocediendo, la misma voz me dijo: *Epa, ¿tienes algo más fuerte para fumar?* Afirmé. Metí la mano en el bolsillo y saqué una caja de fósforos. En ella llevaba marihuana. Con un trozo de papel le preparé un cigarrillo y estirando la mano lo aproximé a la oscuridad. Escuché varios pasos y sentí como el papel se



deslizaba entre mis dedos. *¿Te mandaron a cantar la zona, verdad?* Me preguntó la voz, a lo que el silencio fue mi respuesta. *La vaina es*, prosiguió la voz, *que tus líderes ya están muertos. Estaban muertos desde el primer paso que di acá. Esos no son mis líderes*, dije. La voz me preguntó mi nombre, a lo que respondí que en la cárcel no había nombre para mí ni para nadie. Al encender un fósforo, obtuve una breve noción del espacio. Era él, aquel hombre que vi días antes entrar y que la cárcel entera se detuvo para verle.

—Bien que no tengas nombre —me dijo—, porque a partir de hoy, yo bautizaré a todo mundo en esta mierda.

Cuando terminó de hablar, sonó la alarma de la cárcel. Algo pasaba. Y recordé las palabras de Francisco. Salí de aquel lugar y bajé hasta mi pabellón. Cuando llegué, los verdes sacaban a todos de los edificios. No quedó nadie en ningún pabellón. Todos fuimos sacados y llevados hasta la cancha de fútbol. Ahí pasamos la noche, a la intemperie y con mucho frío. En la madrugada, los verdes llegaron y empezaron a tomar la lista. Cada quien debía regresar a su pabellón. Cuando terminaron de pasar la lista, un verde gritó con todas sus fuerzas: *¡Hay nuevo jefe señoras!* y todos suspiraron. Según Francisco, Pablo compró a los verdes y azules para que mataran a todos los líderes de la cárcel, incluyendo a los Barones. Él se salvo porque los verdes lo respetaban mucho, pero la condición para vivir era no ayudar más a nadie. Esa era una gran paradoja de la prisión: quienes nos vigilaban y tenían por función cuidarnos, eran simplemente de quienes mayor peligro corríamos. Así, Pablo se hizo con el liderazgo total de la prisión y a partir de ese

momento todo fue un caos orquestado bajo su idea de orden y normalidad.

No puedo negar que su presencia proporcionó cierto margen de seguridad a todos, pues la enfermedad por el poder de Pablo era tal, que nadie debía moverse de manera extraordinaria si él no lo ordenaba. De tal manera, para pelear había que tener su autorización, también debía dar la autorización para comer, para dormir, entre otras muchas cosas. El dominio de Pablo fue tan amplio, que los verdes y azules debían pedir autorización para entrar a cualquier pabellón. Eso nos daba seguridad, pero la inseguridad venía dada por lo inconstante en las decisiones de Pablo, quien solo se movía para una cosa: matar. La probabilidad de morir era muy alta, pues en cualquier momento, alguien gritaba una condición y el que no la cumpliera, sencillamente, era hombre muerto. Recuerdo que un día, uno de los de su carro gritó: *El que no tenga mierda en la mano es hombre muerto*. Todos en el pabellón empezaron a forzar sus intestinos para defecar en el mismo lugar en el que se encontraran o le cayeron como moscas a los baldes de los desperdicios, de tal forma que cuando Pablo empezó a caminar, solo cinco personas no estaban untados de heces. Y esas cinco personas fueron heridas ese día.

Así de inconsistente era aquel hombre. Y esa inconsistencia no solo la exponía al momento de condicionar sus ganas de matar, imponiendo ideas o requisitos inmediatos para seguir viviendo; sino que también la extendía a su noción de ley y castigo. En su idea de creer que todos dependíamos de él, llegó a manipular e influir hasta tal punto en la administración de la prisión, que él mismo decidía si se repartía alimentos o



no, y en caso de repartirse era decisión suya quién comía o no. Recuerdo que tres cristianos lograron cazar unas gallinas que se metieron a la prisión y prepararon una sopa que esperaban compartir con la mayoría del pabellón. Pablo se enteró. Pensando que alguno de los tres era Francisco, los reunió cerca del fogón y preguntó cuál de ellos era Francisco. Uno de ellos, con el mayor gesto de valentía que presencié en mi vida, dijo que él era Francisco. Pablo no dudó y lo decapitó. No contento con esto, metió su cabeza en la olla en donde se cocinaba el caldo de las gallinas y obligó a los otros dos a tomarse el caldo caliente que él con un recipiente les vertía en la boca. Aquellos hombres no expulsaron un solo gemido de dolor. En sus rostros se traducían el dolor por la pérdida de un valiente, por demás inocente, de la impulsividad de aquel hombre. Pero Pablo fue más allá. Con la idea de escarmentar a todos, reunió a los que vivían en ese pabellón y en fila los hizo pasar uno a uno frente a la olla. Él, con cuchara en mano repartió la sopa, pero no la servía en un plato, sino que ordenó a cada hombre colocar sus manos unidas formando un envase medio hondo y ahí echaba el caldo hirviendo con verduras y hasta presas. Aquel que dejara caer la sopa frente a él o al menos cerca, recibía un disparo.

Francisco se salvó gracias a mí, pues al percatarme de aquello lo encerré en uno de los túneles por lo que antes traficaba la droga y que pocos conocíamos en ese momento. Estos son solo ejemplos de lo inconstante que era aquel hombre. Gracias a esa inconstancia, la tensión entre todos dentro de cada pabellón fue mayor y la ansiedad, sin duda alguna, se incrementó. A partir de ese momento fue cuando me hice la idea de escapar de aquel lugar. Justificaba la idea diciéndome que si me quedaba

podía morir, si me iba y me atrapaban también, pero si no me atrapaban, el contexto cambiaría.

La idea de la fuga cada vez adquirió más fuerza en mi mente, pues la situación en la prisión, al menos para mí, era insostenible. Sentía que estaba a punto de un colapso, pues la tensión no me permitía dormir y me estaba volviendo más adicto a las drogas. Aquel hombre, definitivamente estaba loco, pues se creía Dios y como tal creía tener el poder de hacer lo que quisiera con la vida de los demás. No pasaba un día en que no hubiera al menos un herido. Pero Pablo no estaba contento con aquel mundo, y su idea de bautizar a todos empezaba por prenderle fuego a la prisión y quedarse con los que sobrevivieran. Y así lo hizo. Los verdes, gustosamente colaboraron en el asunto. Un día, luego del conteo de la noche, lo hicieron. Bombardearon cada pabellón con gas lacrimógeno, el cual al estallar, con la chispa, empezó a incendiar las sabanas viejas con los que muchos dividían el espacio en las celdas, pasillos y entre otros tanto lugares.

El fuego se propagó rápido y la alarma no sonó hasta muy entrada la noche. Todos habíamos quedado encerrados en los pabellones. Los verdes cerraron con candado desde afuera y eso hizo más difícil la huida. Fue increíble la manera como creció el fuego y como segundo a segundo el calor dentro del edificio aumentaba. Era, literalmente, un horno de hombres vivos. En la locura, recordé el acceso a los túneles que utilizaba para transportar la droga, recordando uno que llegaba hasta fuera del edificio del pabellón uno, el que usaba para llevarle mercancía a los verdes, pues quedaba cerca de una garita de vigilancia. En él había escondido a Francisco días atrás. A gritos,



les dije a los demás que me siguieran. Era difícil hacerse entender con el asfixiante calor. Muchos me siguieron, pero menos llegaron hasta la entrada del túnel. A fuerza lo abrimos y entramos. Efectivamente salimos en el patio del pabellón uno, el cual también ardía en llamas. Vimos que del edificio también intentaba salir gente, pero desde la garita de vigilancia, los verdes disparaban a las salidas, de modo que quien lograba salir, era tiroteado.

Los que estábamos a salvo no podíamos quedarnos tranquilos, pues aún estábamos en riesgo, así que fuimos en busca de Pablo. Lo encontramos rodeado de un grupo de verdes en las afueras del pabellón uno. Al ver el grupo que se le iba encima, Pablo se refugió atrás de los verdes, quienes empezaron a dispararnos, pero eran muy pocos para toda la gente que corría hacia ellos y, a pesar que hirieron y hasta mataron a muchos, otros llegamos hasta donde estaban y los tomamos. Los verdes murieron a puñaladas. Creo que nadie los reconocería luego de aquel ataque. A Pablo, lo tomamos y lo llevamos hasta el edificio en llamas. Mientras lo arrastrábamos, decía que él no podía morir, que era Dios, que los mitos no morían. Yo, que encabezaba aquella procesión y que había tomado cierto tono de líder de aquel grupo, le dije que no queríamos matar al mito, sino a la persona y que además, ningún Dios era digno de estar vivo. Todos aplaudieron mis palabras. A golpes, patadas y puñaladas lo llevamos hasta el edificio en llamas. No pudimos abrir el edificio, pues los verdes tenían las llaves. Adentro, había gente que gritaba y lloraba. Pablo reía como un desquiciado. Le pedí a uno de los hombres que sacara madera del taller y así lo hizo. Otro busco la gasolina que los verdes habían dejado y que facilitó que el fuego se esparciera tan rápido. Con un

cuchillo le corté los tendones de los muslos y piernas a Pablo para evitar que corriera y con la madera, la gasolina y su cuerpo hicimos una hoguera. Fueron minutos intensos, pues hasta la muerte dentro del edificio se tomó un receso para ver morir a aquel hombre, que entre gritos, maldiciones y llanto, poco a poco dejó la vida llena de silencio, un silencio que inició cuando su cuerpo cayó al fuego, y terminó cuando al aroma a piel chamuscada y a carne quemada dejó de sincronizarse con los gritos. El rostro de la muerte, vio al fin, el verdadero rostro de la muerte. En ese momento volví en mí, debíamos hacer algo por ayudar a los demás en los otros pabellones.

Pero poco fue lo que pudimos hacer. Los verdes, al ver que Pablo había muerto, decidieron no interceder y dejaron de disparar, lo que permitió que más gente saliera de los edificios. Al fin la alarma sonó, pero para nada, pues nadie hizo nada hasta que el fuego se extinguió por completo. Cuando sacábamos los cuerpos y los apilábamos en el patio, un grupo de hombres heridos marchaba hasta la parte administrativa de la dirección. Francisco, se me acercó y me llenó la cara de hollín. Me vendó la cabeza con un trapo y sin decirme nada me dio una puñalada en la pierna. *Me lo vas a agradecer*, me dijo con los ojos llenos de lágrimas. Y dando gritos ordenó a otro hombre que me ayudara a ir hasta la fila. Por el momento, no lo entendí. El dolor de la herida en la pierna me dejó sin sentido. Estaba desorientado. Hasta que al fin, vi aquella entrada, vi las ambulancias, vi la gente, vi el aire, el color, las imágenes de toda una vida que volvía a mí. Estúpidamente, como consecuencia del dolor, las quemaduras y la puñalada, me desmayé.



## VII.

Desperté en la sala de emergencia de un hospital. Una enfermera cosía la herida de mi pierna. Al verme despertar, la mujer reaccionó asustada, mirando para todos lados tratando de ubicar al verde que me custodiaba. Con gestos y palabras suaves la calmé, le dije que nada le haría, que igual estaba esposado a la cama. Era una mujer de unos treinta años, muy blanca y fina de cara. Era la primera mujer que veía en mucho tiempo, pues durante las visitas en la cárcel, cumplía el rol de vigía dentro del pabellón, de manera que no tenía contacto con nadie más. Le pedí, mejor dicho, le rogué que ubicara a mi esposa, para que supiera que estaba vivo. Pero no recordaba números de teléfonos ni nada, solo la dirección. La mujer, me miró con unos ojos desconsolados y me dijo: *Señor, eso queda en otro estado*. Aquello me hizo decaer más. Nunca supe en qué momento me habían sacado de mi estado. Igual insistí. Fue tanto el desespero que la mujer vio en mí que llamó a un familiar suyo en el estado donde vivía mi familia y éste accedió a buscarlos. Era solo cuestión de esperar. Gracias a aquella mujer supe la fecha que era aquel día. Habían pasado más de dos años desde que entré a prisión.

Pasé dos o tres días en el hospital. El primer día un verde me preguntó mi nombre y al no encontrarme en la lista empezó a indagar sobre mi caso. Nadie daba razón de mi expediente, nadie podía creer que nunca hubiera asistido a un juicio o que nunca un juez me hubiera visitado. Si no fuera por mis heridas y la bárbara experiencia vivida en más de dos años, hubiera creído que mi historia era algo increíble e imposible de ocurrir en un país donde las normas se aplican. Pero no, era real, las

cicatrices y las heridas actuales, vivas y suturadas daban cuenta de ello. Hablé hasta con un fiscal, quien se comprometió a buscar mi expediente en mi estado, pero ni expediente ni fiscal aparecieron. Y lo que era más raro aún, la parte administrativa de la prisión no fue incendiada, de manera tal que no había excusa para decir que mi expediente se había perdido.

Pero llegó el tercer día y nadie me daba respuestas. Ese día, todos los heridos seríamos dados de alta y volveríamos a la prisión. A la hora que nos estábamos alistando para salir de la sala en la que nos encontrábamos, vi a mi esposa aparecer por la puerta. Su imagen fue una indescriptible aparición. Con ella, llegaron a mí todos los recuerdos suprimidos y olvidados en alguna parte de mi memoria, agolpándose todos para darle un sentido más a aquel momento y confirmarme, que durante un tiempo, la vida que tuve que vivir, sencillamente, no era la mía. Ella pasó por un lado de mi cama. No me conoció. Y era obvio, pues en mi rostro se operó una profunda metamorfosis que inició con las heridas y cicatrices que me desfiguraron, terminando con los gestos y la mirada locuaz que en mis ojos intimidaba a cualquier persona. Con las palabras atascadas en la garganta y los ojos llenos de lágrimas, hice un brutal esfuerzo por gritar su nombre, un nombre, que durante años había repetido intentado construir la imagen de todos los momentos que vivimos y todos los que en mi presencia y ausencia perdimos. Solo un susurro salió de mis atascados labios, pero lo suficientemente fuerte como para que ella lo escuchara.

Volteó y al verme quedó paralizada. Sus ojos grandes se llenaron de lágrimas y su cuerpo parecía contener la reacción de ver a un hombre, que en definitiva era el mismo hombre de



hacía tiempo, pero en otro cuerpo, en otra actitud y, tal vez, ya con otra vida. Sin dejar de susurrar su nombre, me bajé de la cama, arrastrando la pierna herida me dirigí hasta donde estaba. Ella no me dejó avanzar más y corrió hacia mí dándome un profundo abrazo. Unidos, estuvimos por unos pocos, pero eternos segundos. Diciéndonos con aquel contacto, lo mucho que nos extrañamos y lo mucho que nos reprochábamos el tiempo perdido aun estando juntos. Ninguno de los dos podía hablar, lloramos sentados en el piso mientras nos acariciábamos el rostro, tratando con las manos de escarbar en la piel del otro, para encontrar en lo profundo de aquel rostro, dos años diferente, a aquel rostro que se fue sin excusas, ni explicaciones. Un verde se acercó y me levantó para que nos fuéramos, pero mi esposa iba con el abogado que, luego supe, en pro de mi libertad, arruinó económicamente a mi familia.

Discutieron. Según el abogado, yo no debía estar preso, pues no tenía expediente y, por lo tanto, no tenía boleta de encarcelación. El verde, le dijo que eso no le importaba y que yo me iba con él. La discusión se acaloró. El abogado mostró hasta una carta de no poseer antecedentes penales fechada en el tiempo que estuve en prisión. Aquello era una discusión de mudos y sordos, pues los dos que discutían hablaban diferentes idiomas. Como el traslado se atrasó, el director de la prisión llegó para ver lo que pasaba y empezó a formar parte de la discusión. Al final, éste me miró con sarcasmo y dijo: *Ya lo recuerdo. Deja que se vaya, total, a los que le importaba ya no están.* El verde se aproximó hasta mí y me quitó las esposas. Ese acto tan simple, significó mi libertad definitiva. Salí de aquella sala, de aquel hospital y de aquella ciudad siendo un hombre libre. Aunque nunca dejé de ser un hombre libre pues, de acuerdo al abogado,

no debí haber estado en prisión. No tuve juicio, no tuve sentencia ni tenía expediente, simplemente, por algún error, alguien me encarceló y se olvidó de mí.

Esa última idea del abogado no me pareció tan sensata, pues para hacer algo como aquello debían odiarme mucho y para odiar, es necesario recordar. Luego, indagando, supe que al hombre que había herido o matado, pues nunca supe si vivió o murió, era un policía que le estaba cobrando una especie de seguro por vigilancia a mi papá. Sus compañeros, al verlo herido y para escarmentar a mi papá me llevaron a otro estado y ahí negociaron con la prisión para ingresarme unos días y así todos aprendieran la lección. Sin embargo, mi papá murió por los golpes que le habían dado y yo, inconsciente por la paliza que me dieron, pasé por muerto también y ahí acabó la historia. Nadie se preocupó del hecho que no apareciera en la lista o que no tuviera expediente, pues al parecer era algo común. Así, perdí más de dos años de mi vida.

Suena fácil solo con decirlo. Dos años es el tiempo en el que un niño nace y se desarrolla hasta al menos caminar y articular una serie de palabras con sentido. Dos años es un tiempo corto, un tiempo simple. Pero para mí, esos dos años han sido mucho más, pues dejaron serias consecuencias en mi persona y en los que me rodean. Toda mi familia me dio por muerto o desaparecido, que al final de cuentas es lo mismo. Así que se acostumbraron a la idea de vivir dos años con un hijo, esposo y padre muerto. Para mis hijos, quienes eran dos años mayores de los que los dejé, yo no era su papá: era simplemente un extraño al que debían llamar papá. En su boca la palabra papá no es más que la combinación de cuatro letras. Además



de esto, sé que mi esposa me es infiel, pues durante más de dos años vivió con la idea de un esposo muerto. Ella y mi mamá tienen reacciones de miedo al verme, pues mis actitudes, gestos y hasta mirada las intimida. No es para menos, me ha sido difícil acostumbrarme a los parámetros morales y culturales de nuevo, y muchas veces he llegado a reaccionar de manera desmedida, golpeando o amenazando gente. Todo esto me ha demostrado que la prisión no es solo un castigo, pues en éstas el castigo va más allá del encierro, mucho más allá de las paredes que la conformaban, incorporándose a la esencia de vida de cada persona que sobrevive a ese lugar; y es que aun cuando el encarcelamiento sea legal, siempre como retribución está excedido del delito que se quiere sancionar.

Dos años, entonces, fueron toda una vida. Una vida que en dos años vivió y envejeció todo mi cuerpo. Dos años fue más que toda una vida, una vida que nadie me repone. Muchas veces, en las noches, cuando no logro dormir en la suavidad de la cama y con el murmullo de la respiración de mi esposa a mi lado, ansío estar preso de nuevo, para sentirme al menos acoplado a algo. No porque sea bueno, sino porque la rutina de la cárcel fue tan fuerte que me amoldé tanto a ella que no puedo desprenderla de mi ser tan fácilmente. Deseo drogarme de nuevo, deseo volver a matar porque siento que otros me someterán o abusarán de mí si no lo hago. Sé que no estoy bien y todo esto lo demuestra. Pero ha sido más difícil moldearme de nuevo a la libertad que a la prisión, muy a pesar que disfruto cada minuto de estar libre. Sin embargo, todo cambió muy drásticamente en mi ausencia. Más en mi interior que en todo el exterior que me rodea, y eso hace que me cueste tanto adaptarme en el fondo a las cosas, aun cuando en la forma del contexto trabajo

honradamente, pero siempre buscando la malicia de las cosas, con tensión al hablar o cuando me hablan, con el puño en el puñal y la necesidad de someter para liberarme.

El mundo, mi mundo, ha cambiado y no puedo adaptarme, pues también mi capacidad de cambiar y adaptarme se modificó profundamente. Para mí nada es lo mismo. Ni siquiera yo. Ni siquiera el mundo al que debo adaptarme, y menos aún mi capacidad para adaptarme. Eso me sigue haciendo más prisionero que antes, pero ahora encerrado en los profundos abismos de la prisión de mi mente. Ahí soy de nuevo un preso. Uno más hundido entre el concreto, el hierro y la violencia. Uno más sometido a la voluntad de otro que, aunque sea yo mismo, simplemente coexiste limitado en la envergadura de un encierro, en el que el cautiverio es mi condición y la limitación a ser quien era y a no ser mejor de lo que soy, es mi condena. A pesar de la inmensa libertad y de lo ilimitado del mundo, sigo siendo un prisionero más. Aunque ahora de mis propias rejas.



# Contenido

Nota preliminar .....	11
-----------------------	----

## **PRIMERA PARTE**

### Inocencia perdida

I. ....	19
II. ....	26
III. ....	36
IV. ....	45

## **SEGUNDA PARTE**

### Historias cruzadas

I. ....	57
II. ....	67
III. ....	74
IV. ....	79
V. ....	86
VI. ....	92
VII. ....	98
VIII. ....	103
IX. ....	107
X. ....	113
XI. ....	118

**TERCERA PARTE**

**El sentido de la justicia**

I. ....	123
II. ....	131
III. ....	137
IV. ....	148
V. ....	153
VI. ....	158
VII. ....	165

